



La casa de la colina
Erskine Caldwell

Traducción de
Héctor Alberto Álvarez



*“Rincones de paisajes humanos devastados,
arrasados por un fuego trágico e inevitable”*

Xavier Antich

Lectulandia

La acción transcurre en el Sur de los Estados Unidos para mostrarnos, con su habitual sagacidad narrativa, la tragedia de toda una sociedad personificada en Grady Dumbar, el último descendiente de una familia de hacendados, quien contempla, indiferente a todo y cínicamente inmerso en sus vicios, el hundimiento de sus propiedades. Su fracaso es el fracaso de todos porque él es el centro sobre el cual giran todos los habitantes de la casa.

Lectulandia

Erskine Caldwell

La casa de la colina

ePub r1.0

Titivillus 31.10.15

Título original: *A House in the Uplands*
Erskine Caldwell, 1946
Traducción: Héctor Alberto Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

Una brisa blanda y húmeda soplaba desde el Sur, desde la zona baja, sobre los terrenos recién arados de la cuesta, susurrando entre las hojas de los altos robles rojos que rodeaban la vieja casa. Era un crepúsculo de principios de primavera. Los pájaros nocturnos, tras haber dormido silenciosos en los árboles durante las horas calurosas del día, ya rebullían inquietos. Desde ese momento, ya despiertos, chillarían agudamente hasta la aurora.

Al pie de la cuesta, a media milla de distancia, distinguíase en el cielo una nube tenue de humo azul suspendida sobre un bosque de pinos que había estado ardiendo salvaje y libre durante días. De vez en cuando, una vívida llamarada amarillenta se elevaba repentina al alcanzar el fuego reptante una pella de resina de las cortezas.

Hacia la parte sur de la costa se extendía la región baja; una llanura salpicada por algunos cipreses cubiertos de musgo, lagunas estancadas de agua surgente, y verdes y silenciosas ciénagas. Hacia el oeste del incendio, densos y oscuros bosques de pinos cubrían, como un manto arrugado, el terreno ondulante, y hacia el este el fangoso y amarillo río fluía incesantemente camino del mar. Al norte, el dentellado irregular de las rojas colinas de arcilla festoneaba el descolorido cielo de Piedmont.

Lucyanne oyó el andar pesado de los pies desnudos de Martha cruzando la galería, y un instante después, ésta, excesivamente negra y carnuda, se paraba junto a su silla.

—¿Qué ocurre, Martha? —preguntó sin mirarla.

Martha, alzando sus pesados pechos y suspirando tristemente, se movió cambiando el peso de su cuerpo a la otra pierna.

Era comprensiva y de buen carácter, a veces hasta causar irritación, y lloraba con facilidad. Como a voluntad, hacía correr sin esfuerzo algunos ríos de lágrimas por sus relucientes mejillas negras. Su edad oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años, y durante ese tiempo había estado casada con seis hombres. A la sazón no contaba con la compañía de ninguno, y resultaba curioso ver cómo se quejaba con cierto orgullo de ser a su edad una mujer separada de su marido.

—¿Qué quieres, Martha? —preguntó Lucyanne, molesta por su silencio.

—Pensé que podría querer que la acompañara un poco en su dolor, *miss* Lucyanne. Parece que míster Grady tampoco vendrá hoy a cenar a casa. —Y para dar testimonio de su conmiseración, suspiró fuertemente—: ¡Oh, Dios! Parece que no fuera a volver más, ¿no es cierto, *miss* Lucyanne?

Lucyanne cerró un momento los ojos apretando los párpados antes de contestar a Martha. Cuando volvió a abrirlos, observó que ésta balanceaba rítmicamente su enorme cuerpo al tiempo que acompañaba cada movimiento con un gemido profundo y pesadoso.

—No sé —dijo sin poder dominar aún por completo su voz—. Todavía es temprano, Martha.

—Nunca es demasiado temprano para que un hombre vuelva a su casa —respondió Martha, y tras una pausa agregó—: Especialmente para un hombre casado.

Lucyanne no contestó, y Martha lanzó otro hondo suspiro, anhelante de que su compasión resultara evidente.

—Bueno, ya he terminado en la cocina, y calculo que podría poner la cena de míster Grady en el hornillo. Se mantendrá un rato caliente, si el fuego no se apaga con demasiada rapidez. Pero él no va a venir a casa esta noche. Nunca sé exactamente qué hacer con respecto a míster Grady —dijo Martha arrastrando las palabras hasta convertirlas en un refunfuño monótono e irritante.

—Está bien, Martha —respondió Lucyanne con impaciencia, confiando en que por el tono de su voz Martha comprendería que deseaba que se fuera y la dejase sola. Martha, sin embargo, no hizo ningún movimiento—. Puedes irte —agregó con firmeza.

—Sí, *miss* Lucyanne —contestó con dificultad Martha.

Pero no se marchó, y Lucyanne le dirigió una mirada impaciente. Los labios de Martha comenzaron a temblar, como ocurría siempre que estaba a punto de llorar. Se estremeció, y abundantes lágrimas rodaron por sus negras mejillas.

—*Miss* Lucyanne, si se siente demasiado triste para soportar la pena sola, yo podría quedarme a hacerle compañía un rato —dijo, dando rienda suelta a su llanto, y agregó—: Yo sé lo que es que el hombre de una pase la noche afuera cuando no hay nada que obligue a hacerlo así. Es lo mismo que no tener hombre, y aún peor, porque se ha tenido y ya no se tiene. —Y, llorando quejumbrosamente, prosiguió—: Seguramente míster Grady no vendrá a casa esta noche, y a usted no le será de ninguna utilidad quedarse sola todo el tiempo. Yo me sentaré aquí, le haré compañía y hablaré acerca de la vida que llevé junto a mis esposos —concluyó monótonamente, casi murmurando.

—No hace falta, Martha —respondió Lucyanne lacónicamente—. Puedes irte.

—Sí, *miss* —balbuceó Martha sin convicción.

Lucyanne deseaba que se fuese para estar sola más intensamente que nunca. Martha cambió de posición, para que el peso de su cuerpo recayese sobre la otra pierna, y tomó una expresión de conmovida lástima. Las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas.

—*Miss* Lucyanne —murmuró en un sollozo.

—¿Qué, Martha?

—¿Qué cree usted que hace míster Grady durante el tiempo que no está en casa, como ahora? ¿Nunca le dice nada cuando vuelve? ¿Cree que anda por ahí con una señorita con quien no debería estar? ¡Oh, Dios!, confieso que los esposos son siempre los peores seres del mundo con quienes una puede vivir.

Al callarse, mientras se enjugaba las mejillas con la punta del delantal, su cuerpo fue sacudido por gemidos de dolor.

—*Miss* Lucyanne, debe hablar con míster Grady y decirle algo acerca de sus

salidas. Si yo tuviera un hombre que estuviese afuera de esta forma, le diría mis cosas y no volvería a permitir que lo hiciese. Es el único modo que hay en este mundo de hacer que un hombre se comporte como debe. Usted sabe, tan bien como yo, que es una locura soportar todas las incomodidades que ocasiona un hombre, si no está nunca en casa para hacer lo que le corresponde. —Lanzó un gemido profundo—. Nada en el mundo puede reemplazar a un hombre que hace lo debido en el momento oportuno y en el lugar preciso.

—¡Basta! —dijo Lucyanne con sequedad—. No quiero oírte, Martha.

—Sí, *miss* —murmuró en tono de pesadumbre.

—Vete a casa, Martha.

—Sí, *miss* —dijo enjugándose nuevamente los ojos con el delantal.

Después de exhalar un convulsivo sollozo de despedida, cruzó anadeando la galería para entrar en la casa. Cuando estuvo segura de que Martha se había marchado, cerró los fatigados ojos y escuchó los chillidos de los pájaros nocturnos. Mientras permanecía sentada, la brisa de ese crepúsculo primaveral volvió a soplar suavemente desde el llano acariciando su piel ardiente. Al cabo de unos minutos se levantó y comenzó a pasearse inquieta por la galería. Ignoraba cómo había llegado a habituarse a esperar pacientemente que Grady volviera al hogar.

Entonces le pareció que toda su vida anterior había transcurrido en esa casa silenciosa, semejante a un granero, y se preguntaba dónde estaría él, qué estaba haciendo y cuándo volvería.

En ese momento oyó el golpear de un bastón en la galería, y vio a mamá Elsie, la madre de Grady, acercándose desde la puerta hacia su silla, con andar penoso. Mamá Elsie era una mujer septuagenaria, grande y fuerte, que con la edad se había vuelto caprichosa y pendenciera. Grady era su único hijo, y ella no hacía ningún esfuerzo por ocultar el resentimiento que animaba hacia Lucyanne. Ésta sabía perfectamente que siempre que le era posible, mamá Elsie se interponía en su camino para hacerle la vida tan insoportable como estuviera en sus manos. Al cabo de casi un año de vida en común, trataba todavía a Lucyanne como a una extraña, como a una intrusa.

Lucyanne se dirigió a su silla y se sentó.

Mamá Elsie se balanceó un rato en su asiento antes de hablar. El monótono chirrido de la mecedora en momentos como ése, siempre parecía a Lucyanne el inevitable preludio de la quejumbrosa voz de la anciana.

—¿Qué estaba haciendo cuando yo salí, muchacha? —preguntó, con su habitual tono tiránico—. ¿Por qué se paseaba de aquí para allá como un animal enjaulado?

—Estoy esperando a Grady, mamá Elsie —respondió Lucyanne, atemorizada y temblorosa—. Confiaba en que volviese a casa esta noche.

—¡Que Dios tenga piedad de mí! —exclamó mamá Elsie—. Nunca pensé verme obligada a pasar mis últimos años en esta casa, en mi propia casa, y de este modo, con una criatura que se comporta como usted, que se sienta aquí y se entontece sin cesar día tras día. Se siente despechada y ha decidido hacer desdichada la vida de mi

hijo.

—¡No, mamá Elsie! ¡Usted no comprende!

—¿Que no comprendo qué? Bueno, no soy tan tonta. Yo la conozco muy bien. Quiere tener atado a Grady a sus pies día y noche como si fuera un perro. Grady tiene derecho hacer cuanto le venga en gana. Cuando pueda volver a casa, volverá. Usted se comporta como una loca al obrar en la forma que lo hace. ¡Que Dios tenga piedad de mí! Confío en que nunca se deje intimidar, ni permitirá que le obliguen a hacer lo que no desea. Sería una eterna vergüenza para él llegar a la conclusión de que tiene que vivir como usted quiere. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

Lucyanne apretó los labios, recordando cuán inútil sería intentar defenderse. Cerró los ojos con la esperanza de que su silencio lograra, por lo menos esta vez, impedir que mamá Elsie comenzase una de sus interminables reprimendas. Sobre los chirridos de la mecedora, el canto de los pájaros se oía como algo consolador.

Al cabo de unos minutos de silencio, cesó el chirrido abruptamente.

—Oigo un automóvil que sube por la calle —dijo mamá Elsie, escuchando con atención—. Probablemente es Grady.

Lucyanne dio un salto y corrió hacia la baranda de la galería. Un automóvil, apenas visible a causa de la sombra de los árboles frondosos, ascendía por el sendero. Lucyanne, aferrándose fuertemente a la baranda, se inclinó hacia adelante.

—¿Ve usted? —dijo mamá Elsie con tono provocativo, moviendo triunfalmente su mecedora—. Le dije que Grady volvería a casa cuando pudiera hacerlo, ¿no es así? Quizá ahora comprenda cuán tontamente se ha comportado. Espero que la próxima vez sea capaz de reportarse un poco.

Lucyanne se compuso el vestido y el pelo con dedos nerviosos. El coche estaba a punto de salir del recodo del sendero.

—Ahora, haga lo que haga, no olvide que está en presencia de Grady —continuó con su garrulería—. Recuerde quién es. Prefiero la muerte antes de ver a mi hijo afligido por una mujer que se pasa la vida regañándole para que le diga dónde ha estado y qué ha hecho mientras estuvo afuera. ¡Que Dios tenga piedad de mí! Y la próxima vez que él se ausente por unos días no se comporte tan tontamente. Volverá cuando pueda hacerlo. Grady tiene derecho a ciertos privilegios que usted no puede discutirle. Parece que aún no lo comprende. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—¡Es Grady! ¡Es él! —exclamó Lucyanne con excitación.

—Es mejor que preste atención a cuanto digo, jovencita —dijo mamá Elsie—, porque mientras conserve un aliento de vida procuraré que Grady no se vea convertido en un desgraciado por una mujer con quien, en primer lugar, nunca debió casarse.

CAPÍTULO II

El pesado coche se detuvo bajo el pórtico emparrado, al costado de la casa, meciéndose al frenar de repente. Grady permaneció unos minutos sentado dentro, sonriendo con satisfacción. Después, con movimientos lentos y calculados, abrió la puerta y puso los pies en tierra. Se apoyó en el coche y, dándose un impulso, comenzó a avanzar tambaleante hacia la escalera de la galería. No se había afeitado en los tres días, y su espeso cabello negro estaba completamente desgreñado. Los faldones de la camisa le colgaban fuera, bajo la chaqueta, y había perdido la corbata. Sus zapatos estaban cubiertos de barro rojo seco. Por su aspecto parecía que no hubiera dormido en varias noches. A pesar de ello, conservaba su aspecto juvenil y su hermosa apariencia. Era de estatura superior a la común, delgado y de piel oscura, casi negra.

Llena de gozo, Lucyanne descendió los escalones para reunírsele. Cuando la vio y la reconoció, se detuvo retrocediendo unos pasos. Desde allí la contempló apreciativo, observando los juveniles y graciosos movimientos de su cuerpo, como si hubiera olvidado por completo cuál era su aspecto. Después dejó caer la cabeza hacia un lado y asintió con aire de aprobación.

—¡Oh, Grady! —gritó Lucyanne avanzando hacia él.

—¡Quédate ahí! —gritó él con voz extrañamente alta, a la vez que con vagos movimientos de manos hacía señas para que se alejara.

Ella se detuvo, extrañada, pero sonriéndole con deleite.

—¡Estoy tan contenta de verte, Grady! —dijo con vehemencia—. ¡Te he echado mucho de menos! Él dio un paso a un lado y la inspeccionó de pies a cabeza.

—Estoy terriblemente contenta de que hayas vuelto, Grady.

—Un hermoso recibimiento, Lucyanne. No podría pedirlo mejor. Muy, muy apropiado.

—Tú sabes que lo siento así, ¿no es cierto, Grady?

—Naturalmente que lo sientes, Lucyanne. Naturalmente.

Cuando volvía al hogar tras una ausencia de varios días, sentíase completamente fascinado al verla, pero siempre, al poco rato, su interés parecía desvanecerse totalmente. En todas las ocasiones en que ocurría, Lucyanne trataba de ocultar su decepción y confiaba en que la próxima vez sería diferente. Sintió deseos de gritar cuando vio una sonrisa en el rostro de él, y haciendo un esfuerzo para dominar sus sentimientos descendió la escalera. Grady extendió los brazos para tomarla en ellos, pero, al hacerlo, perdió el equilibrio y hubiera caído si ella no le sostuviese.

—¡Oh, Grady, estás borracho! —dijo con tristeza. Al punto comprendió que no debió decirlo, pero ya era demasiado tarde.

—Esto es cuestión mía, y bebo cuanto me da la gana —contestó áspero, mirándola encolerizado y apartándose de ella—. Yo me ocupo de mis cosas. Ocupate tú de las tuyas.

—¡Siento haberlo dicho, Grady! —exclamó con desesperación—. ¡No quise decir eso! ¡No importa!

Él se apoyó con un movimiento grosero contra ella, y la besó alegremente en la mejilla. Ella nunca había podido resistirse cuando la besaba o la abrazaba, y en ese momento sintiose más atraída que nunca. Buscó su mano y la apretó con vehemencia.

—¿No estás resentida, Lucyanne? —preguntó él, haciendo desaparecer con su sonrisa de muchacho el enfado de Lucyanne. Ella se sentía tan feliz por su regreso, que le importaba poco su ebriedad—. ¿Qué dices, Lucyanne?

—No, naturalmente que no, Grady —contestó con rapidez, estrechándolo entre sus brazos.

—Esto es excelente. —Y la apartó con grosería de su lado. Ella cogió su mano y trató de conducirlo hacia la escalera. Él dio un tirón y se liberó.

—Entremos, Grady —suplicó ella—, y te daré ropa limpia. —Le miraba a los ojos implorante—. Puedes afeitarte y bañarte, y cuando hayas terminado te lo tendré todo listo. ¿No tienes deseos de hacerlo, Grady? ¡Por favor, Grady!

Le dio un fuerte empujón, rechazando con un golpe su mano.

—¡Oh, no, eres muy astuta! —respondió en voz alta, y siguió dándole empujones—. Yo sé lo que harás después. No me engañas. Tratas de llevarme adentro para armarme un infierno con tus gritos porque estuve fuera tres días, y por volver a casa con aspecto de... ¿con aspecto de qué? ¿Qué parezco, Lucyanne?

—Grady, tú sabes que eso no es verdad —protestó ella—, nunca hice tal cosa. No estoy disgustada. Me siento demasiado contenta de verte para estar disgustada. Por favor, no digas eso.

—Diré lo que me plazca, Lucyanne.

—Pero eso es injusto, Grady. Nunca he tratado de engañarte así.

—Por lo mismo, tomo mis precauciones —dijo, adelantándose a ella—. Quédate aquí afuera.

Lucyanne lo siguió a través de la galería.

—Por favor, déjame entrar, Grady —pidió sin poder contenerse—. Quiero estar contigo.

—Cállate y haz lo que te digo —respondió volviéndose y mirándola fijamente—. No quiero tener que decirte las cosas más de una vez.

Lucyanne advirtió que mamá Elsie sonreía mientras se mecía en su chirriante poltrona. Grady, al pasar junto a su madre, le dio unos golpecitos afectuosos en el hombro. Ella volvió la cabeza y lo siguió con una mirada aprobatoria hasta que estuvo frente a la puerta de la casa.

Lucyanne, confiando en que él podría cambiar de parecer, lo siguió casi hasta la puerta, hasta que él se volvió y la descubrió.

—Te daré una oportunidad más para que hagas lo que te he dicho —advirtió.

Grady tropezó con el umbral y penetró en el vestíbulo.

—¡Lucyanne! —gritó mamá Elsie—. ¡Vuelva aquí!

Ella vaciló. Lo que deseaba más intensamente en el mundo era que le permitieran estar con Grady en su habitación. Escuchó el ruido de sus pasos y sus tropezones en la escalera.

—Vuelva aquí antes de que cometa mayores tonterías de las que ha realizado —dijo mamá Elsie con severidad—. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

Ella echó a andar lentamente hacia la silla en que estuvo sentada cuando llegó Grady.

—Espero no vivir tanto como para asistir de nuevo a un espectáculo tan desagradable —comenzó a decir, clavando su fría mirada en Lucyanne—. Aunque no haga otra cosa mientras viva en esta casa, debe aprender, por lo menos, a hacer lo que Grady le ordena. Los hombres de la familia siempre han sido los amos. Es una desgracia ver cómo se comporta usted.

Los ojos de Lucyanne se llenaron de lágrimas, y se puso a sollozar espasmódicamente; mamá Elsie, comenzaba a mecerse de nuevo, mirándola con frialdad.

—El llanto le hará bien —dijo sonriendo con satisfacción—, y quizás así olvidará ese imperdonable capricho. De cualquier manera, es muy conveniente que llore en un momento como éste. Uno de estos días tendrá que aprender a hacer lo que Grady ordena y evitar estas escenas desagradables. Las mujeres de los Dunbar han obedecido siempre. Usted debe hacerlo también.

—¡Pero es tan absurdo, mamá Elsie! —protestó, inútilmente—. A mí no me importa lo que hayan hecho los demás. No quiero ser tratada como una... como una... ¡no sé como qué! ¡No es decente, no está bien!

—¡Que Dios tenga piedad de mí! Eso no tiene importancia. Es la tradición de los Dunbar, jovencita. Al casarse ha entrado a formar parte de la familia, y eso basta para que deba adaptarse a nuestras costumbres. Por otra parte se comprometió a ello cuando se casó con Grady. Trate de ser complaciente ahora.

—Pero Grady se comporta cada vez peor, mamá Elsie. Es necesario que alguien le impida seguir conduciéndose de esta manera.

—Cuando decidió emplear toda su astucia para casarse con mi hijo, ¿pensaba en cambiarlo después? ¿Fue ésa la razón que la indujo a casarse? ¿Se casó para convertirle en lo que usted cree que debe ser un hombre? ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—Naturalmente que no —respondió Lucyanne—. Nunca pensé semejante cosa. Pero creí que Grady sería diferente después de casarnos.

Oyó que la madre de Grady se reía por lo bajo.

—Nunca será diferente, jovencita —dijo al cabo de un momento—. Ahórrese innumerables sufrimientos haciéndose desde ahora a esa idea. Yo aprendí la lección cuando me casé con el padre de Grady. Él no toleraba que ninguna mujer lo dominara. Tardé casi cuarenta años en resignarme a aceptar este hecho. Algún día aprenderá usted lo que todas las mujeres de la familia hemos aprendido. Un Dunbar

es un Dunbar, y nadie podrá cambiarle.

—Sin embargo, Grady es tan terco y tan desconsiderado para todo, mamá Elsie... Jamás me presta atención. Y usted lo apoya siempre, sin importarle cuanto haga o diga. Esto es lo que trae dificultades.

—¡Que Dios tenga piedad de mí! Los hombres de la familia siempre han decidido todas las cosas, y es inadmisibles que alguien que acaba de casarse con un miembro de la familia comience a criticarnos y a encontrar defectos. No necesitamos consejos de los extraños. Somos tan buenos como cualquiera de las familias que están viviendo sobre la tierra, y si piensa continuar aquí, tendrá que aprender a ser como nosotros. Usted habla como un extraño incapaz del menor respeto hacia nuestras tradiciones; pero juzgo que no puede esperarse otra cosa mejor de una persona que no tiene antepasados ni posee vínculos de familia con personas de quienes haya oído hablar alguna vez. Es una vergüenza cómo está penetrando la gente de baja condición en esta comarca para tratar de mezclarse con nosotros y ponerse a nuestra altura. Nadie sabe una palabra de su familia. Sólo que han vivido aquí desde hace diez años. Por eso está muy lejos de ser digna del privilegio de pertenecer a nuestra familia.

—¡Es exactamente lo que siento! —prorrumpió Lucyane.

—¡Que Dios tenga piedad de mí! ¡Lo sabía, lo sabía! Dios nos está castigando por el momento de debilidad de Grady, pero es usted quien debería ser castigada por haberle enredado con sus malignos ardides. Si su padre hubiera vivido, hubiese encontrado la manera de librarle de usted con algún dinero y así salvarnos de la desgracia. Cada vez que mi muchacho iba a Atlanta o a Savannah temía que cayera en las redes de alguna como usted, de alguna a quien sólo quería para divertirse por unos pocos días. La primera vez que la vi, comprendí que usted sería la ruina de esta familia. Todo esto forma parte de su diabólico plan.

—¡No sé qué dice! ¿De qué está hablando?

—Es tan claro como la luz del día: debe estar decidida a que desaparezca el nombre de los Dunbar.

—Pero yo no tengo la culpa, mamá Elsie. Si usted tratara...

—Puedo sacar mis propias conclusiones, jovencita.

—Por favor, créame, mamá Elsie. Es Grady quien...

—¡Que Dios tenga piedad de mí! ¡Eso es una mentira, una deliberada perfidia, y usted bien sabe que no es cierto! —dijo temblando de ira—. ¡Qué idea! ¡Tratando de hacer recaer la culpa sobre mi hijo para ocultar sus defectos y su impostura! ¡No quiero oír una palabra más acerca del caso! ¡Me agradecería que Grady la oyera hablar así...; en seguida pondría término a todo esto!

—Si Grady solamente...

—Escúcheme, jovencita, hay mucha virilidad en esta familia, si es eso lo que intenta insinuar —expresó con deliberada altanería—. Son mujeres lo que falta ahora en esta casa. —Miróla fijamente, con desprecio—. ¡Qué idea!

Lucyane se echó a llorar, hundiendo el rostro entre sus manos. Cada vez que

trataba de explicar a mamá Elsie en qué estribaba la dificultad, mamá Elsie negábase a escucharla. Había recriminado incesantemente a Lucyanne durante todo el invierno y la primavera, y la joven había llegado a sentir miedo de hallarse en su presencia.

—Con eso no adelantará nada en la solución del problema —dijo mamá Elsie, impasible—. Guarde sus lágrimas para los hombres. Las mujeres estamos demasiado acostumbradas a ellas para que logren conmovernos.

—¡Pero es que Grady no hace nada... no intenta nada para remediarlo, mamá Elsie! —clamó Lucyanne en un desesperado esfuerzo para convencerla—. ¡Tiene usted que creerme!

—¡Que Dios tenga piedad de mí! —respondió—. No quiero seguir aquí sentada oyendo tales palabras acerca de mi hijo, aun cuando usted pretenda ser su mujer.

—Sin embargo, es verdad, lo crea o no —dijo Lucyanne con calma.

—Nunca volveré a creer una palabra, después de esto, si persiste en decir semejantes cosas acerca de mi hijo —contestó levantándose de su mecedora para alejarse de Lucyanne—. Siempre sospeché que usted era una mujer irresponsable e indigna de confianza, y esto lo prueba ahora definitivamente. Es usted una mujer carente en absoluto de vergüenza, tratando de arrojar el peso de sus culpas sobre el pobre Grady. Es digno de lástima por haberse dejado atrapar por sus redes. Mi corazón sangra por el pobre muchacho. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

Lucyanne quedose llorando en la oscuridad.

CAPÍTULO III

Lucyanne se demoró cuanto pudo en la galería antes de entrar en la casa. Cuando decidió hacerlo, la oscuridad era completa y las luces no habían sido encendidas.

Orientándose a tientas en la impenetrable oscuridad, atravesó el vestíbulo para luego subir a toda prisa la escalera hasta el segundo piso. Se detuvo un instante para recuperar el aliento, y luego siguió andando, de puntillas cuando pasaba frente a la puerta de la habitación de Grady, en dirección a la suya. Deseaba precipitarse en el cuarto de él para arrojarse en sus brazos; pero se obligó a pasar de largo, procurando evitar que el piso crujiera para que no se enterase Grady de que había subido. Él le había ordenado que permaneciera en la galería, y nada lo encolerizaba tanto como el hecho de que le desobedeciera alguien. Cuando era preso de uno de sus violentos raptos de ira, durante los cuales perdía totalmente el dominio de sí mismo maldiciendo y atacando cuantas cosas o seres se ponían a su alcance, era menester a veces que transcurrieran dos o tres días antes de que se serenara. Pensando en ello, Lucyanne se apresuró a entrar en su habitación para peinarse y cambiar sus ropas.

Mientras se desvestía trataba de escuchar, esperanzada, algún ruido que le indicase que Grady se movía en la amplia casa. Cada vez que percibía el crujido de uno de los viejos muebles, contenía el aliento, anhelosa de que se tratara de Grady dirigiéndose allí. En la soledad silenciosa de su habitación no podía dejar de preguntarse constantemente dónde había estado y qué estuvo haciendo durante los tres días y las tres noches pasadas. Prácticamente, no sabía nada acerca de las personas que solían acompañarle durante sus estancias en Maguan, la cabeza del condado, situada a quince millas; pero estaba enterada de que gran parte del tiempo que permanecía fuera del hogar transcurría en un bar y casa de juego que poseía un tal Skeeter Wilhite. Había tenido conocimiento de ello porque Ben Baxter, un primo de Grady que ejercía la profesión de abogado en Maguffin, le había indicado varias veces durante el invierno que Grady estaba perdiendo más dinero del que tenía, y que si no se alejaba de la casa de Skeeter Wilhite, acabaría por sucederle algo desastroso. Por lo general, cada tarde que pasaba en el bar, durante las que invitaba a todos los concurrentes a varias rondas de bebida, Grady pagaba cuentas de sesenta o setenta dólares, y sus pérdidas en el juego alcanzaban a veces centenares de dólares. En ciertas ocasiones, al terminar las partidas de dados conseguía ganancias; pero era muy natural en él acabar apostando todo lo ganado a un naípe, y como era Skeeter quien los barajaba, nueve de cada diez veces tenía que marcharse sin un centavo y con frecuencia hasta en deuda.

Lucyanne había llegado a la convicción de que resultaba inútil interrogar a Grady cuando volvía a casa para que le dijera dónde había estado y qué había hecho, porque, con el correr de los meses, ante su insistencia, él se encolerizaba maltratándola cada vez más. Aun cuando se hallara de buen humor, cosa que ya era rara de por sí, no respondía más que de una manera vaga y evasiva, expresando que había estado en la

ciudad ocupado de la realización de importantes negocios. Después de tener que escuchar historia tan poco convincente tantas veces durante los diez meses de su matrimonio, había acabado por saberla de memoria. Pero estaba perfectamente enterada, al igual que mamá Elsie, de que cuando Grady pasaba unos días fuera del hogar, casi siempre tenía que hipotecar otra parte de la granja a fin de pagar las cuentas del bar y sus deudas de juego a Skeeter Wilhite.

Sólo restaba ahora una porción muy reducida de tierra. Originariamente la plantación de los Dunbar había comprendido más de cinco mil acres de la tierra más rica y productiva de aquella parte de la comarca. Por espacio de dos generaciones, la posesión había proporcionado ganancias que oscilaban alrededor de los cien mil dólares anuales, gracias a las ricas plantaciones de algodón y a la madera producida por los vastos bosques vírgenes. El abuelo y el padre de Grady nunca se habían privado de cuanto desearan, costara lo que costase; pero la buena suerte de aquéllos había hecho la desgracia de éste, pues los hábitos de prodigalidad heredados lo llevaban a malgastar y agotar su fortuna. Hacia los veinte años de edad, la plantación ya daba pérdidas en lugar de ganancias, y, a causa de ello, año tras año, tuvo que ir hipotecándola progresivamente a fin de tener dinero para su derroche. A la sazón, después de numerosos juicios hipotecarios, de la plantación primitiva ya no quedaban más que doscientos acres.

La amplia casa solariega de tres pisos, con su techo de tejamaniles rotos y tablas de chilla retorcidas por la acción sucesiva de las lluvias y del sol, que en las primeras épocas de la familia había sido una construcción magnífica, renombrada por su bella apariencia, se hallaba en un estado tal que el Banco de Maguffin había rehusado abiertamente aceptarla en concepto de garantía aun por el préstamo de la más ínfima suma.

Había sido tan descuidada que las chimeneas de ladrillo estaban completamente desmoronadas, causa por la cual ninguna compañía quería asegurar el edificio contra incendios. Los cimientos de ladrillo del ala norte habían cedido, y ésta estaba casi derruida. Cuando llovía, el agua se filtraba por las paredes y goteaba desde los techos durante varios días. En el tercer piso, ahora abandonado, se habían desplomado trozos enteros del techo. Cada vez que Lucyanne mencionaba a Grady el estado de la casa, él se encolerizaba y eludía el tema diciendo que no disponía del dinero necesario para hacer las reparaciones, y por otra parte la casa, tal y como se hallaba, era aún habitable.

Cuando el reloj de plata, uno de los regalos que su madre había hecho a Lucyanne al contraer matrimonio, marcó las diez, Grady aún no había acudido a su habitación. Lucyanne abrió la puerta que daba al corredor y aguzó el oído durante un momento. No se oía ningún ruido en la amplia casa, y cerró la puerta comenzando a ponerse el vestido que a Grady le gustaba. Se lo había enviado su madre y lo reservaba para las ocasiones en que Grady estaba en casa.

Andando de puntillas silenciosamente, salió al oscuro corredor. Mamá Elsie

dormía, Martha se había ido y la gran casa estaba llena de quietud. A medida que avanzaba sobre las alfombras no podía dejar de recordar, como si fuera una pesadilla, las noches solitarias que había pasado aguardando que Grady volviera. Y recordaba que en esas noches había esperado y rogado que a su retorno él fuese a verla a su alcoba. Por lo general él volvía ebrio y llenaba la casa con sus aullidos y blasfemias hasta que caía pesadamente sobre la cama y dormía hasta la tarde siguiente. En otras ocasiones, como ocurrió esta vez, iba silenciosamente a su habitación y no hacía ruido hasta la mañana siguiente.

Cuando llegó frente a la puerta de la habitación de Grady, escuchó atentamente. Se echó el pelo hacia atrás, ordenándolo con rapidez y se alisó el vestido. Después buscó la manecilla. La puerta estaba cerrada con llave. En el tiempo que había invertido en llegar desde su habitación se repetía una y otra vez que la puerta no estaría cerrada con llave y que podría entrar antes de que Grady se diera cuenta de que estaba allí. En otra ocasión hubiera lanzado un grito de desaliento, pero ahora estaba determinada a no dejarse vencer y a no renunciar con tanta facilidad. Toda temblorosa, golpeó suavemente en la puerta. En seguida se oyó dentro de la habitación un remover, un débil crujido de la cama, y después se hizo un profundo silencio. Ella esperó cuanto le fue posible sin decir nada, conteniendo la respiración, hasta que le resultó doloroso. El aterrador silencio del corredor oscuro la hacía temblar de miedo.

—Grady —susurró con voz estremecida. No hubo ninguna respuesta. La excitada agitación de su corazón conmovía todo su cuerpo.

—Soy yo, Grady —dijo con tono suplicante—. Soy yo, Lucyanne.

Tampoco hubo contestación esta vez. Apretándose las manos fuertemente, una con otra, Lucyanne aguardó a que él hablara.

—Por favor, Grady —dijo sin poder aguantar más. Su voz fue un urgente clamor de súplica que resonó en sus oídos—. Quiero entrar, Grady. Por favor, déjame entrar.

En el mismo instante de callarse, oyó un ruido como si alguien hubiera movido una silla. Después trató de abrir la puerta otra vez; pero seguía cerrada con llave. Sacudió la manecilla con desesperación.

—¡Por favor, déjame ir junto a ti, Grady! —pidió—. ¡Déjame! He pasado mucho tiempo sin verte y te he echado de menos, Grady.

En seguida pudo oír el rumor que hacían sus pies desnudos atravesando el cuarto. Se dio cuenta de que él estaba al otro lado de la puerta, y su corazón comenzó a latir desordenadamente sabiendo que Grady se hallaba tan cerca.

—¡Oh, Grady! —gritó.

—¿Qué quieres? —preguntó él con enojo.

—¡Quiero verte! —respondió ella, golpeando la puerta con las manos—. ¡Quiero estar contigo, Grady! ¡Eso es todo lo que deseo: estar junto a ti!

—Ahora no. —Oyó decir—. Vete.

—¡Por favor, no seas tan cruel, Grady! ¡No puedo soportarlo! ¡Déjame entrar sólo

un momento...!

—Vuelve a tu habitación.

—¡Pero, Grady, tienes que dejarme entrar! ¡He estado tan sola!

—Te he dicho que te marches, ¿no es verdad? —respondió encolerizado.

Le oía andar alejándose de la puerta, y la conciencia de que ya no estaba allí, casi junto a ella, le hizo experimentar una angustiada sensación de desvarío y abandono. Ya no pudo contenerse y los ojos se le llenaron de lágrimas. Nunca se había sentido tan desdeñada como en ese momento, y no sabía cómo soportar esa inenarrable desazón. Durante tres largos días y noches había estado aguardando que él regresara, repitiéndose una y otra vez que cuando volviera a casa la dejaría estar junto a él. Cada vez que la duda burlona se adueñaba de su mente, Lucyanne había tratado de convencerse a sí misma de que había cambiado y que a partir de entonces su vida en común sería diferente. Lo que ocurría ahora estaba causándole un tormento infinito.

No podía hallar una sola razón que justificara el desdén de Grady. Era aún joven y atractiva. Hasta mamá Elsie había admitido de mala gana que poseía una belleza superior a la común y que descollaba en ese aspecto sobre la familia. Ben Baxter había dicho, con su timidez acostumbrada, que era la muchacha más adorable que jamás conociera, y que no deseaba casarse si tenía que pasar su vida junto a un ser inferior a ella. Era delgada, de cabellos oscuros, brazos y piernas bien formadas y piel levemente oscurecida por el sol y los vientos. En su boca, bella y generosa, jugueteaba siempre una sonrisa, y cuando sus suaves ojos castaños se detenían en alguien, brillaban con intensa cordialidad. Ella sabía que Grady la había considerado en un tiempo hermosa y deseable, porque se lo había manifestado frecuentemente antes de que se casaran. Había comprendido que para poder seguir viviendo era necesario sentirse amada; de otro modo prefería morir. Y de entre cuantos seres conocía, deseaba que Grady fuera el hombre que la quisiera, porque lo amaba y porque era su marido.

Golpeó la puerta de la pieza frenéticamente con los puños.

—¡Grady! ¡Grady! —Un terror repentino se había apoderado de ella. Por primera vez pensó que en la habitación de él había alguien más. No imaginaba quién pudiera ser, ni cómo había podido entrar sin que ella lo percibiese; pero lo que más le importaba en ese momento era averiguar si su sospecha tenía fundamento—. ¡Grady! ¡Grady! —Volvió a llamar—. ¡Déjame entrar, déjame entrar, Grady!

—¡Maldita sea! ¡Vete de ahí! —gritó enfurecido—. Te he dicho que te marches y dejaras de incomodarme. Ya me fastidiaste bastante.

—Tengo que entrar, Grady —respondió Lucyanne con voz firme—. Abre, Grady. No puedo soportar más.

—¡Cuántas veces tendré que repetirte que te marches, maldición! —gritó él—. ¡No golpees y déjame en paz!

—¡No puedes tratarme así, Grady! ¡No puedes, no puedes! ¡Déjame entrar, Grady, déjame entrar!

—Si continúas, voy a salir y te daré tu merecido. Te he dicho lo que tienes que hacer y procuraré que lo hagas.

Lucyanne se apartó de la puerta llena de indecisión. Temía a Grady, pues sabía que cuando perdía el dominio de sí su conducta casi era brutal.

—¿Hay alguien contigo, Grady? —preguntó luego con determinación—. Sé que hay alguien. ¿Quién es?

Aguardó temblorosa. En ese instante ya no sabía ni quería conocer la verdad, porque de ser cierto que alguien estaba con él, ella tendría que marcharse y no deseaba hacerlo.

Grady no habló más. Durante el largo rato que transcurrió en silencio, ella comenzó a sollozar incontinentemente. Las lágrimas que nublaban y escocían sus ojos, calmaron su aguda pena. Se apoyó desfallecida contra la pared.

—¿Todavía estás ahí? —Oyó que preguntaba Grady.

—Sí, Grady —respondió rápidamente, pensando que él se había compadecido y que estaba a punto de abrir la puerta.

—Pues, obedéceme y vete —dijo ásperamente. Lucyanne se encaminó a su cuarto. Había dejado de llorar, pero su vista aún continuaba nublada y sabía que en cualquier momento sus lágrimas podían acudir nuevamente. Ya en su habitación, contempló por un instante en el espejo, pero huyó con rapidez de su imagen. Tenía el pelo desaliñado, los ojos enrojecidos e hinchados y el vestido con que había querido que la viese Grady, antes tan elegante y tan bien planchado, colgaba arrugado de sus hombros. Abrió las amplias puertas del balcón que daba a la galería y se acercó rápidamente a la baranda.

Hacía largo rato que estaba allí, en la fresca oscuridad de la noche, cuando oyó el rasgueo débil y lejano de una guitarra. Sentose rápidamente para recorrer el patio con la vista y distinguió a cien metros de distancia la tenue luz que se filtraba por las rendijas de las puertas de las cabañas habitadas por los negros.

Eran ocho pequeñas chozas de una sola habitación, idénticas por su tamaño y aspecto. Construidas con troncos cortados toscamente y recubiertos con masilla, las había hecho levantar el abuelo de Grady para alojar a sus esclavos. A la sazón eran ocupadas por la servidumbre negra que trabajaba en la casa y en las tierras. Las cabañas estaban tan deterioradas y necesitadas de arreglos como la gran casa de treinta y dos habitaciones. Las chozas nunca habían tenido ventanas, porque en la época de su construcción existía la costumbre de encerrar en ellas a los esclavos desde la puesta del sol hasta el amanecer; pero había en los troncos pequeños orificios destinados a la ventilación y que entonces se hallaban cubiertos con arpilleras. La empalizada de troncos de pino que originariamente rodeara a las barracas había desaparecido pero, exceptuando este detalle, el aspecto del conjunto había variado muy poco de cien años a esta parte.

Cuando Lucyanne se inclinó apoyando los brazos en la barandilla, oyó la guitarra más cercana y distinta. Los suaves acordes flotaban en torno a ella en la noche

fragante y acariciaban sus oídos con una melodía primitiva. De pronto, una voz quejumbrosa rompió a cantar. Muchas veces había escuchado esta canción, pero sin lograr distinguir claramente las palabras. Entonces le parecieron llenas de intención y de significado. Se irguió en la silla con el cuerpo tenso.

*La muchacha buena perdió a su hombre;
la muchacha mala se lo llevó...*

Un doloroso escalofrío la estremeció. La burla de la canción se hacía insoportable.

Se puso de pie y atravesó corriendo la galería. Pero al llegar a la puerta vaciló. Deseaba volver y hacer que Grady le permitiera entrar en su cuarto para comprobar con sus propios ojos si sus sospechas eran fundadas o no. En ese instante de indecisión, detenida junto a la puerta, comprendió que sería inútil intentarlo. Él no le permitiría de ningún modo entrar ahora en su cuarto, aun cuando estuviera solo, porque ella lo había encolerizado. Sabía, por experiencias pasadas, que durante varios días la atormentaría. Su rostro estaría lleno de una ira sombría y, con actitud provocativa, rehusaría hablarle hasta que su resentimiento se hubiera desvanecido. Siempre había sido así, y a medida que transcurría el tiempo sus accesos de malhumor eran cada vez más prolongados. Últimamente estaba casi siempre taciturno. Con el tiempo, como mamá Elsie, se había habituado a ser rudo y complacerse en su facultad de hacer daño.

Lucyanne volvió a la galería y se detuvo, en la oscuridad, mirando hacia el blanco cercado de arena. A media milla de distancia, en el campo, podía distinguir una luz titilante en la casa del mayoral. Allí vivía Will Harrison. Más lejos, del otro lado del río, vislumbrábase la pálida luz de numerosas estrellas que refulgían en la noche clara. El aspecto de la mansión, el de la casa del mayoral y hasta el de las cabañas, componían una atmósfera de felicidad y satisfacción, y ella, al advertirlo, se sintió acobardada y más desdichada que nunca.

Desde las cabañas, se extendía la música sobre el cercado.

*¡Oh, Señor, me estoy volviendo azul!
¡Oh, Señor; qué podré hacer...!*

Se sentó de pronto, mientras seguía escuchando la oprimente melodía. Las palabras volvieron nuevamente a su memoria; las largas noches que pasaba en espera de Grady, tratando de ser paciente y comprensiva, pero sin dejar de preguntarse por qué la evitaba. Casi todas las noches aguardaba que acudiera a su lado, y al percatarse de que no lo haría habíase metido en su cuarto. A veces él había cerrado con llave su puerta, como acababa de hacerlo; otras, pese a que no estaba en su habitación, le esperaba; muchas, había permanecido tendida sobre el lecho de Grady hasta la aurora sin poder conciliar el sueño, y sólo entonces, al darse cuenta de que ya no regresaría,

se había marchado a su cuarto para llorar hasta quedarse dormida. Cuando se casó con Grady no había imaginado que pudiera ocurrirle semejante cosa, y ahora, al cabo de casi un año, aún no podía comprender qué perverso impulso había en la naturaleza de Grady que le inducía a tratarla de tal manera. Cuanto más reflexionaba acerca de ello, menos confianza sentía respecto de su propia seguridad. Comprendía que podía marcharse de la casa sin que Grady diera un paso para detenerla. Hasta había comenzado a creer que era esto, precisamente, lo que tanto él como mamá Elsie deseaban que hiciera. Y sabía que si no amase a Grady tan profundamente, ya se habría marchado de su lado meses atrás.

No obstante, sólo era ésta una de las cosas cuyo sentido no alcanzaba a penetrar. Le habían dicho que Grady nunca tuvo intenciones de ejercer la abogacía, y no podía entender el motivo, puesto que se había graduado en la Escuela de Derecho y conseguido la autorización necesaria para trabajar en ese Estado, un mes antes de que se casaran. Cuando preguntó a mamá Elsie por qué Grady rehusaba ejercer la profesión que había estudiado, ella había respondido con su tono altanero que ningún Dunbar jamás tuvo necesidad de dedicarse a los negocios o al ejercicio de una profesión para vivir, y que esa educación, para un Dunbar, era tan sólo cuestión de cultura y de orgullo. Después de esto, Lucyanne había tratado de impulsar a Grady para hacer algo, indicándole cuán inútil sería su existencia si permitía que la filosofía de mamá Elsie siguiera destruyéndolo. Grady no le había prestado atención. Finalmente, ella tuvo que desistir de su propósito comprendiendo que le resultaría imposible romper la capa de indiferencia en que él estaba envuelto.

A través del patio oyose la plañidera voz de una muchacha que cantaba con voz aguda.

*Si me da una nueva prueba;
lo amaré hasta que muera...*

La música, flotando sobre las plantas con un ritmo monótono, era molesta y perturbadora. Parecía que no iba a cesar jamás. Todas las noches ocurría lo mismo. Sentados en sus sillas, frente a las cabañas, los negros tocaban la guitarra y cantaban hasta pasada la medianoche, pero mucho después de haber cesado la música, Lucyanne aún sentía el obsesionante ritmo trinando en sus oídos.

Cubrió su rostro con las manos.

—¡Por favor, basta! —sollozó—. ¡No puedo más! ¡Basta, por favor!

*No soy más que una pobre muchacha que lucha,
pero tengo a mi hombre, tengo a mi hombre...*

CAPÍTULO IV

Grady durmió toda la mañana con la puerta cerrada, sin levantarse siquiera cuando Martha le llevó el almuerzo en una bandeja y le rogó que por lo menos tomase un poco de café caliente. La bandeja, cubierta con una servilleta blanca, se hallaba tal como fue dejada al lado de la puerta, cuando Ben Baxter detuvo su coche frente a la casa, a las cuatro de la tarde. Durante toda la mañana no había surcado el cielo una sola nube y la jornada había sido muy calurosa; pero luego, por la tarde, había comenzado a soplar la brisa costera, y Lucyanne salió a sentarse en los escalones de la galería, a fin de respirar un poco de aire fresco. Un negro estaba arando con una yunta de mulas en la cuesta, y dos tractores trepidaron todo el día monótonamente trabajando en la plantación de algodón. Sin molestarse por el ruido de los tractores, mama Elsie echaba en el ala norte de la casa su acostumbrada siesta.

Ben bajó del coche y la saludó con un vivo movimiento de su mano. Lucyanne había experimentado un fugaz temblor al reconocer al recién llegado, y cuando vio su delgada figura acercándose a la galería, agitó su pecho una creciente excitación. Ben estaba en la treintena, es decir, tenía aproximadamente la misma edad que Grady y era varios años mayor que ella. Aunque su aspecto era inconfundiblemente el de un Dunbar, cosa natural, puesto que su madre y el padre de Grady habían sido hermanos, no se parecía nada a ellos en el carácter. En realidad era tan diferente a los Dunbar, que había sido calificado muchas veces como la oveja negra de la familia. Era considerado, de conversar respetuoso y nada egoísta. La primera vez que Lucyanne viera a Ben, le había agradado, y siempre estaba junto a él mucho más tranquila de lo que podía estarlo al lado de Grady.

Cuando llegó al pie de la escalera, Lucyanne se puso en pie, con una ansiosa y amplia sonrisa. Ben se detuvo y la contempló atentamente un instante antes de empezar a subir los escalones. Ella le tendió la mano y Ben la retuvo entre las suyas largo rato, antes de que ninguno de los dos hablara. Mientras contemplaba el rostro de él, una repentina y persistente idea cruzaba la mente de Lucyanne. Se preguntaba con cuál de los dos, Grady o Ben, se hubiera casado de haberlos conocido al mismo tiempo.

—¿Cómo está, Lucyanne? —preguntó Ben con su tono sereno—. Tiene muy buen aspecto.

—¡Oh, Ben, es maravilloso verle otra vez! —dijo ella rápidamente, al tiempo que bajaba la mirada para ocultar la expresión de sus ojos.

—Supongo que mi visita no es inconveniente —expresó con inquietud.

—Naturalmente que no, Ben —aseguró ella, mirándolo brevemente a los ojos—. Usted ya lo sabe.

Él abandonó finalmente su mano y se sentó en la escalera. Ella ocupó una silla frente a él observándole mientras sacaba un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno, pero ella lo rehusó con un movimiento de la cabeza. Él fumó silenciosamente durante

unos instantes.

Hubo una época en que todos los vecinos de la comarca decían, meneando la cabeza, que Ben Baxter estaba a punto de convertirse en otro Grady Dunbar. En aquellos días había sido tan derrochador y negligente como siempre lo fuera Grady, y había derrochado su herencia sin tener en cuenta para nada sus obligaciones. Su madre, mientras vivió, había complacido todos sus caprichos, sin fijarse en lo que costaban, y a su muerte él había dilapidado en pocos meses el dinero restante. Una mañana despertó en una pieza de un hotel de Boston sin un céntimo, hambriento y sin un amigo que le ayudase. Le faltaba un año para terminar sus estudios en Harvard. En lugar de volver al hogar y vivir a costa de sus parientes, como en Maguffin esperaba todo el mundo que hiciese, consiguió contratarse como jornalero para costear sus estudios hasta el fin. Ni siquiera fue a pasar las vacaciones de verano a su casa, sino que permaneció trabajando en Boston. Durante tres años no fue visto en Maguffin, pero al cabo retornó con el título de doctor en leyes y se colocó como empleado en la oficina de un abogado por veinte dólares semanales. Permaneció en ese puesto por espacio de dos años, y en todo el tiempo pocos habitantes de Maguffin creyeron que el cambio sería definitivo. En su interior todos abrigaban la idea de que en cualquier momento volvería a las costumbres de los Dunbar y de los Baxter. Pero en lugar de ello, al dejar su empleo, Ben abrió su propio bufete. La primera visita que recibió fue la del juez Lovejoy, jefe político del condado, el cual había quedado tan impresionado por la voluntad de Ben, que le ofreció un hermoso porvenir a cambio de su lealtad. Él rechazó inmediatamente el ofrecimiento, expresando que prefería conservar su libertad. Esta decisión fue grave. El juez abandonó encolerizado su despacho, y después los clientes fueron pocos. Al cabo de un tiempo corría la voz entre los blancos pobres y entre los negros que tenían embargados sus muebles y utensilios de trabajo, que el atesoramiento legal más sabio y menos costoso del condado podía ser obtenido de Ben Baxter. Levantándose de la escalera se sentó en una silla junto a Lucyanne.

—Hace mucho que no va usted a la ciudad —dijo—. Se está volviendo muy casera, Lucyanne.

—Eso creo, Ben. Pero ocurre que no tengo deseos de ir a parte alguna.

—No es bueno eso, Lucyanne. No debería quedarse aquí sola, durante semanas y semanas, sin ver a nadie.

—Pero están Grady y mamá Elsie —respondió ella rápidamente.

Ben asintió gravemente. Ella vio cómo la observaba, meditativo, y se preguntó qué pensaría realmente en lo más íntimo de su ser. Desvió el rostro a fin de impedir que leyera la pena pintada en sus ojos y que no podía ocultar. Al observar su gesto, Ben se puso a mirar hacia la cuesta.

—Grady pasa más tiempo en Maguffin que en su casa —declaró—. Y cuando está aquí es como si no estuviera, ¿no es cierto, Lucyanne?

Lucyanne comprendió en seguida el sentido de esas palabras. Lo que él acababa

de decir era una afirmación y no una pregunta a la que ella tuviera que responder. Volvióse hacia él tratando de sonreír con aire de felicidad, pero no lo hizo porque comprendió que resultaba inútil intentar seguir ocultando sus sentimientos a Ben.

—Supongo que sabe lo que ocurre entre nosotros, Ben —dijo mirándole—. Creo que es absurdo que yo trate de ocultarlo.

—Sé cuán infeliz es, Lucyanne —respondió él con tono afectuoso.

Ella se miró las manos que reposaban sobre su falda.

—¿Vino Grady anoche? —preguntó Ben.

Ella asintió.

—¿Dónde está ahora?

—No sé.

—¿Está arriba, en su habitación?

—Creo que sí.

—¿Habló con él desde que llegó? ¿Le dijo algo?

—¿Qué quiere decir, Ben?

—¿Le ha dicho algo acerca de sus últimas dificultades? Ella movió la cabeza negativamente.

—No sé nada de los asuntos de Grady, Ben. Rara vez me dice algo respecto a sus cosas.

—Ya lo suponía —declaró con gravedad. Ben apoyó un pie contra la baranda y se puso a mirar con aire preocupado hacia las colinas cubiertas de pinos que se alzaban al otro lado del río. Ella comprendió que le preocupaba una seria inquietud.

—Lucyanne —dijo sin mirarla.

—¿Qué, Ben?

Él retiró el pie de la barandilla, e, inclinándose hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas. No la miraba.

—Temo que vayan a producirse algunos acontecimientos desagradables —comenzó—, y considero que debe saberlo. Por esa razón he venido. Quería asegurarme de que no ignoraba lo que ocurría.

—¿Qué quiere decir, Ben?

—Van a surgir algunos inconvenientes, Lucyanne.

—¿Qué clase de inconvenientes? —preguntó ella con temor—. ¿De qué está hablando?

—Justamente para hacer las cosas más penosas, esta vez hay dos dificultades en lugar de la habitual.

—Ha estado jugando nuevamente y ha perdido, ¿no es verdad?

—Dos mil quinientos esta vez, Lucyanne. Es una fuerte suma. Grady no cuenta con ella.

—Quizá se la presten en el Banco —murmuró ella esperanzada.

—No, ni el Banco ni ninguna persona le prestará a Grady.

—¿Qué hará, Ben? ¿Qué puede hacer?

—No sé. Si yo tuviera, le prestaría por usted; pero no tengo. Temo que esta vez no podré ayudarle. Casi todo está hipotecado; los tractores están embargados, y aun cuando esa yunta de mulas no estuviera hipotecada, no se obtendría por ella más de cien dólares. No hay una sola persona en la comarca que, estando en su sano juicio, quiera prestar a Grady. Tal es la situación. Los Dunbar están casi arruinados, Lucyanne.

—¿Usted cree que realmente no hay ninguna esperanza?

Él asintió.

—Pobre Grady —dijo ella con tristeza—. A pesar de todo a veces siento mucha pena por él. Y no puedo ayudarle. Quizá sea porque es mi esposo, o quizá debido a mi modo de ser. Pero cada vez que se halla en dificultades me ocurre lo mismo. He pensado en muchas ocasiones que realmente no le ocurren todas estas desgracias por su culpa. Lo que más ha influido es el hecho de que se criara en esta familia. Ser un Dunbar es lo que lo ha echado a perder. Si se alejara de esta casa maldita y se fuera a cualquier parte, tendría más probabilidades de salvarse. Pero mientras siga viviendo en esta atmósfera maligna, seguirá pensando que el mundo debe asegurarle su existencia por la simple razón de que es un Dunbar. Yo lucharía a su lado, sin preocuparme por la pobreza, con tal de que se fuera lejos de aquí y trabajara. Podría hacerlo si quisiera. Pero no —agregó amargamente—, mamá Elsie consideraría que tal cosa es indigna de un Dunbar.

—¿Le ha hablado usted alguna vez a Grady de marcharse?

—Grady no quiere escucharme, Ben. He tratado por todos los medios a mi alcance de hablar con él al respecto; pero cada vez que lo intento se enfurece permaneciendo en ese estado durante días y días. A menudo, cuando esto ocurre, no me habla durante una semana. Antes de tener que soportar eso, prefiero no oponerme a él. Sé que debería seguir intentándolo, pero me parece tan inútil...

Oyose un estrépito en la casa. Después pudieron oír los pasos de Grady que bajaba. Ben y Lucyanne se miraron con aprensión. Ben se puso de pie.

CAPÍTULO V

Casi sin mirarlos, Grady atravesó la galería a grandes zancadas en dirección al ala sur de la casa. Un instante después de perderse de vista lo oyeron gritar ásperamente. Deseando saber qué ocurría, Ben y Lucyanne se dirigieron rápidos hacia allá.

Cuando llegaron, vieron a Grady en la galería y al tío Jeff Davis Jackson, uno de los negros que habitaban en las cabañas, frente a él, abajo, en el cercado. El tío Jeff Davis era el negro más anciano de la casa, y tanto él como su mujer, la tía Bessie, habían nacido allí y fueron bautizados por el abuelo de Grady. Tenían un hijo, Sammy, también criado en la finca, que había marchado a cumplir sus dos años de servicio militar. Acababa de volver, pero en vez de regresar a trabajar a la casa, para Grady, había conseguido un empleo en el aserradero de Maguffin.

Ben y Lucyanne observaron que Grady estaba encolerizado con el tío Jeff Davis, quien con el sombrero en la mano permanecía en actitud humilde en el cercado. El viejo negro de cabello cano restregaba nerviosamente sus destrozados zapatos contra la dura arena del cercado.

—¿Para qué quieres verme? —inquirió Grady con rudeza—. ¿Qué significa eso de mandarme decir por Martha que quieres verme a esta hora del día?

—Por favor, míster Grady, no quería molestarle de esta manera —comenzó el tío Jeff Davis, con voz temblorosa—; pero quiero pedirle un pequeño favor, y temía que usted se fuese nuevamente antes de que tuviera una oportunidad para hablarle, por favor. —En su ansiedad por no molestar a Grady más de lo necesario comenzó a atascarse con las palabras.

—Bueno, sigue hablando y déjate de tartamudear así —dijo Grady con irritación—. Pero la próxima vez espera a que yo salga de la casa. No me gusta que un negro mande a buscarme.

Restregando sus zapatos contra la arena, el tío Jeff Davis se inclinó murmurando con tono de disculpa:

—Por favor, míster Grady, todo lo que quiero de usted es que nos deje a mí y a mi mujer irnos a la ciudad. Ambos nos estamos volviendo viejos y yo ya no puedo trabajar todo el día en el campo como antes. El calor me tortura como si fuera el mismo diablo cada vez que salgo para trabajar afuera. Si no fuese por eso, yo no querría irme a Maguffin. Y si no fuera porque me estoy volviendo viejo no me importaría el calor ni ninguna otra cosa y le agradecería que me dejase trabajar para usted todo el tiempo, míster Grady; pero de todos modos yo y mi mujer ya no vamos a vivir mucho, y sólo queremos descansar un poco antes de que llegue el momento de marcharnos. Por favor, míster Grady, ¿podemos hacerlo?

—¡Demonios! ¡No! —gritó Grady encolerizado—. ¿Cómo se te ocurre que puedes irte de aquí cuando quieras? ¿Quién te ha dado una casa para vivir y te ha alimentado durante toda tu vida?

—Usted, míster Grady. Usted, y su padre antes de que usted lo hiciese. Yo le

agradezco mucho todo lo que usted y su padre han hecho por mí y por mi familia.

—Entonces, ¿cómo piensas que puedes irte de aquí sin pagarme todo eso?

—¿Pagarle, míster Grady? —preguntó el tío Jeff Davis alarmado.

—¡Pagarme, sí! ¡Así como has oído! ¡No eres sordo!

—Me parece, míster Grady que ya se lo he pagado con el trabajo de todos estos años. No sé cuántos años fueron, pero seguramente ha pasado un buen número de ellos desde que comencé hasta que fui demasiado viejo como para estar tras un arado. Me parece que debo de haber trabajado lo suficiente como para pagar la casa y la comida.

—¿Quién te ha metido en la cabeza esa idea de irte? ¿Quién te ha estado hablando de eso?

—Mi muchacho, Sammy, ¡por favor, míster Grady! Volvió de la guerra hace poco, y consiguió un trabajo muy bien pagado en el aserradero de Maguffin, donde pagan con moneda verdadera todos los sábados por la noche, y dice que quiere que yo y su madre vayamos a la ciudad para vivir con él, porque gana lo suficiente para alquilar una casa en la que podamos vivir todos juntos.

—He estado pensando dónde estaría —dijo Grady—. ¿Por qué no volvió aquí para trabajar para mí, en lugar de conseguir un empleo en la ciudad? ¿Acaso no sabía él muy bien que eso era lo que debía hacer?

El tío Jeff Davis comenzó a sacudirse espasmódicamente, como si tuviera escalofríos de fiebre. Arrolló su raído sombrero de paja con manos temblorosas, y bajó la mirada.

—¡Ya has oído lo que te pregunto! ¿Por qué no volvió a trabajar aquí?

—Confieso que porque usted no le paga el sueldo con dinero, míster Grady —contestó el negro con voz llena de temor—. Sammy prefiere trabajar por verdadero dinero en el aserradero antes que hacerlo por unos trajes viejos y algo semejante de vez en cuando.

—Se va a convertir en uno de esos condenados negros pretenciosos —dijo Grady—. Más vale que se quede en la ciudad, porque si lo encuentro por aquí le daré unos golpes que le van a enseñar muchas cosas. No quiero que ningún negro venga a hablarme así. Me entiendes, ¿no es cierto, tío Jeff Davis?

—Sí, míster Grady. Sé lo que dice.

—Muy bien. Entonces vuelve a tu cabaña y que no vuelva a oírte otra vez semejantes tonterías.

El tío Jeff Davis restregó una vez más sus zapatos contra la arena y retorció nerviosamente el ala de su raído sombrero. Retrocedió unos cuantos pasos, pero no se marchó. Grady lo observaba con contenida cólera.

—¿Qué demonios haces ahí parado? —gritó—. Ya has oído lo que te he dicho. ¿Por qué no haces lo que te ordeno? ¡Vete a tu cabaña!

—Por favor, míster Grady —suplicó él—, no quiero desobedecerle, pero deseo marcharme a la ciudad. Por favor, mi mujer y yo queremos eso mucho, míster Grady.

Yo sé que usted no es de los que maltratan a los negros, porque su padre acostumbraba...

—¡Cállate de una vez! ¡Ya estoy harto de escucharte! —Bajó los escalones, acercándose al negro con aire amenazador—. Te quedarás aquí. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo?

—Pero, míster Grady, ¿no hay ningún medio por el cual podamos irnos?

—Sí —respondió Grady con una sonrisa—. Todo lo que tienes que hacer es pagarme lo que me debes por tu manutención.

—¿Cuánto sería eso, míster Grady?

—Quinientos dólares.

El negro movió la cabeza lentamente de un lado a otro. Por sus mejillas comenzaron a deslizarse las lágrimas. Sus hombros se agobiaron más.

—Quinientos dólares —repitió casi en voz alta, sin dejar de mover la cabeza con desaliento—. Míster Grady, usted sabe bien que no tengo esa suma y que nunca la he tenido. Contando el dinero que he tenido mientras trabajé para su padre y para usted, no podría reunir esa cantidad. Su padre tampoco pagaba con dinero y todo lo que me daba eran algunos trajes viejos y de vez en cuando una bolsa de garbanzos como las que usted me da. Por eso no puedo pagarle lo que usted dice que le debo. Pero si tuviera, seguramente se lo pagaría.

—Entonces vete de aquí y déjate de hablar de ello —ordenó Grady—. Estoy cansado de escucharte. Y después de esto no quiero volver a oír más quejas tuyas.

—Pero, por favor, míster Grady, me parece que usted debería hacerme este pequeño favor después de todos estos años en que no le he pedido más que algo de comer, de vez en cuando. Estoy ya demasiado viejo, como le dije, para que mi trabajo en la tierra resulte provechoso. Ya no puedo trabajar duro. Y mi fin está muy cercano.

—Ya diré yo cuándo tendrás que dejar el trabajo, y no quiero enterarme de que te has escapado. Sé cómo tratar a los negros que se fugan. Los sabuesos del *sheriff* caerán tan rápidamente sobre ti que creerás que te ha alcanzado un rayo.

—Entonces, por favor, míster Grady, deje ir a mi mujer a la ciudad. Tiene reumatismo en un costado, y le duele mucho cuando tiene que inclinarse sobre la batea para lavar la ropa. Si no quiere dejarnos ir a los dos, por favor, míster Grady, déjela ir a ella. Se lo agradeceré todo el resto de mi vida, míster Grady.

Grady cogió un mango de hacha que estaba apoyado contra los escalones. Balanceándolo, obligó al tío Jeff Davis a retroceder unos pasos.

—Vete a tu choza, y desde ahora en adelante mantén tu negra boca cerrada —dijo. Avanzó hacia el negro, haciendo girar el mango circularmente—. Si vuelves a venir aquí a repetirme esas sandeces, será la última vez que lo hagas. Ya te he escuchado más de lo que podía soportar.

El tío Jeff Davis retrocedió, poniéndose fuera del alcance de Grady. Cuando llegó al límite del cercado, donde comenzaba el sendero que conducía a las cabañas, volvióse apretando el paso rumbo a su vivienda, giró la cabeza varias veces para

mirar hacia atrás, hasta que se perdió de vista.

Grady, blandiendo aún el pesado garrote, cruzó el patio y volvió a la galería hasta llegar al lugar donde se hallaban Ben y Lucyanne.

—Bueno, ¿qué quieres? ¿Has venido para darme algún consejo? —preguntó a Ben.

—Escucha, Grady —respondió Ben seriamente, apoyándose en la barandilla y mirando a su primo—, ¿por qué no haces una cosa buena y dejas que ese viejo negro se vaya adonde quiera? Es demasiado viejo para seguir trabajando. Tú lo sabes. Lo que ocurre es que estás furioso contra Sammy Jackson porque no ha vuelto a trabajar para ti. Eso no está bien. Lo único decente que puedes hacer es dejar que el tío Jeff Davis se marche. Tú lo sabes bien, Grady.

—Ningún negro debe venir a verme para indicarme lo que debo hacer.

—Olvídate de eso por un momento, Grady —dijo Ben—. Lo importante es ser considerado con todos los seres humanos, ya sean blancos o negros. Ese viejo negro tiene tanto derecho a vivir su vida en la forma que quiera como tú. Si alguna vez pensaste en ello, ahora parece haberlo olvidado. Él no te debe ni un céntimo: tú le debes a él. ¿Por qué te empeñas entonces en no dejar que se vaya? Es lo único decente que puedes hacer, Grady.

Grady arrojó el mango del hacha al patio con todas sus fuerzas. En su rostro se reflejaba la ira.

—Yo sé cómo hay que tratar a los negros para ponerlos en su lugar y voy a seguir haciéndolo. Vosotros, los partidarios de los negros, que andáis por ahí diciéndoles que valen tanto como los blancos, sois los que provocáis todas las dificultades. ¿Qué sería de este país si escucháramos vuestra charla? ¡No se puede ni imaginar! Los negros andarían libres salvajemente. Violarían a todas las blancas y matarían a todos los blancos. Para hablar así vete al Norte, porque aquí no te queremos. Seguiremos haciendo que los negros ocupen su lugar, les guste o no a tus partidarios.

—Hablas sin reflexionar, Grady —dijo Ben—. Los tiempos han cambiado. Todo el mundo tiene en este país ciertos derechos fundamentales. Toma al tío Jeff Davis, por ejemplo...

—Ya he oído bastante al respecto —interrumpió Grady, acompañando sus palabras con un movimiento de manos. Después volvióse abruptamente y echó a andar hacia la parte posterior de la casa—. Si pudieran salirse con la suya, acabarían con todo lo bueno que se ha hecho en los últimos cien años.

Cuando Grady se hubo marchado, Ben hizo a Lucyanne una señal con la cabeza y ésta le siguió. Atravesaron la galería, descendieron los escalones de la entrada y se dirigieron sin pronunciar palabra al coche de Ben, que estaba en el camino.

—Hay otra cosa de la que tengo que hablar, Lucyanne —dijo Ben—. Es la otra dificultad.

—¿Qué ocurre, Ben?

—Sammy Jackson vino a mi bufete hace varios días y me dijo que quería llevarse

a sus padres a la ciudad. Sabía tan bien como yo que Grady iba a rehusar el dejarlos marchar, y me pidió que le aconsejara acerca de lo que debía hacer. Ambos acordamos que vendría aquí esta tarde y le pediría a Grady que dejase marchar a Jeff Davis y a su mujer. Esto es lo que me trajo. Quería estar presente y escuchar lo que se decía, porque juzgaba que podría persuadir a Grady para que los dejase ir. Usted vio cuán poco éxito he tenido.

—Pero quizás aún pueda convencer a Grady para que los deje marchar —insinuó ella.

—No lo creo. Probablemente habrá que emprender una acción legal contra Grady para hacerle cambiar de idea. Mientras pueda mantenerlos aquí mediante tretas o de cualquier otra forma, trabajarán para él prácticamente gratis. Es un sistema de trabajo ideal para el amo. Su padre hacía lo mismo.

Grady puede tener a una familia de negros en perpetua deuda, anotándoles en los libros, por concepto de alimentos y vivienda, más de lo que considera que rinde su trabajo, y en cualquier momento en que parezca que ya se han liberado de sus deudas y que pueden comenzar a trabajar para sí, le basta con anotar una suma imaginaria por medicamentos o cualquier otra cosa parecida para que estén nuevamente atrapados. Naturalmente, si supieran leer, podrían pedir los libros para examinarlos y protestar, pero ¿cuándo permitió Grady que un niño negro fuese a la escuela para aprender a leer?

—¿Es eso malo realmente, Ben?

—Más que malo —respondió él—, pues significa que ningún negro de esta casa puede dejar de deberle a Grady. Pero los tiempos cambian más rápidamente que un Dunbar, y yo he decidido apresurarlos un poco más.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a darle a Grady una última oportunidad para que deje partir al tío Jeff Davis y a la tía Bessie, así como a los otros negros que viven aquí, y si rehúsa, cosa que ocurrirá, tomaré el asunto en mis manos a fin de que la ley acabe con este pequeño dominio del abuso. Grady no es el único de este condado que procede así. Conozco por lo menos media docena de terratenientes contra los cuales hay que tomar medidas. No quiero pedirle ayuda al juez Lovejoy, porque no sería muy político y porque ellos pueden tratar de impedir que actúe; pero voy a llevar este caso a la justicia, aunque represente mi ruina. Ya no pueden seguir ocurriendo estas cosas en este país.

—Pero usted sabe que aunque le dé a Grady otra oportunidad, él no va a dejarlos marchar. Es demasiado testarudo.

—Entonces seguiré adelante y emprenderé la acción contra Grady —repuso con firmeza—. Cuando es necesario, los parentescos deben dejarse a un lado. Haré todo lo que pueda por Grady, porque siempre hemos sido buenos amigos y lo estimo, y porque somos primos. Le ayudaré en la medida de mis fuerzas para que encuentre el dinero que necesita, o trataré de hacer que la deuda quede saldada por algún otro

medio. Pero, a pesar de eso, voy a continuar con este otro asunto.

Abrió la puerta del coche y se sentó al volante. Lucyanne, sin pronunciar palabra, vio cómo se ponía el motor en marcha.

—Bueno —dijo Ben, sonriendo con embarazo—, confío en que usted no me odiará por esto, Lucyanne. Pero juzgo que debo hacerlo, porque así lo siento. Quería que usted lo supiera.

—No le odio por esto, Ben —respondió ella, acercándose hasta la puerta del coche y posando una mano en el hombro de él—. Lo admiro. Ignoraba que tales cosas sucedieran. Creía que los negros podían irse cuando lo desearan. Nadie me dijo nunca que estaban forzados a quedarse, y no se me había ocurrido pensarlo.

—Probablemente, hay muchas otras personas que lo ignoran —dijo él—. Trataremos de que la luz se haga en ellos, y en Grady también.

CAPÍTULO VI

Esa noche, Grady se hizo servir la comida en su habitación, y Lucyanne tuvo que soportar otra cena larga y silenciosa en compañía de mamá Elsie, que la miraba con aire de reproche. La treta del silencio que había urdido la anciana, era mortalmente atormentadora. Cuando por fin terminó la prueba, Lucyanne subió de prisa a su cuarto.

Se puso nuevamente el vestido con el que deseaba ser vista por Grady, y se cepilló con cuidado el cabello. Después, llena de esperanza, abandonó la habitación. Esta vez no estaba cerrada la puerta de la habitación de Grady y se abrió fácilmente cuando hizo girar la manija. De pronto se encontró, casi sin aliento, detenida en el centro del cuarto.

Grady no estaba allí. Inmóvil, contemplando la cama vacía sobre la que estaban amontonados los cobertores, y el cómodo sillón, junto a la lámpara para leer que pendía sobre él, sintió que el sólido golpe de la humillación y la pena la hería de nuevo. Avanzó hasta el lecho y se sentó en él llena de abatimiento, mientras trataba de convencerse de que Grady volvería. Al cabo de media hora levantose, descendió la oscura escalera y abandonó la casa.

La luna llena, amarillenta, había ascendido y estaba sobre el río, y Lucyanne paseó largo rato a la ventura en la noche, entre las sombras del cercado de blanca arena. Los pájaros nocturnos revoloteaban entre las ramas de los cedros, piando y gorjeando sin cesar, y en los campos un ave posada en un níspero profería tristes chillidos.

A través de la angustia que experimentaba oyó una risa suave y la música de una guitarra. El opresivo ritmo hizo latir su corazón desordenadamente. Noche tras noche, siempre que prestaba atención, oía la misma melodía y el canto con un número de versos al parecer interminable.

*Cuando la noche cae sobre la tierra,
todos pueden oír a la pobre muchacha suplicar...*

Lucyanne corrió a través del patio hacia el frente de la casa. El coche de Grady estaba aún bajo el pórtico, donde lo dejara la noche anterior. Entonces estuvo segura de que Grady no había vuelto a marcharse a la ciudad. Comprendió que sólo podía estar en las barracas. Lucyanne nunca había ido a las cabañas de los negros después de oscurecer, y Grady le había dicho a menudo que no fuera allí por ninguna razón; pero ella sabía que en ese momento debía ir.

Abandonó el pórtico, atravesó con paso decidido el cercado, y echó a andar por el sendero que conducía a las viviendas de los negros. Otra muchacha negra había comenzado a cantar con voz salvaje y perezosa. Lucyanne se detuvo y escuchó.

*Cuánto he sufrido, mi dulce amado,
mi dulce amado, ven a comer;
no me importa lo que desees,
seré siempre tu plato fuerte...*

Lucyanne avanzó resuelta por el sendero bordeado de perales florecidos. De pronto se dejó oír una risa lenta, perezosa y despreocupada, pero cuando llegó a la primera cabaña la risa cesó repentinamente.

Un niño comenzó a llorar, y se oyó la voz de una mujer que se esforzaba por hacerle callar diciendo: «¡Chito, niño, chito!». A medida que avanzaba distinguía pequeños grupos de negros sentados en sillas frente a sus cabañas. Al reconocerla, todos quedábanse silenciosos e inmóviles.

Lucyanne dejó atrás las dos primeras cabañas, y cuando llegó frente a la tercera advirtió que se levantaba una mujer de una mecedora y avanzaba hacia ella. Se detuvo al reconocer a Martha, que marchaba penosamente hacia el camino. Observó que los demás negros la contemplaban atemorizados.

—¿Es usted, *miss* Lucyanne? —inquirió Martha con su voz ronca. Martha parecía más voluminosa y más carnuda que nunca bajo la luz amarillenta de la luna. Según su costumbre, tanto en verano como en invierno, hallábase descalza.

—Es usted, ¿no es cierto, *miss* Lucyanne?

Lucyanne no respondió porque sabía que Martha la había reconocido desde el primer momento.

—¡Por Dios, *miss* Lucyanne! ¿Qué está haciendo sola en una noche como ésta y tan tarde? ¿Quiere que vaya a la casa grande y haga alguna cosa para usted, *miss* Lucyanne?

—No, Martha —replicó ella rápidamente—, no hay nada que hacer allá ahora.

Martha la observó atentamente a la luz de la luna. Estaba sorprendida y llena de curiosidad.

—Son las once o más, *miss* Lucyanne. Yo estaría en la cama si no fuera porque me sofoca el calor. Me he quedado para respirar un poco de aire fresco que sopla esta noche. Si usted no está acostumbrada a este airecito, puede enfermarse si sigue afuera. Hay muchas plagas que no siempre se pueden ver en la oscuridad.

—Estoy buscando a mister Grady —dijo Lucyanne con tono impaciente—. ¿Lo has visto, Martha?

—¡No, *miss*! —replicó ella en seguida, con excesiva presteza.

—¡Martha! —dijo Lucyanne brevemente. La cabeza redonda y grande de Martha cayó sobre el pliegue de su carnoso pecho. Simulaba estar recapacitando acerca de lo que se le había preguntado. Finalmente levantó la cabeza y miró a Lucyanne con expresión de pena e inocencia.

—¿Quiere decir si he visto a míster Grady últimamente, *miss* Lucyanne? —

preguntó.

—Sabes bien qué quiero decir, Martha.

—¿Sí, *miss* Lucyanne?

—¡Sí, lo sabes!

—Bueno —comenzó, en tono de duda—, quizá si trato de hacer un poquito de memoria...

—¿No has visto para nada a míster Grady? —preguntó Lucyanne enérgicamente.

Martha púsose a retorcer el dobladillo de su delantal, en actitud meditabunda.

—Pensando otra vez, recuerdo haber visto a míster Grady un momento antes de que oscureciera, cuando volvió de la ciudad —respondió la negra con aire de completa inocencia—. Ahora que usted me ha hecho recordar, estoy completamente segura de eso, porque en ese momento yo tenía lista la comida de míster Grady, pero él no comió, y fue entonces cuando yo le pregunté a usted si quería que pusiese la comida de él en el horno para que se mantuviera caliente. Ahora sí estoy absolutamente segura, *miss* Lucyanne.

—¡Eso fue anoche, Martha, y tú lo sabes!

—¿Anoche? ¡Es cierto! Una a veces se olvida del tiempo, ¿no es verdad, *miss* Lucyanne?

—Está bien, Martha. ¿Has visto a míster Grady esta noche, después de oscurecido?

Martha estaba nerviosa e incómoda. Se volvió echando una mirada de soslayo al grupo de negros silenciosos que estaban sentados, erguidos tiesamente, en el cercado. Luego miró a Lucyanne de nuevo, pero clavó en seguida los ojos en el suelo, donde las puntas de los dedos de sus pies removían constantemente la arena. Un niño comenzó a llorar y una mujer que estaba afuera se levantó con rapidez y entró en la cabaña.

—¿Por qué no me respondes, Martha? —preguntó Lucyanne con enfado—. Has oído lo que te pregunto y comprendes perfectamente qué es lo que quiero saber. ¿Por qué te comportas así? Todo lo que quiero saber es si has visto a míster Grady esta noche. Contéstame.

Martha tragó saliva con dificultad, y mientras el blanco de sus ojos giraba de un lado a otro en su cara negra, trataba de evitar los ojos de Lucyanne.

—*Miss* Lucyanne, yo quisiera que usted volviera a la casa —dijo con encarecimiento—. Por favor, márchese.

—¿Por qué? —preguntó Lucyanne, riendo nerviosamente—. ¿Por qué dices eso, Martha?

—Porque presiento que nada bueno para nadie va a ocurrir si usted no hace lo que le digo. Ésa es la razón, *miss* Lucyanne; por favor, vuelva a la casa.

—Pero estoy buscando a míster Grady, Martha. Por eso vine aquí. He mirado en todas partes. ¿Por qué no he de mirar en las cabañas también?

—Porque por esa razón quiero yo que se vaya, *miss* Lucyanne. Éste no es lugar

para que usted lo busque. Ahora, por favor, *miss*, haga lo que le digo.

—Te estás poniendo tonta, Martha —dijo con creciente irritación—. ¿Qué te ocurre? Nunca te oí hablar de esta manera.

—Espero no tener que hacerlo nuevamente, y ruego para que así sea —dijo Martha. Y sus palabras sonaron como un murmullo indistinto, mientras sus grandes senos se alzaban aguadamente.

—Bueno, por lo menos me dirás si has visto a *míster Grady* esta noche, Martha —dijo *Lucyanne* con sequedad.

Por las mejillas de Martha comenzaron a rodar las lágrimas y no intentó, como otras veces, secarlas con el delantal, sino que permaneció sollozando y mirando con aire de pena a *Lucyanne*. Cuando *Lucyanne* no pudo soportar más aquel espectáculo, tomó a Martha por un brazo y la sacudió enérgicamente.

—A mí me da lo mismo haber visto a *míster Grady* o no, *miss Lucyanne*, porque sé que de cualquier modo va a ocurrir algo malo, algo verdaderamente malo. Por eso no quiero ver a ninguno de ellos, nunca. Si usted me prestara un poco de atención e hiciera lo que le digo...

—¡Déjate de hablar de eso ahora mismo, Martha! ¡No quiero volver a oírte una sola palabra acerca de ello!

—Sí, *miss* —refunfuñó Martha, vencida.

—Ahora, dime la verdad —dijo *Lucyanne* con firmeza—. ¿Has visto a *míster Grady* esta noche?

—Sí, *miss* —replicó ella, de mala gana.

—Y ¿estás segura de que me dices la verdad?

—Sí, *miss*.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace un ratito.

—¿Vino por aquí?

—Sí, *miss*.

—Y, ¿está aún aquí?

—Sí, *miss*.

—¿Dónde está ahora?

Un nuevo alud de lágrimas corrió por sus anchas mejillas, haciendo que su cara centelleara bajo la luz de la luna. Su enorme pecho se agitaba por los incontenidos sollozos. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, *Lucyanne* también estaba sollozando, pero inmediatamente se secó las lágrimas y trató de que Martha no se diera cuenta.

—No has contestado a mi pregunta, Martha —dijo, hablando rápidamente, a fin de poder dominar su voz—. No ignoras qué quiero saber.

—Por favor, *miss Lucyanne*, no me haga decir eso —suplicó—. Preferiría tener que hacer la cosa peor de este mundo antes que eso.

En ese momento, *Lucyanne* ya estaba segura de que *Grady* se encontraba allí, en

alguna parte. Había tratado de alejar ese pensamiento de su mente, pero la sospecha crecía hasta llegar a ser más fuerte que su voluntad de ignorarlo. Era la misma desconfianza dolorosa que la había tenido despierta noche tras noche.

—¿Estás segura de que míster Grady se halla ahora aquí, en las barracas, Martha? —preguntó a la negra.

—Sí, *miss*.

Antes de que pudiera volver a hablar nuevamente tuvo que tomar aliento.

—Entonces muéstrame dónde está.

—Si usted me obliga, se lo mostraré, *miss* Lucyanne —dijo sollozando—, pero si no fuera así, no lo haría, *miss*, porque sé que va a ocurrir algo malo a causa de esto. Sé que míster Grady me va a matar a latigazos si se entera de que yo he hablado de él. Durante toda mi vida he tratado de mantenerme fuera de las cuestiones de los blancos, y parece que ahora el diablo quisiera castigarme por andar esquivándolo siempre. Le dije a esa muchacha tonta que se dejara de embrollos, porque yo sabía que uno de estos días la iban a sorprender; pero ella no quiso prestar la más mínima atención a lo que le decía.

—No importa eso ahora, Martha. Enséñame dónde está Grady.

—Sí, *miss* —dijo Martha en tono de resignación. Buscó los ojos de Lucyanne con una mirada intensa—. Sí, *miss* —repitió, moviendo la cabeza y echándose a andar por el sendero—, es por aquí.

CAPÍTULO VII

Lucyanne siguió a Martha por el sendero hasta llegar a dos cabañas más allá, bajo la mirada llena de asombro con que sin piedad la siguieron los negros desde sus sillas. Pudo oír, como si llegara de muy lejos, el son triste de una guitarra con sordina que un negro tocaba alusivo. Deseó inmediatamente poder volverse y correr hacia la casa con tanta rapidez como le fuera posible, pero sabía que ya no podría retroceder. Seguía la figura de Martha que marchaba anadeando y trató de no pensar demasiado acerca del lugar donde se hallaba y de la razón por la que se encontraba allí.

Martha se detuvo frente a la penúltima cabaña. La puerta de ésta, a diferencia de la de las otras, se hallaba cerrada, pero la débil luz de la lámpara se escapaba, portadora de malos augurios, por una hendidura de encima del dintel. El rasgueo suave, continuo, de la guitarra persistía, resultando atormentador.

Estremeciéndose nerviosamente, Martha trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a otra, al tiempo que lanzaba lastimeros quejidos, sacándolos de lo más profundo de su cuerpo. Sobre su frente aparecieron pequeñísimas gotas de sudor, que plateó la luna. Lucyanne se apretaba las manos a fin de no temblar demasiado.

—¿Quién vive aquí, Martha? —inquirió, con un cuchicheo tembloroso que resultó casi inaudible.

—Sallie John —replicó Martha amargamente.

Sallie John era una muchacha cuarterona de dieciocho años, de piel ligeramente oscura y pelo negro naturalmente lacio. Había trabajado como criada en la casa durante dos años. Al poco tiempo de ir a vivir Lucyanne allí, Martha le había insinuado, con su forma vaga de expresarse, que sería prudente colocar a una muchacha no tan agradable en el lugar de Sallie John, y enviar a ésta a trabajar en el campo. Por esa época, Lucyanne había prestado muy poca atención al consejo, y había acabado por olvidar las constantes advertencias de Martha en contra de Sallie John. No obstante, durante los últimos meses Lucyanne había llegado a concebir sospechas acerca de ésta. Al final, había descubierto los imprudentes esfuerzos que hacía la muchacha por seducir a Grady. En incontables ocasiones, al servir la comida, se inclinaba sobre Grady más de lo necesario, tocando como casualmente el brazo o el hombro de él. Y en cierta oportunidad en que Grady había comido en su habitación, Lucyanne la había visto sentada en la cama de él. Entonces había entrado inmediatamente y había hecho que la muchacha se marchara de allí.

—¿Estás segura de que está aquí, Martha? —Logró preguntar, a pesar del nudo que cerraba su garganta.

—Sí, *miss* —dijo Martha nerviosamente—; pero, por favor, hágame caso, *miss* Lucyanne, y no vaya. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse con facilidad por sus relucientes mejillas negras cuando se decidió a hacer una desesperada súplica final. Sus gruesos labios temblaron—. Por favor, vayámonos de aquí y déjeme llevarla a la casa, *miss* Lucyanne. Si usted se queda aquí y no hace lo que le digo, sólo pueden

ocurrir cosas malas. Yo soy una mujer vieja, *miss* Lucyanne, y sé lo que le digo. He visto cómo comenzaron muchas desgracias en mi vida y sé perfectamente de qué hablo cuando le digo que ésta puede ser la peor de todas. Si usted se vuelve a casa, le prometo que la primera cosa que haré mañana por la mañana será coger a esa muchacha por el cuello y meterle algo de sentido común en la cabeza. Si usted me prestara un poco de atención e hiciera lo que le digo...

—No, Martha —respondió Lucyanne con determinación—. Sé lo que estoy haciendo. No me voy a marchar a casa. Voy a ir a esa cabaña.

—Pero usted no conoce a Sallie John como yo, *miss* Lucyanne. Esta mujer es un demonio. Cuando se le pone una cosa en la cabeza no hay nada que la detenga hasta que no está satisfecha. Yo sé lo que le digo. Si decide no dejarla entrar y llevarse a míster Grady, es capaz hasta de llegar a hacerle a usted algún daño. Yo le dije que se dejara de armar embrollos, pero ella no quiso prestarme atención. Piensa que porque su piel no es negra puede hacer todo lo que le venga en gana. Le dije que en su interior era, como yo, una negra, para que no anduviera detrás de los blancos; pero ella se rió y me dijo que podía conseguir todo lo que quisiera tanto de los negros como de los blancos. A mí nunca me gustó oír hablar a un negro así, porque eso tarde o temprano, trae una desgracia. Le digo todas estas cosas acerca de Sallie John, porque ella anda siempre rondando por la cocina, jactándose de sus relaciones con los blancos, especialmente con míster Grady, y a veces con otros. Nunca escuché a nadie hablar con tanta vanidad. El otro día fuimos ella y yo a limpiar el cuarto de míster Grady y lo primero que hizo fue tirarse en la cama de míster Grady y saltar y brincar como si fuera la de ella. Comenzó a decirme qué buen hombre podía ser él con ella, y yo me marché de allí tan rápidamente como me lo permitieron mis piernas, porque yo...

—¡No quiero escucharte más, Martha! ¡Si no puedes dejar de hablar así no quiero que andes alrededor de mí! ¿Comprendes?

—Sí, *miss* —respondió Martha humildemente—. Pero no le estaba diciendo más que la verdad, y me parece que no hay ningún mal en decirla.

—Bueno, ya he oído bastante. Si no dejas de hablar así, puedes irte.

—Sí, *miss*.

Lucyanne avanzó hacia la cabaña, y se detuvo a mitad de camino, vacilante como si no supiera qué hacer. Mientras permanecía detenida allí, oyó en el interior la prolongada risa de Grady. Se volvió para acercarse a Martha, pero ésta había desaparecido. Tan pronto como comprendió que estaba sola, se atemorizó y todo su cuerpo se estremeció convulsivamente. Grady rió otra vez, espontánea, incontinentemente. La música de la guitarra sonaba a lo lejos, burlesca e hiriente.

De repente, mientras reflexionaba sobre lo que haría, oyó la alegre risa de Sallie John, y se sintió llena de ira. Ni Sallie John, ni ninguna otra mujer tenía derecho a estar tan cerca de Grady, porque Grady le pertenecía a ella, que lo deseaba como nunca lo había deseado. Se dio cuenta de que si podía poner las manos sobre Sallie,

lucharía para arrancarle a Grady. Era la primera vez que experimentaba tal sentimiento...

Con determinación comenzó a buscar en torno una piedra, un palo, cualquier cosa con la cual golpear y hacer que se fuese Sallie John. Pero en el cercado de arena no había ni siquiera un trozo de ladrillo roto. En su desesperación, trató de arrancar uno de los postes de la cerca, pero pronto se dio cuenta de que carecía de las fuerzas necesarias para ello, y corriendo hacia la puerta de la cabaña se puso a golpearla con los puños. Las frágiles maderas trepidaron y rechinaron; pero la puerta estaba perfectamente asegurada con cerrojo por dentro. Lucyanne pegó puntapiés contra las maderas hasta que sintió dolor.

—Estoy ocupada —respondió Sallie John con voz suave y melosa—. Dejen de molestarme mientras estoy ocupada.

Lucyanne golpeó contra la puerta más frenéticamente que antes.

—¡Váyase de aquí! —Oyó que decía Grady, áspero y terminante.

El sonido de la voz de Grady le cortó el aliento. Al oírle, tuvo la completa certeza de que se hallaba dentro. Había confiado fervientemente en qué Martha se hubiese equivocado y fuera cualquier otra persona la que estuviera dentro. Ahora que le había oído ya no le quedaba ese último consuelo.

—¿Qué piensas que será eso, Sallie John? —Oyó que preguntaba Grady.

—Algún imbécil que se equivocó de puerta —dijo Sallie John lanzando una breve carcajada—. Todo el mundo sabe que no debo ser molestada.

Al escuchar a Sallie John y a Grady hablando tan íntimamente entre sí, Lucyanne retrocedió varios pasos. Ahora ya no estaba tan segura acerca si deseaba realmente entrar en la cabaña. Permaneció inmóvil, desconcertada, contemplando el hilo de luz que se filtraba por encima del dintel, hasta que oyó nuevamente la risa de Sallie John. Ya no tenía deseos de entrar en la barraca, pero experimentaba la necesidad de, por lo menos, verlos juntos. Dirigióse hacia un costado de la cabaña, y apartando cuidadosamente la arpillera que tapaba la ventana miró hacia el interior.

En el instante en que vio a Grady y a Sallie John experimentó una náusea casi insoportable. Lo que acababa de ver era lo que había temido, lo que había tenido pavor de pensar durante casi un año. Y ahora, finalmente, se veía obligada a creer lo que sus propias sospechas le habían insinuado y lo que, a su modo, Martha había intentado decir. Pensó que al fin sabía, pese a que aún no lo comprendía, por qué Grady la había evitado durante todo ese tiempo. La náusea desapareció, pero un sentimiento de completo desamparo y desesperación la envolvía. Se apoyó contra la pared de la cabaña, preguntándose qué haría si tuviera una pistola. Meneó la cabeza. Ya no importaba. Era demasiado tarde. No sentía deseos de hacer ningún daño a Grady o a Sallie John. Algo se había desvanecido en su corazón y ya no experimentaba angustia. Sobre todo, sentía una fuerte necesidad de reír.

En la noche, detrás de ella, podía oír las voces apagadas y nerviosas de los negros, y comprendió que hablaban de ella, preguntándose qué haría. Lucyanne

misma aún no lo sabía; reconocía en su interior, sin embargo, un impulso de irse a alguna parte, a cualquier parte. Tenía que huir antes de que Grady la encontrara.

Echó a andar ciegamente, alejándose de la cabaña. Pero era algo más que alejarse de la cabaña; estaba abandonando a Grady. Pensó que en ese momento era más valiente y más fuerte, y que ya no sentiría más deseos de llorar; pero al llegar al sendero no pudo contener sus lágrimas.

Al pasar cerca del primer grupo de negros, oyó que Martha la llamaba, y apretó el paso. Una vez que estuvo en el sendero oyó como golpeaban pesadamente los pies de Martha, entonces abandonó éste para lanzarse a la carrera por los campos.

—¡Miss Lucyanne! ¡Oh, Dios mío, *miss* Lucyanne! —Martha la llamaba y su voz era un lamento en la oscuridad—. ¡Por favor, *miss* Lucyanne! ¡Se perderá y nunca volveremos a encontrarla! ¡Por favor, vuelva, *miss* Lucyanne!

Pronto dejó atrás a Martha, y después de un instante ya no oyó sus desesperados gritos de súplica. Lucyanne no sabía adónde iba; con tal de alejarse de Grady, de las cabañas de los negros, de la casa y de todo cuanto en su mente estuviera asociado con él, no le importaba. En su ciega carrera se metió en un matorral de zarzas. Cuando salió arrastrándose de él, su piel estaba llena de rasguños y ensangrentada y su vestido se hallaba completamente desgarrado.

Se puso de pie comenzando a correr nuevamente. Estaba en un campo recién arado. Dio un traspié y cayó de bruces sobre la tierra. Se encontraba cansada y sin aliento, y a cada caída se levantaba tratando de seguir corriendo, pero pronto volvía a desplomarse sobre la blanda tierra. Finalmente, no tuvo suficientes fuerzas para ponerse en pie, y quedó tendida, exhausta, llorando. Permaneció largo tiempo en el suelo llorando convulsivamente, sin preguntarse siquiera dónde estaba y qué podría sucederle.

CAPÍTULO VIII

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, en ese campo, cuando oyó los ladridos de un perro. Apoyándose sobre los codos, levantó la cabeza y echó una mirada a su alrededor. Vio el sabueso con toda claridad a la luz de la luna, y en seguida se echó en el suelo nuevamente, confiando en que dejaría de ladrar y se marcharía. Sin embargo, los ladridos tornáronse más fuertes e insistentes, y cuando Lucyanne le arrojó terrones de tierra, el perro sabueso, gruñendo ferozmente, comenzó a trotar en círculo en tomo de ella. El terror la invadió al advertir que, cautelosamente, se acercaba cada vez más.

En alguna parte, detrás de ella, oyó la voz de un hombre. Una palabra bastó para silenciar inmediatamente al animal.

Lucyanne se sentó y miró hacia el lugar de donde había venido la voz. Alguien se acercaba a largos pasos hacia ella.

Un solo pensamiento ocupaba su mente, y era el de que debía levantarse y echar a correr antes de ser atrapada. Se puso de pie y comenzó a correr tan velozmente como le resultaba posible. Después de haber recorrido una corta distancia, volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Su perseguidor estaba a pocas yardas de distancia. Gritando, trató de saltar una zanja de desagüe, pero tropezó para caer sobre un montecillo de blanda tierra. Antes de que pudiera levantarse y reiniciar su carrera una mano firme la cogió por el brazo.

—¡Déjeme! —gritó desesperada, forcejeando con toda su energía para liberarse. Pero cuanto más se debatía, más firmemente la sujetaba su capturador—. ¡Por favor, déjeme! ¡Por favor! ¡Por favor!

Estaba de rodillas a su lado, y Lucyanne sintió que sus fuertes manos la mantenían aprisionada contra la tierra. Cuando él se inclinó sobre ella, su cara se acercó tanto que Lucyanne pudo sentir su aliento rozándole la mejilla. Desesperadamente trató de liberarse una vez más, pero él montó a horcajadas sobre su cuerpo, y con todo su peso la oprimió contra el suelo hasta que estuvo completamente imposibilitada de hacer ningún movimiento. Luego comenzó a apartarle el cabello del rostro con la mano y Lucyanne cerró los ojos fuertemente.

—¡Oh, por favor, déjeme! —suplicó con voz estremecida por el terror—. ¡Déjeme ir! ¡Por favor, déjeme ir!

—¿Qué le ocurre? —Oyó que le preguntaba. Lucyanne movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Se ha hecho usted daño? —preguntó él.

Ella se dio cuenta de que la voz era agradable y estaba llena de amabilidad.

Abrió los ojos lentamente y le miró a la cara.

—No sé... No sé...

—Deseo ayudarla —dijo él—. ¿No quiere decirme qué le ocurre?

—No sé... ¡Déjeme ir!

—¿Qué está haciendo aquí?

—No sé —gritó, forcejeando de nuevo para liberarse.

—Usted no estaría ahora aquí si no hubiera ocurrido algo malo.

—¡Suélteme! ¡Déjeme ir! ¡Por favor!

—La conozco —dijo él, sonriendo. Le levantó la cabeza cuando ella intentó ocultar el rostro—. Al principio no estaba seguro, pero ahora sé quién es —afirmó.

—No interesa quién soy... Lo único que le pido es que me suelte y me deje marchar.

—No la puedo dejar que se marche así, Lucyanne —le respondió él, meneando la cabeza. Lucyanne, alarmada al oír su nombre, le miró fijamente preguntándose cómo podía conocerla—. Tiene que decirme qué ha ocurrido —urgió él—. Puede estar herida..., pueden haberle ocurrido muchas cosas, Lucyanne.

Ella movió la cabeza desesperadamente. Después cerró los ojos y continuó meneando la cabeza con lentitud.

—¿Qué está haciendo en el campo a estas horas de la noche? ¿De qué escapa?

Mientras le escuchaba, Lucyanne dejó de sentir miedo. Ya no deseaba luchar para escaparse. Su cuerpo relajó la tensión, y se sintió débil e impotente.

—Usted es Brad Harrison, ¿no es verdad? —preguntó con voz serena. Él pudo ver que abría completamente los ojos por vez primera—. Es usted, ¿no es cierto?

Él asintió; pero no hizo ningún ademán para dejarla en libertad. Lucyanne quiso decirle que no intentaría escapar, pero se sentía demasiado cansada para hablar. Después advirtió que estaba levantándola del húmedo suelo. Su cuerpo descansaba cómodamente en los brazos de él, cuando empezó a andar a través del campo arado.

Se detuvo en un sendero antes de abandonar el campo.

—Estoy muy satisfecho de haber salido a ver qué ocurría y por qué ladraba el perro —dijo. El cuerpo de Lucyanne tembló ligeramente al oír sus palabras. Apretó la cara con más fuerza contra el hombro de él—. Si no hubiera venido... —Comenzó él, pero ella movió la cabeza y le miró la cara a la luz de la luna; sus ojos se encontraron y él no terminó.

A lo lejos se oyó el triste silbido de una locomotora, multiplicado por el eco. Abajo, frente a ellos, en el bosque de pinos, entre el río y la cuesta, una pella de resina fue alcanzada por las llamas. Apretándose contra Brad, Lucyanne vio levantarse la llamarada amarilla.

—La he visto muchas veces, Lucyanne —dijo él en un repentino impulso—. Cada vez que he ido a la casa grande para llevar las mulas o hacer cualquier otra cosa, la he visto sentada en la galería o paseando por el cercado. Cada vez que la veía hubiera querido decirle algo, pero no podía. Papá me había dicho que no lo hiciera. Cuando voy allá, papá va conmigo. Tiene miedo de que a Grady no le guste que yo le hable a usted. No quiere que hagamos nada que pueda disgustar a Grady.

El perro comenzó a ladrar nuevamente. Atemorizada, Lucyanne rodeó con los brazos el cuello de Brad. Él llamó al perro en voz alta, y éste vino para sentarse a sus

pies. Se oían claramente los pasos de alguien que se acercaba por el sendero.

—Alguien viene, Lucyanne —susurró él con serenidad—, pero no tema. Nada va a ocurrirle.

—¡Pero podría ser él! —respondió ella atemorizada—. ¡Podría estar buscándome!

—¿Quién? —preguntó Brad rápidamente—. ¿Quién la está buscando?

—Grady.

—Algo ocurrió en la casa esta noche, ¿no es verdad, Lucyanne?

Ella respiró profundamente, pero no contestó.

—Algo ocurrió para que usted estuviera aquí en el campo, ¿no es cierto? Lucyanne asintió de mala gana.

—¿Qué ocurrió?

—No puedo decírselo.

—Por algo se escapó usted.

—Por favor, no me haga hablar de eso ahora —suplicó Lucyanne.

Ambos pudieron distinguir, a corta distancia, que un hombre se acercaba por el sendero.

—Es papá —dijo Brad.

—¿Está seguro? —susurró ella.

—Es él, Lucyanne.

Will Harrison se detuvo, mirando atentamente a Brad y a Lucyanne. Al cabo de un instante avanzó.

—¿Eres tú, Brad? —preguntó con perplejidad.

—Sí, papá.

—¿Qué ocurre, hijo?

—No sé —replicó Brad—. La he encontrado en el campo.

—Pero..., ¡si es la mujer de Grady! —dijo Will sorprendido—. ¡Demonios!

—Debemos llevarla a casa, papá —dijo Brad—. Es lo mejor que podemos hacer.

Pero Will no respondió, sino que comenzó a menear la cabeza.

—No sé qué hacer —dijo, con tono de duda—; no sé qué dirá Grady.

—No me interesa lo que pueda decir él —respondió Brad—. De cualquier manera la voy a llevar a casa para que mamá la cuide.

Echó a andar por el sendero, sin esperar a su padre. Will los siguió.

—Quizá sea lo mejor, por el momento —dijo—. Pero no me gustaría ponerme en contra de Grady.

Ninguna palabra fue pronunciada hasta que llegaron a la casa y penetraron en la primera habitación, que estaba iluminada. Sarah Harrison, la madre de Brad, gritó sobresaltada cuando vio a Lucyanne manchada con tierra y con el vestido completamente desgarrado. Ayudó a Brad a colocarla sobre la cama y corrió a la cocina a buscar una palangana de agua.

—Es la mujer de Grady —expresó Will con la preocupación pintada en su rostro—. La reconocería en cualquier parte. Pero no puedo comprender qué estaba

haciendo en el campo a esta hora de la noche.

Lucyanne cerró los ojos para evitar la luz. Sarah volvió rápidamente al cuarto con una palangana de agua y una toalla, y comenzó a limpiarle la cara y los hombros.

—Debe ocurrir algo terrible —dijo Sarah con tono afectuoso—. Mira su vestido..., está completamente destrozado. El aspecto de esta pobre chica es como si hubiera sufrido terriblemente. Estoy segura de que debe haberle ocurrido algo espantoso.

—Pienso si no será mejor ir en busca de Grady ahora mismo —dijo Will con gravedad—. No me gustaría que pensara que hacemos lo que se nos ocurre sin su aprobación.

—De cualquier manera, Grady Dunbar no estará ahora en su casa —dijo Sarah con desdén—. Es un pecado y una vergüenza la forma que tiene de tratar a esta pobre niña. Se pasa la vida fuera de su hogar, emborrachándose y haciendo Dios sabe qué otras cosas. Grady Dunbar es igual a su padre, o peor.

—Nosotros no tenemos derecho a hablar de su vida privada —respondió Will—. No nos incumbe para nada lo que ocurre en la casa grande, Sarah.

Sarah miró a Will significativamente, al tiempo que introducía la toalla en la palangana.

—Permíteme decirte algo, Will Harrison —dijo a su marido—. No necesito que nadie me dé licencia para decir lo que pienso acerca de Grady Dunbar, porque Grady Dunbar no merece que nadie diga ni una sola palabra bondadosa acerca de él, ni ahora ni nunca. Y tampoco mamá Elsie Dunbar es mejor que él. Ella está de parte de Grady, sin importarle lo que él diga o haga. Esos Dunbar, los aristocráticos Dunbar, no son seres humanos, y no me importaría que me oyeran hablar así. ¡Mira a esta pobre muchacha! Puedes estar seguro de que huyó de la casa a causa de algo que le ha hecho Grady o mamá Elsie. ¡Mírala!

—Por lo mismo, Sarah, es mejor que no juzguemos a Grady tan severamente antes de saber con seguridad qué ha ocurrido.

—¡Acabarías con la paciencia de un santo, Will Harrison! Si alguien te oyera hablar creería que Grady Dunbar es el dueño de tu cuerpo y de tu alma. Tú puedes proceder así, pero yo hablaré mientras tenga aliento para hacerlo.

Sarah marchose del cuarto. Brad fue hacia la cama y se sentó junto a Lucyanne. Ella abrió los ojos, mirando a su alrededor con ojos extraviados. Brad extendió el brazo y puso su mano sobre la de ella.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —preguntó ella, muy excitada.

Sarah volvió con una toalla seca y secó los brazos y los hombros de Lucyanne.

—Brad la encontró en el campo, cerca de la casa, Lucyanne —dijo Sarah en tono amable—. Oímos ladrar al perro y Brad salió para ver qué ocurría. Es una gran suerte que haya ido —agregó, moviendo la cabeza con aire de preocupación—, porque si no lo hubiera hecho, habría pasado toda la noche en ese campo húmedo, y hubiera cogido una pulmonía que la hubiese llevado a la tumba. Y sabe Dios qué otras cosas

podían haberle ocurrido.

Lucyanne vio por vez primera el rostro de los que estaban en la habitación. Además de Brad y de sus padres, varios hijos menores de los Harrison, que se habían despertado debido a la inusitada agitación, estaban en el cuarto, a los pies de la cama, contemplándola con ojos llenos de curiosidad.

—Ahora quizá pueda decirnos qué ha ocurrido, Lucyanne —dijo Sarah con amabilidad.

Lucyanne cerró los ojos, apretando fuertemente los párpados.

—¿Cómo salió al campo completamente sola a esta hora de la noche? —insistió Sarah, sin abandonar su tono amable—. No debe tener miedo de decírnoslo.

Lucyanne meneó la cabeza, y se cogió del brazo de Brad.

—Pero debe decírnoslo, Lucyanne —dijo Sarah—. Quizás haya que hacer algo. No debe tener miedo. Sólo queremos ayudarla.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es ir a buscar a Grady —dijo Will, meneando la cabeza, preocupado—. Puede disgustarse si no voy a buscarle en un momento como éste.

—¡No! ¡Por favor! ¡No! —gritó Lucyanne suplicante.

Sarah miró a Will y a Brad.

—¡No quiero volver! —exclamó Lucyanne con desesperación, pasando la mirada de un rostro a otro—. ¡Por favor, no me hagan volver! ¡No deben hacerlo! ¡Por favor, no me hagan volver!

Los Harrison se miraron entre sí con cierta inquietud. Brad observó la expresión del rostro de su madre.

—Ustedes tratan de hacerme volver..., ya lo sé... eso es lo que quieren. Pero yo no puedo..., ¡no puedo! ¡No me hagan volver, por favor!

Sarah, apresuradamente, mojó la toalla en el agua y luego la colocó sobre la frente de Lucyanne.

—Usted no quiere que yo me vaya, ¿no es verdad? —preguntó a Brad, aferrándose a su brazo.

—No debe hablar así, Lucyanne —dijo Sarah—. Estamos tratando de ayudarla. Todo lo que queremos es saber por qué estaba en el campo. Si le han hecho algún daño, es preciso tomar medidas en seguida. Si nos dijera...

—¡Pero ustedes me harán volver! —dijo ella sollozando—. ¡Sé que lo harán!

Brad se levantó y se dirigió hacia la ventana, ante la que estaba su padre.

—Si no quiere volver, nosotros no la obligaremos a hacerlo, ¿no es cierto, papá?

Will respiró profundamente, y comenzó a pasearse por la habitación.

—Naturalmente que no tiene por qué dar ni un solo paso, si no quiere hacerlo. —Oyó Brad que decía su madre—. La pobre muchacha es dueña de su vida. Sería un crimen hacer algo que la aterroriza de este modo. Sólo un canalla la haría volver junto a Grady Dunbar.

Brad contempló a su padre, que estaba en medio del cuarto. En el rostro de Will

se pintaba una expresión de gravedad.

—¿Qué piensas, papá? —preguntó Brad ansiosamente—. Tú no la obligarás a que se marche, ¿no es verdad?

Sin decir nada, Will abandonó la habitación y se marchó a la galería. Apenas salió él, Sarah se cuidó de los niños y los llevó a la cama, en el cuarto contiguo. Brad no se había movido del lugar en que estaba. Lucyanne se sentó nerviosamente.

—Brad —dijo, casi susurrando. Él se acercó a la cama y se sentó al lado de ella.

—¿Qué ocurre, Lucyanne?

Los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas. Cubriose el rostro con las manos, y permaneció así por unos instantes.

—Por favor, no permita que nadie me haga volver —suplicó sollozante—. No quiero volver a esa casa de perversidad mientras viva. Prefiero hacer cualquier cosa, la peor, antes que regresar.

—Yo tampoco quiero que vuelva, Lucyanne —dijo él con voz turbada, al tiempo que acariciaba su mano tiernamente—. No estaría bien.

—¡Pero él tratará de hacerme volver!

—¿Grady?

Ella asintió, y las lágrimas comenzaron a correr más abundantemente por sus mejillas. Él trató de consolarla estrechándole las manos fuertemente entre las suyas; pero la presión de sus manos hizo que ella sollozara con mayor congoja.

—Usted no le conoce como yo —gritó—. Es capaz de hacer cualquier cosa..., por eso le tengo miedo.

—Yo no permitiré que le ocurra nada, Lucyanne —dijo él—. Ya me cuidaré de eso.

—Pero cuando él está encolerizado hace cualquier cosa. Por eso le temo. ¡Hará algo terrible! ¡Sé que lo hará!

—No mientras yo pueda evitarlo, Lucyanne. Yo no le temo y cuidaré de usted.

Ella sepultó el rostro en la almohada y permaneció inmóvil. Casi en seguida Brad se levantó marchando de puntillas hacia la galería.

Su madre y su padre estaban junto a la baranda y hablaban en voz baja. Brad se encaminó hacia donde ellos estaban.

—Desde el primer día que vinimos a vivir aquí desconfié de ese Grady Dunbar —decía Sarah—, nada me hará cambiar de opinión. Siempre me lamentaré de que hayamos dejado la otra granja para venir aquí a trabajar para él. Es el peor error que hemos cometido, Will, y no seré feliz hasta que no nos hayamos marchado de este lugar. Nos trata de la misma forma que a los negros de las cabañas, como si fuéramos basura. Te ha hecho rebajar tanto, que ahora tienes miedo hasta de respirar sin su permiso. Dios no le ha dado a ningún hombre el derecho de tratar a los demás en la forma despótica en que él nos trata. Eso es algo que has olvidado desde que vinimos aquí a trabajar para él. Pero yo no lo he olvidado. Yo soy aún dueña de mi alma, y estoy decidida a seguir siéndolo. Pero si tienes tanto miedo a Grady Dunbar...

—Esperaremos hasta saber qué ha ocurrido, Sarah —dijo él—. Después de todo, Grady puede no ser responsable de esto.

—Bueno, tú puedes esperar, si así quieres hacerlo, Will —respondió ella con firmeza—, pero yo no espero. Desde el momento en que Brad entró con la muchacha en la casa, me dije que Grady Dunbar debía ser de alguna forma responsable de cuanto había ocurrido. Y aún me lo digo y creo en ello.

—De cualquier manera, no podemos hacer nada hasta la mañana —dijo Will—. Casi es más de medianoche.

Sin pronunciar una palabra, Sarah abandonó la galería y entró en la casa. Brad se puso a pasear por la galería frente a la corta escalera por la que se descendía al cercado. Ni él ni su padre dijeron nada durante un rato. Will contemplaba atentamente la oscura y elevada casa que se alzaba en la colina.

—Papá... —dijo Brad finalmente. Se detuvo y aguardó hasta que su padre se volvió para mirarle interrogadoramente—. Papá, ella no quiere volver a la casa, y creo que nosotros no debemos obligarla a que lo haga. He estado hablando con ella y sé cómo se siente. No estaría bien que la forzáramos a que volviese.

Will abandonó la baranda y marchó hacia los escalones. Sentose allí y esperó hasta que su hijo estuviera a su lado.

—Hay que tener en cuenta muchas cosas, hijo —dijo, hablando con deliberada lentitud—. Cuando te metes en la vida privada de otro hombre, siempre estás pisando terreno peligroso. Tal cosa sólo puede acarrear desgracias.

—Pero esto es diferente, papá. Es ella quien dice que no quiere volver. Nadie debe obligarle a que se vaya, si no desea hacerlo.

—Lo sé, hijo. Pero nosotros no podemos permitir que siga aquí si Grady dice que quiere que vuelva. Yo soy más viejo que tú, y he visto...

—Pero eso no cambia la situación. Si fuese yo quien tuviera que tomar una determinación, ella no daría un paso.

—No me gusta oírte hablar así, hijo.

—No puedo evitarlo, papá. No quiero que vuelva a vivir con Grady.

—¿Qué es eso? —dijo Will, sorprendido.

Will contempló a su hijo, mientras sus manos temblaban nerviosamente. En su rostro alterado se pintaba la preocupación.

—Has dicho algo terrible —dijo Will al tiempo que movía la cabeza con aire de desaprobación—. Espero que Grady nunca te oiga decir una cosa semejante. —Continuó moviendo la cabeza acongojadamente—. Hay algo que quiero que pienses; que ella es su esposa.

Brad se levantó, descendiendo hacia el cercado. Sin decir palabra, marchó lentamente hasta perderse en la oscuridad.

CAPÍTULO IX

Al alba, después de dormir unas pocas horas, Brad se levantó y tomó el desayuno. Se sentó en la cocina y con su madre y bajo la primera luz del amanecer, triste y gris, bebió una taza de café negro. Ambos estaban nerviosos y no pronunciaron ninguna palabra.

Cuando abandonó la cocina fue hacia la galería del frente y permaneció durante largo rato contemplando la gran casa semiderruida que se levantaba en la parte más elevada de la cuesta, a media milla de distancia. No era posible observar ningún signo de vida. La niebla del amanecer comenzaba a levantarse en capas de la tierra húmeda, recién arada, y el enorme y ardiente sol alzose y bañó los campos desnudos y las lozanas hojas de las malezas y las plantas de los setos con una luz cálida y rosada. Parecía que hubiesen bastado pocos minutos para transformar a la fría mañana primaveral en un caluroso día de estío.

Poco tiempo había transcurrido desde la salida del sol, cuando Brad oyó que su padre abandonaba la cocina y salía de la casa descendiendo por la escalera de la parte posterior. Abandonó la galería y se dirigió rápidamente hacia la parte de atrás, donde vio al tío Jeff Davis y a Pete, un negro que trabajaba en el campo, junto a un tractor que habían remolcado con una yunta de mulas.

—¿Qué le ocurre al tractor esta vez, Pete? —preguntó Will.

—Confieso que no lo sé, míster Will —dijo Pete moviendo la cabeza—. Estaba trabajando ayer con él en el campo de la colina y se paró.

—Probablemente es el tubo de la gasolina otra vez, papá —dijo Brad—. Lo sacaré para examinarlo. Pete, abre el radiador y saca las tuercas.

Will y el tío Jeff Davis se sentaron, y se pusieron a mirar a Pete, que sacaba las tuercas y las colocaba sobre un pedazo de hule de forma rectangular que estaba al lado del tractor. Varios peones pasaron andando lentamente junto a la casa, camino de su trabajo. El sol estaba por completo sobre el horizonte.

—¿Has visto a alguien de la casa grande esta mañana, tío Jeff Davis? —preguntó Brad mientras se inclinaba sobre el motor.

—No, no he visto a nadie, míster Brad —replicó con prontitud. Siguió un largo intervalo de silencio durante el cual el tío Jeff Davis observó nerviosamente a Brad y a Will—. Míster Grady no se levantaría de ninguna forma tan temprano, ¿no es cierto, míster Brad?

—Pensaba que podía haberse levantado un poco más temprano que de costumbre, esta mañana —respondió Brad. El tío Jeff Davis y Pete intercambiaron miradas de asombro.

—¿Por qué dice usted eso, míster Brad? —preguntó el viejo negro en tono de preocupación.

—Lo he deducido.

—¿Y cómo, míster Brad?

—Pensando un poco en las cosas.

—¿Así llegó a saber tanto, míster Brad?

—Es la única manera, tío Jeff Davis.

—Sin duda es usted un blanco muy inteligente, míster Brad —dijo el negro—. Supongo que sabe todo lo que ocurrió en la casa grande anoche. No sirve para nada que yo lo niegue. Me asusté mucho cuando *miss* Lucyanne descubrió que míster Grady estaba en la cabaña de esa mujerzuela, Sallie John. Entonces le pedí al Señor que me salvara del mal que sabía iba a caer sobre nosotros, porque sé cuánto se desesperan las mujeres blancas de la casa grande, cuando descubren lo que hasta ese momento ignoraban.

—¿Qué hizo *miss* Lucyanne? —preguntó Will.

—El buen Dios escuchó seguramente mi oración esta vez, porque no hubo tiros ni nada parecido, como acostumbraba a ocurrir cuando el padre de míster Grady era joven y andaba por las cabañas. *Miss* Lucyanne salió corriendo, y eso fue todo. Nadie sabe dónde está ahora.

—Está aquí, en casa —dijo Will.

—Me alegra mucho oír eso —dijo el tío Jeff Davis, aliviado—. Yo no quería que le ocurriera nada malo. Desde anoche he estado muy asustado por temor a que míster Grady la tomara con nosotros los negros, si algo malo le ocurría a ella. Míster Grady es un caballero blanco muy distinguido, pero no le gustan los negros. Parece que la gente como nosotros no le gusta más que cuando se divierte con Sallie John o alguna como ella.

Se detuvo y esperó para ver si Will hacía alguna señal de desaprobación con respecto a lo que estaba diciendo. Pero la cara de Will estaba completamente inexpresiva.

—No me gusta hablar mal de míster Grady —dijo el tío Jeff Davis cobrando ánimo—, pero a veces pienso que quizá él trata de hacerme las cosas demasiado duras. Estoy por cumplir sesenta años y quiero hacer alguna cosa antes de que sea demasiado tarde. Nací en esta plantación y he trabajado toda mi vida para míster Grady y para su padre antes que para él, y ahora no me queda mucha vida, y mi mujer y yo no queremos morir aquí, en el mismo lugar donde hemos estado siempre. Mi muchacho, Sammy, consiguió un empleo muy bien pagado en el aserradero de Maguffin, y dice que quiere que yo y su madre vayamos a la ciudad a vivir con él. Yo ya no puedo trabajar tanto como antes, y de buena gana me iría ahora que estoy vivo y puedo hacerlo.

—¿Qué te contestó míster Grady cuando le dijiste que querías irte? —preguntó Will.

—Me dijo que tenía que pagarle.

—¿Cuánto?

—Eso no importa, míster Will, porque lo mismo me daría que fueran cinco centavos que cinco dólares, porque usted sabe tan bien como yo que no poseo ni un

miserable penique. Mi muchacho, Sammy, podría pagar por mí si no fuera tanto. Pero Grady quiere más de lo que Sammy puede conseguir.

—Si yo fuera tú, tío Jeff Davis —dijo Will meneando gravemente la cabeza—, no haría nada que pudiera disgustar a míster Grady. Tú sabes que a un negro no le conviene desobedecer a un blanco. Ellos no lo toleran. Ésta es una región de blancos, y tú sabes lo que esto quiere decir. Si deseas marcharte, primero consigue el dinero para pagarle.

—Lo que usted dice es la pura verdad, míster Will. Lo comprendí cuando le oí. Todo el mundo sabe qué ocurrió la última vez que uno abandonó a su amo. Henry Crawford y su familia, que vivían en la cabaña vecina a la mía, se fugaron. Míster Grady lanzó a la justicia tras Henry, le dieron caza con los sabuesos y el juez lo condenó a diez años de trabajos forzados. Míster Grady dijo que Henry le debía nueve años de alquiler, setenta dólares por estropear un arado, doscientos dólares por alimentos, no sé cuánto por dejar escapar una mula que se mató al golpearse la cabeza contra un pino, y mucho más. Pero eran sumas y sumas de dinero. Ahora, usted sabe perfectamente, míster Will, que si míster Grady me anota todo eso en los libros, nunca me será posible pagarle la deuda, aunque viviera todavía doscientos años o más.

—Saca de eso una lección, tío Jeff Davis —dijo Will—. Quédate en tu lugar, a menos que tu muchacho consiga el dinero suficiente para pagar a míster Grady.

—Sammy dice que habló con un abogado en Maguffin acerca de esto, pero no sé si dará algún resultado. Todos los blancos siempre piensan lo mismo cuando se trata de asuntos como éste. Parece como si les gustara tratar con dureza a los nuestros. A veces pienso que sería mucho mejor que los negros no naciesen. En toda su vida no hacen más que soportar desgracias.

—No deberías pensar así, tío Jeff Davis. Hay muchas cosas en este mundo que el blanco tendría que hacer por sí mismo, si no fuera por los negros.

—Sí —asintió el negro en voz baja y resignada—. Sí, míster Will.

Brad puso en marcha el tractor y lo hizo marchar, dando varias vueltas en él. La máquina trepidaba con regularidad cuando él saltó del asiento. Pete colocó las tuercas y la tapa del motor y condujo el tractor a campo traviesa.

El tío Jeff Davis desató las mulas y las llevó por el sendero hacia el establo. En seguida Brad y su padre oyeron el galope de un caballo que se acercaba hacia ellos.

Se dirigieron rápidamente hacia el extremo del cercado. Era Grady.

—Ahora, hijo —dijo Will con ansiedad, cogiendo a Brad por el brazo, al tiempo que se encaminaba hacia el frente de la casa—, haz lo que haz, cuídate bien de lo que dices a Grady. No debes olvidar quiénes somos nosotros y quién es él. No nos conviene salirnos del lugar que nos corresponde. Basta una palabra para hacer perder los estribos a Grady, y tú sabes cuántas desgracias puede ocasionar eso. Deja que Grady diga todo lo que guste en su casa. Nosotros no tenemos derecho a interponernos en su camino.

Pudieron ver que Grady detenía su caballo al llegar frente a la casa.

—Pero Lucyanne dijo que no quería volver junto a él, papá —dijo Brad, mientras seguía con la mirada a Grady, que iba cruzando el cercado.

—Ya lo sé, hijo, pero...

—Y yo tampoco quiero que ella vuelva.

—Lo sé, hijo, pero...

—Bueno, a mí no me interesa quién es él. No le temo, y si ella quiere, le diré que no volverá a vivir junto a él.

Will apretó el brazo de su hijo. Sus manos temblaban.

—¡De ningún modo, hijo, puedes decir semejante cosa! No tendríamos dónde vivir si Grady nos echa de aquí. Me vería arruinado. Nadie me daría trabajo en todo el Estado, si se corriera el rumor de que nos hemos rebelado contra Grady Dunbar. Piensa en tu madre. Tú no querrás ser el culpable de que ella se quede sin hogar, ¿no es cierto, hijo?

Brad permaneció silencioso.

—Ahora, hijo —dijo su padre rápidamente—, no olvides lo que te dije anoche. Ella es aún su esposa.

Estaban detenidos frente a uno de los extremos de la casa y Grady los vio, pero en lugar de marchar hacia ellos, dirigió el caballo hacia la entrada y allí desmontó, atando las riendas a la baranda de la galería. Cuando comenzó a subir los escalones, Brad se dirigió también hacia allí y llegó a la escalera en el momento en que Grady entraba en la casa.

Grady se hallaba de pie en medio del cuarto, contemplando a Lucyanne, que estaba en la cama, cuando Brad entró. Lucyanne no vio en el primer momento a Grady, pero cuando, después de un rato, advirtió su presencia y lo reconoció, lanzó un grito. Tras un instante apareció en la habitación Sarah, que venía corriendo desde la cocina.

—¿Qué le ocurre, Lucyanne? —preguntó agitada—. ¿Qué ha pasado? —Entonces vio a Grady de pie en el centro de la estancia. Estaba mirándola con expresión colérica—. ¡Oh! —exclamó Sarah, y corrió hacia los pies de la cama.

—Conque has venido a ocultarte aquí, ¿no? —dijo Grady a Lucyanne—. Ya sabía yo que no estarías muy lejos.

Examinó el cuarto con una mirada de desconfianza. Éste se hallaba amueblado con sencillez. Había dos camas de hierro cubiertas con colchas de hilo muy limpias, un tocador alto, dos mecedoras y varias sillas de mimbre. Un espejo ovalado pendía sobre la chimenea, y en la pared, entre la chimenea y la puerta, un calendario, con una lámina que representaba a un hombre y a un niño de corta edad, pescando en un río. Pocos objetos más había en la habitación, que los Harrison utilizaban como sala común y dormitorio. El desnudo piso de madera de pino estaba blanco de tanto lavarlo, Grady echó una última mirada hacia atrás y se acercó al lecho donde yacía Lucyanne, nerviosa y atemorizada. La ira se había apoderado repentinamente de él.

—¿Qué significa eso de escaparte de casa y venir a ocultarte aquí? —preguntó. Su rostro estaba rojo, pero de sus labios, prácticamente, había huido la sangre. Lucyanne recordaba la ocasión en que Grady había derribado a un negro de un puñetazo, para golpearlo luego con una cadena. Ella sabía cuán cruel podía ser cuando estaba enfurecido—. ¿Por qué has huido? —preguntó nuevamente, levantando el tono—. ¿No sabías hacer nada mejor a estas alturas?

Brad avanzó unos cuantos pasos y se detuvo detrás de Grady.

—¿En dónde demonios has estado toda la noche? —dijo Grady. Sin esperar respuesta se volvió hacia la madre de Brad—. ¿Qué está haciendo en esta casa?

Mirándole a los ojos, Sarah apretó los labios fuertemente. Él comprendió que no la atemorizaba en lo más mínimo, y se volvió a Lucyanne.

—¿Por qué no me contestas cuando te hablo? —dijo, inclinándose y cogiéndola por el brazo con rudeza—. ¿Por qué no dices algo? ¿Qué te ocurre?

Lucyanne le miró, presa de intenso temor. No se atrevió a dirigir sus ojos hacia Brad en demanda de ayuda, porque sabía que podía ocurrir cualquier cosa si Grady se arrojaba sobre él en un momento como ése.

—¡Cuando yo te hablo quiero que me respondas, y quiero que lo hagas con rapidez! —dijo a Lucyanne, sacudiéndola del brazo brutalmente—. ¡Me gustaría saber cómo se te metió en la cabeza la idea de que podías huir de mí!

La hizo sentar en la cama, y apartó violentamente la sábana que la cubría. Lucyanne llevaba uno de los camisones de algodón blanco de Sarah Harrison. Su vestido, sucio y roto, estaba en una silla junto a la cama.

—¡Sal de la cama, y ve a casa, que es donde debes estar! —ordenó.

Antes de soltarle el brazo, la arrastró hasta el borde de la cama.

—¡Por favor, no me hagas daño! —suplicó Lucyanne, sintiéndose incapaz de soportar el castigo.

—Tendrás mejores motivos para quejarte antes de que termine contigo —respondió él—. Te daré una lección que no olvidarás fácilmente. No puedes irte de mi lado sin recibir después el castigo merecido. Es algo que yo no toleraría.

—¡Por favor, no digas eso, Grady! —gritó ella—. ¡No debes castigarme!

—¡Cállate! ¡Diré y haré lo que me plazca! ¡Nadie se puede burlar impunemente de mí!

Mientras Grady hablaba, Will Harrison penetró en el cuarto. Estaba sereno, como si no le preocupara en absoluto lo que había escuchado al entrar. Grady se volvió.

—¡Buenos días, Grady! —dijo Will en tono amistoso—. ¿Cómo está?

Grady movió la cabeza, asintiendo, pero no contestó.

—Le vi venir a caballo hace unos minutos —dijo Will—, pero no sabía si quería verme o no. Después consideré conveniente venir para saber si usted me necesitaba para alguna cosa.

Grady señaló con la cabeza a Lucyanne.

—¿Cuánto hace que está aquí? —preguntó a Will.

—Vino anoche, Grady. Creo que alrededor de la medianoche. Por supuesto, yo no tengo nada que ver. Usted me conoce lo suficiente como para saber que no haría nunca nada que a usted le disgustase. Ella vino y nosotros la alojamos aquí durante la noche. Supongo que eso era lo correcto.

—¿A qué vino aquí? —interrogó Grady con tono de sospecha.

—No sé, Grady. No quiso decirlo.

Grady cogió el vestido desgarrado y lo examinó un instante antes de dejarlo caer al suelo.

—¿Cómo se destrozó de esta forma el vestido?

—Así estaba cuando llegó aquí, Grady. Puede habérselo desgarrado en los alambres de púas o en los zarzales. Hay un gran matorral de zarzas en el límite de este campo.

—Por eso violan a las mujeres en esta región —dijo Grady.

—Claro, Grady —asintió Will rápidamente—. Puesto que salen de noche solas corren ese riesgo, porque uno no puede saber cuándo un negro...

—No son siempre los negros los que violan a las mujeres —dijo Grady mirando a Brad.

—Tiene razón, Grady —asintió Will.

—¿Quién más vive por los alrededores, aparte de los negros y de él? —preguntó Grady, señalando con la cabeza a Brad.

—Nadie, Grady —respondió Will prontamente—, nadie más.

Grady miraba a Brad con expresión de furia.

—¿Por qué no habla y dice algo en lugar de estar ahí con la boca cerrada como un tonto? —dijo a Brad—. A mí me da lo mismo que la haya traído usted aquí o que lo haya hecho un negro, porque sé con seguridad...

Antes de terminar la frase Grady se volvió para mirar a Lucyanne airadamente.

—¿Por qué estás tan callada? ¿Qué estás tratando de ocultarme? ¡Es mejor que me lo digas!

—¡Nada, Grady! —sollozó ella—. ¡No estoy tratando de ocultar nada! ¡Créeme, Grady!

—¿Saliste para encontrarte con alguien?

—¡No!

—¿Te fuiste sola?

—¡Si, Grady!

—No sé si creerte o no.

—¡Por favor, Grady!

—Si me mientes, yo averiguaré la verdad. ¡Y no creas que no lo haré! ¡Más te vale decirme la verdad ahora que estás a tiempo!

—¡Te he dicho la verdad, Grady! ¡Te he dicho la verdad!

Grady la contempló durante unos instantes y luego se volvió repentinamente hacia Brad.

—De todos modos, ¿qué hace usted aquí? —preguntó—. ¿Por qué no está trabajando como debe?

Brad miró a su padre, pidiéndole permiso con la mirada para que le permitiera responder. Will sacudió la cabeza, y avanzó hacia donde estaban Grady y Brad.

—Grady, yo procuraré que Brad recupere el tiempo perdido. No quiero que usted piense que alguno de nosotros desatiende su trabajo.

—Entonces, ¿por qué no está trabajando ahora?

—Hemos estado arreglando ese tractor. Se descompuso ayer en el campo, y Pete y el tío Jeff Davis lo remolcaron aquí para que Brad lo arreglara.

—¿Qué estuvo haciendo él anoche? —preguntó Grady—. Eso quiero saber.

—No tiene que preocuparse por Brad —dijo Will—. Yo me cuidaré de ello. Además es un buen muchacho.

—Me gustaría más que usted lo sacara de aquí, que lo mandara a cualquier otra parte. No me gusta tenerlo haraganeando por aquí. Y no me resulta ahora más agradable de lo que me resultó siempre...

—Pero, Grady, él es mi hijo y yo...

—¿Intenta discutir conmigo?

—No, Grady —dijo Will humildemente—. No pienso semejante cosa. Usted sabe que yo siempre he tratado de hacer exactamente lo que usted me dice.

—Haga que se marche de aquí, entonces.

Grady se dirigió hacia la cama, y cogió a Lucyanne por el brazo. Después la arrastró con rudeza fuera del lecho.

—Ahora sal de ahí y vete a casa —ordenó.

—¡Por favor, no me hagas ir allá, Grady! —suplicó ella. Sollozaba y tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡Por favor, Grady! ¡No quiero ir!

—¿Que no quieres?

—No quiero irme, Grady.

—Bueno, ¡que Dios me condene!

—¡No quiero ir, Grady! ¡No quiero ir!

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—¡Lo sé perfectamente, Grady!

Él le dio una bofetada con un colérico movimiento de la mano. Lucyanne recibió el golpe en la mejilla.

—¡Ya te enseñaré yo! —gritó—. ¡Quieras o no, irás lo mismo!

Lucyanne miró a Sarah suplicante. Pero antes de que ésta pudiera acudir junto a Lucyanne, Will la detuvo, meneando la cabeza.

—No, Sarah —dijo en voz alta—. Quédate quieta.

—Pero, Will... —comenzó a protestar ella.

Will meneó la cabeza nuevamente, y alejó a Sarah de Lucyanne.

Grady arrastró a Lucyanne fuera del lecho, cogió su vestido del suelo y se lo arrojó. Ella lloraba desconsoladamente.

—Ponte los zapatos —dijo Grady—, y hazlo con rapidez. No deseo volver a oírte decir que no quieres ir a casa. Estás casada conmigo, y harás lo que yo te ordene.

Will no trató de detener a Sarah cuando ésta se arrodilló, ayudando a Lucyanne a calzarse las zapatillas. Will hizo una señal a su hijo y se marchó a la galería. Brad le siguió y ambos permanecieron un momento junto a la baranda escuchando los ruidos que llegaban de la habitación.

—Papá, tú no puedes permitir que él la trate así —dijo Brad, sin poder contenerse—. ¿No ves que ella no quiere ir? No deberías obedecer hasta tal punto a Grady.

—Siempre he tratado de hacer todo lo que Grady me dice, hijo, y no debo salirme de mi lugar.

—Bueno, eso no reza conmigo —dijo Brad, moviendo lentamente la cabeza—. Yo no recibo órdenes de nadie.

—No quiero oírte hablar así, hijo. Tarde o temprano, ese modo de hablar ocasiona dificultades.

—Si tú tienes miedo de hablar, yo lo haré. Grady Dunbar no hará que yo acabe por tener miedo hasta de mi sombra.

—Lo que dices puede ser verdad, hijo —admitió Will en tono grave—; pero no nos da derecho a meternos en su vida privada.

—Tengo todo el derecho del mundo —respondió Brad, airado—. Si vuelve a golpearla como lo ha hecho hace unos minutos, voy a detenerlo.

Lucyanne y Grady aparecieron en la puerta, seguidos por la ansiosa Sarah. Grady cogió a Lucyanne por el brazo, y la arrastró por la galería y por los escalones. Lucyanne lloraba desgarradoramente.

Grady desató las riendas, e hizo dar la vuelta al caballo.

—No estoy satisfecho con lo que me han dicho para justificar la presencia de ella en esta casa —dijo, mirando a Brad—. Pero averiguaré la verdad. Yo la haré hablar.

Empujó a Lucyanne hacia el caballo.

—Monta —ordenó.

CAPÍTULO X

Lucyanne recogióse el camisón hasta más arriba de las rodillas y trató de colocar el pie en el estribo. Pero éste estaba a tal altura que le resultaba imposible, y, dificultando aún más el cumplimiento de la orden de Grady, el caballo se hacía a un lado con inquietud. Sarah, no pudiendo resistir más tiempo allí sin poder hacer nada por ella, corrió a la casa y cerró la puerta tras de sí. Will, intranquilo, miraba al suelo.

—No me hagas perder tiempo —dijo Grady—. No puedo estar aquí todo el día.

Lucyanne echó una rápida mirada a Will y a Brad, sin distinguirlos casi a causa de las lágrimas que le velaban los ojos.

—Si sabes lo que te conviene, haz lo que te he dicho y monta —dijo Grady.

Brad descendió lentamente los escalones y luego se detuvo. Grady lo miró por el raballo del ojo.

—No alcanzo el estribo, Grady —se quejó Lucyanne—. ¿No ves?

En lugar de responder, volvió a empujarla contra el caballo. Sollozando patéticamente, como una niña, Lucyanne volvió a recogerse el camisón y trató de alcanzar el estribo. En el momento en que lo hacía, el caballo se movió retrocediendo, y ella perdió pie y cayó a tierra.

—¡Muy bien! —dijo Grady riendo sarcásticamente. No hizo ningún movimiento para ayudarla a levantarse—. Sigue así y verás qué te ocurre. Sé que estás tratando de hacerme perder la paciencia, pero yo puedo soportar un poco más que tú. Cuando estés cansada de estar ahí monta como te he dicho que hicieras. Tú no me vas a hacer pasar por tonto.

Antes de que Grady hubiera terminado de hablar, Brad se había acercado a Lucyanne. Cuando se inclinó sobre ella para prestarle ayuda, Grady, malignamente, le dio un puntapié con todas sus fuerzas. El golpe casi hizo caer a Brad, pero logró conservar el equilibrio y condujo a Lucyanne junto al caballo. La alzó a fin de que pudiera alcanzar la silla y montar, y luego se volvió hacia Grady. Nunca había estado tan airado en su vida. Grady reía con aire de mofa.

—¿Qué le ocurre..., tiene fiebre? —dijo Grady en tono insultante—. ¿Por qué no pelea si le gusta? —Mientras hablaba se colocó la mano en la cintura y la mantuvo allí—. Conozco muy bien a los individuos como usted. Y sé cómo hay que tratarlos.

Brad miró a su padre. Will meneaba la cabeza rápida y nerviosamente.

—No toque con sus sucias manos a mi esposa —dijo Grady—. Eso es algo que no puedo soportar.

Brad le dio la espalda y se dirigió hacia Lucyanne. Iba a ayudarla a montar, pero antes de que pudiera hacerlo Grady avanzó hacia él y le cogió por un hombro. Brad rechazó la mano de Grady con un movimiento del brazo.

—¡Le dije que no tocara a mi mujer con sus manos de blanco miserable! —gritó Grady enfurecido—. No es más digno de confianza que los negros. Le voy a partir la cabeza tan rápidamente, que no va a saber siquiera qué fue lo que le golpeó.

Lucyanne trató de colocarse entre ambos, pero él la hizo a un lado de un empujón.

—No me interesa lo que usted pueda decirme, Grady Dunbar —dijo Brad con voz serena—, pero le aseguro que no va a maltratarla más mientras esté yo aquí. Si le llega a pegar otra vez ya sé lo que tengo que hacer. Eso es todo cuanto tengo que decirle, Grady Dunbar.

Grady, sorprendido, retrocedió unos pasos. Una desdeñosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Qué ha dicho usted?

—Lo que oyó, Grady Dunbar.

—¿Quién demonios se piensa que es?

—Usted sabe quién soy yo.

—¡Es usted un miserable! ¡Ya conozco yo bien a los de su clase!

Había enrojecido y los labios le temblaban a causa de la furia. Se acercó a Brad y con actitud insolente le preguntó:

—¿Desde cuándo anda detrás de mi mujer? ¿Cuánto tiempo hace?

—Eso sólo me importa a mí.

—¿Qué dice?

Grady se acercó aún más a él, pero Brad no se movió. Cuando Grady vio que Brad no le temía, rió nerviosamente y llevó su mano hacia el bolsillo que tenía a la altura de la cintura.

—Conque ha hablado por fin, ¿no? —dijo Grady despectivamente—. Me había intrigado que se quedara callado y procediera como si tuviese miedo a abrir la boca. No quería que me enterara de que había algo entre ustedes, ¿no es cierto?

Brad no pronunció palabra, pero continuó mirando a Grady fijamente a los ojos.

—Ahora delante de ella quiere pasar por héroe, ¿no?

—Júzguelo como quiera, Grady.

—Supongamos que no me gusta...

—Eso lo decide usted.

—¡Ya lo he decidido! ¡No crea que no lo he hecho!

—Me alegro —dijo Brad serenamente. Grady movió la mano amenazadoramente, como si fuera a sacar la pistola del bolsillo, y Will Harrison descendió corriendo los escalones y trató de interponerse entre ellos. Brad apartó a su padre.

—Yo me ocuparé de esto, papá —dijo con firmeza—. Sé lo que estoy haciendo. Tú no te metas.

—Lo único que va a hacer es cerrar su boca —dijo Grady.

—Déjela a ella en paz, y yo me callaré —contestó Brad.

—¡Cállese desde ahora! Usted no debe ordenarme nada. Haré lo que he dicho —rió desdeñosamente—. Usted es el primer blanco de baja condición que veo que no es lo suficientemente sensato como para no extralimitarse. ¡Procede como si creyera que somos iguales!

Grady marchó hacia el caballo, pero repentinamente cambió de idea y se volvió.

—¿Qué ha ocurrido entre usted y ella? —preguntó.

Brad le miró sin responder.

—¿Por qué no me contesta cuando le hablo? ¿Qué es lo que quiere ocultar?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir lo que oyó. Usted no es tan estúpido como parece. Sabe qué quiero decir.

—No tengo por qué responderle a eso.

—Lo hará, si yo lo digo.

—Intente hacerme hablar y verá.

Grady aspiró profundamente.

—Si lo supiera con seguridad, usted no estaría vivo para contestarme —dijo amenazadoramente—. Si llego a creer que ha ocurrido algo entre ustedes, lo... lo...

Will Harrison avanzó otra vez hacia Grady y su hijo, y se colocó entre ambos. Esta vez se dirigió a Grady, sin prestar atención a las tentativas de Brad para alejarlo.

—Bueno, Grady —dijo con tono solemne—, usted sabe que yo no me opongo nunca a lo que usted dice. Siempre he hecho cuanto me ha ordenado, y de ninguna manera me propararía. Si creyera que mi muchacho ha procedido mal, hubiera sido el primero en pedirle cuentas. Si hubiera hecho algo que a usted le disgustara, en seguida le hubiese mandado lejos de aquí antes de que siguiera provocando disgustos entre usted y yo. Me conoce lo suficiente como para saber que soy así, Grady. Pero ahora creo que no hay ningún motivo para armar esta pendencia...

—Usted cálese —dijo Grady—. Cuando quiera un consejo suyo se lo pediré, y si llego a oírle decir una palabra más, echaré a todos los condenados Harrison de mis dominios. No hace falta que nadie me diga lo que debo hacer.

—Sí, Grady —dijo Will, inclinando la cabeza con un gesto servil—. Reconozco que en cierto modo me he extralimitado y ya estoy arrepentido. Pero de ningún modo quise indicarle lo que debía hacer.

—Tanto usted como él harán bien en medir sus pasos de aquí en adelante —dijo, señalando con la cabeza a Brad—. Si llego a descubrir que las cosas son tal como me imagino, van a recibir su merecido. Ningún blanco miserable se burlará de mí impunemente. Lo prometo desde ahora.

—Muy bien, Grady —dijo Will rápidamente—, no tengo nada que reprocharle por considerar las cosas así.

Grady alzó a Lucyanne y la colocó sobre la silla. Brad acercose al caballo para estar más próximo a Lucyanne y poder ayudarla en caso de que Grady hiciera mover violentamente al animal con un tirón de riendas. Con un rápido movimiento hizo avanzar al caballo y Brad tuvo que retroceder.

—Ya nos veremos —dijo amenazadoramente—. Le daré una lección, aunque sea lo último que haga. Yo sé cómo se les enseña a los miserables blancos como usted a no salirse de su lugar.

Sacudió las riendas, y el repentino movimiento del animal casi hizo caer a Lucyanne en tierra. Después condujo a la cabalgadura a través del cercado, hacia la colina. Brad y su padre los siguieron en silencio con la mirada hasta que estuvieron a mitad de camino, en la cuesta.

—Cuando te vi anoche con la mujer de Grady en el campo sabía que eso iba a traer inconvenientes —dijo Will preocupado—. No deberías haberlo hecho.

—¿Qué hubieras hecho tú? ¿Correr hasta la casa grande con el rabo entre las piernas y preguntarle a Grady si estaba bien que le prestáramos auxilio?

—Me parece que ése no es modo de hablar a tu padre.

—Es la única manera de hablar a alguien que agacha la cabeza hasta tocar el suelo cada vez que Grady Dunbar lo mira. Toda mi vida te he visto hacer lo mismo. ¡Me pone malo!

Will meneó la cabeza con aire pesaroso, y permaneció durante largo rato mirando al suelo. Brad contemplaba a Grady que conducía su caballo hacia la casa de la colina.

—Me disgusta tener que decirlo —expresó Will finalmente—, pero parece que lo único que puedes hacer es marcharte. Si sigues aquí no harás más que causarnos trastornos a tu madre y a mí. Grady no soportará en su casa a alguien que no se doblega ante él, como tú. Lo he visto acabar con muchos negros por cosas de menor importancia que ésta. Lo único que puedes hacer es prepararte y marchar cuanto antes. Eso es lo sensato. Así terminarán todos los problemas.

—No temo a Grady Dunbar ni a nadie como él —respondió Brad—. Grady Dunbar no me va a intimidar. Si saca su pistola, lo derribaré con tanta rapidez de un puñetazo que va a creer que le ha alcanzado un rayo.

—Reflexiona con serenidad, hijo. Quizás a ti no te ocurra nada, pero cuanto más tiempo estés aquí, peor lo vamos a pasar después tú madre y yo.

—No existiría ningún Grady Dunbar si no fuera por ti y por todos los demás individuos serviles como tú. Puedes estar seguro de que no me quedaré aquí para convertirme en uno de ellos.

—Entonces, ¿te irás, hijo? —preguntó Will ansiosamente—. Si tú no quieres hacerlo, yo le explicaré a tu madre el motivo de tu partida. No tienes por qué hablarle a ella acerca de esto. Yo se lo explicaré para que comprenda. Ella está atemorizada por lo que pueda hacer Grady, y si te quedas su salud se perjudicará. Pero sobre todas las cosas, desea que no te ocurra nada.

—No, aún no me iré —dijo Brad, mirando a su padre a la cara—. Todavía no estoy listo. Antes tengo que hacer una cosa.

Will, sorprendido, permaneció silencioso.

CAPÍTULO XI

Bajo el calor abrumador del mediodía subieron por la cuesta hacia la casa, entre los altos robles rojos. En esa época del año, cuando el claro cielo azul de primavera comenzaba a ocultarse por las tenues nubosidades del verano, que acababan por tornarlo de un color de algodón sucio, hacía siempre calor. Un mes después la temperatura sería casi insoportable, y la atmósfera se volvería húmeda y sofocante. Bajo el abrasador sol estival, que quemaba despiadadamente a través del aire brumoso, la vegetación, ahora lozana, verde y lujuriente, se iría blanqueando, y luego, las hojas y los tallos, quemados, se pondrían quebradizos. Las lluvias, se verían separadas por períodos cada vez más largos, y hacia el fin del verano los campos estarían calcinados y polvorientos.

Grady no había pronunciado una palabra durante la larga y cansada cabalgata por la cuesta desde la casa de los Harrison, pero había vuelto muchas veces la cabeza por encima del hombro para asegurarse de que Lucyanne aún permanecía sobre el caballo y no había intentado huir. Tirando de las riendas displicentemente, condujo la cabalgadura a través del cercado hacia la puerta principal. Se detuvo al llegar frente a los escalones.

—¡Beckum! ¡Briscoe! ¡Dónde demonios estáis, negros bastardos! —gritó a todo pulmón—. ¡Lo mejor que podéis hacer es venir rápidos, porque si no os arrancaré la piel a ambos! ¡Beckum! ¡Briscoe!

No había transcurrido un segundo cuando dos niños negros, de unos diez años, aparecieron corriendo atropelladamente de detrás de la casa, donde habían estado jugando. Sus vestiduras harapientas, que parecían haber sido despedazadas ex profeso antes de serles entregadas, colgaban en jirones de sus cuerpos regordetes. De un año para otro la única diferencia exterior que se podía percibir en ellos era algún remiendo que les cosían ocasionalmente en las camisas o pantalones. Llevaban el encarrujado pelo negro cortado al rape.

Nunca les habían pagado por cuidar de que la zona del cercado próxima a la casa estuviera limpia y por otras tareas que desempeñaban diariamente en las cercanías. Recogían las colillas de cigarrillos y las fumaban en el establo. Cuando había visitas jugaban bajo la galería, y se dedicaban a buscar las monedas que a veces caían por las hendiduras del piso de madera. Mataban y desplumaban las gallinas para los cocineros. Estaban atentos para coger las botellas que Grady arrojaba por su ventana, y afanosamente sorbían de ellas las últimas gotas de *whisky*. A la hora de la cena tocaban la gran campana, y miraban a través de la ventana mientras se servía la comida. Mes tras mes llevaban a cabo numerosas tareas domésticas, con dedicación y sin quejarse, atravesando períodos alternos de energía y pereza. Estaban siempre alrededor de la casa desde el amanecer hasta mucho después de la puesta del sol, listos para hacer lo que les indicasen, porque así lo había ordenado Grady. Lo que ocurría en la casa por la noche excitaba en grado extremo la curiosidad de los

muchachos, y a menudo trepaban por las columnas, cuya pintura había ido descascarándose, y se pasaban horas atisbando en las habitaciones iluminadas de Grady o de Lucyanne.

A los demás sirvientes de la casa, cocineros, doncellas y lavanderas, les pagaban a veces sus sueldos semanales de unos pocos dólares, pero no siempre, porque por lo general Grady insistía en que debían cobrar su paga en vestidos viejos, bolsas de garbanzos o alguno de los objetos en desuso que estaban en el altillo del tercer piso. Cada vez que alguna de las mujeres se quejaba por el hecho de que la obligaran a aceptar un chal devorado por la polilla o una silla de tres patas como pago por el trabajo de una semana, Grady la hacía callar inmediatamente amenazándola con mandarla a la cárcel del condado, por deberle el alquiler de varios años de la cabaña, que él reclamaría. Como una prevención para los negros del lugar, Grady hallaba, de tiempo en tiempo, oportunidad para mandar a uno de ellos a la cárcel. Para ello le bastaba declarar que el negro le debía varios centenares de dólares, y que se estaba preparando para marcharse del condado a fin de eludir el pago de la deuda. El juzgado de Maguffin prefería casi siempre aceptar la palabra de un blanco antes que la de un negro, y éste acababa por lo general en la cárcel.

—¿Dónde demonios habéis estado todo este tiempo, Beckum? —inquirió Grady ceñudo—. ¿Habéis estado otra vez montados en los cerdos de la pocilga?

—No, míster Grady. No hemos hecho eso en los últimos tiempos.

—Si os encuentro haciendo algo malo por aquí, os voy a dar una tunda que veréis las estrellas. Y la próxima vez quiero que estéis aquí antes de que haya terminado de llamaros. Me voy cansando de esperaros hasta que aparecéis. ¿Vais a hacer lo que os digo, Briscoe?

—Sí, míster Grady —aseguró Briscoe, cuyos labios temblaban a causa del miedo—. Yo y Beckum haremos como usted dice. Estábamos apilando allí un poco de leña para que se seque y sirva para la estufa.

Grady se volvió y contempló con dureza al otro negrito. Las rodillas de Beckum comenzaron a chocar entre sí.

—¿Por qué estás tan lerdo, Beckum? —dijo—. ¿Por qué no estabas aquí esperando para llevarte el caballo? ¿Tengo que destrozarme la garganta a fuerza de dar gritos cada vez que te necesito? ¿Para qué crees que te pago? Si vuelvo a encontrarte otra vez haraganeando, te voy a desollar vivo. Y si no prestas atención te echaré y daré el empleo a cualquier otro. ¿Has oído?

—Sí, míster Grady —dijo Beckum, temblando con la mayor violencia—. He oído todo lo que usted dijo, y seguramente no voy a haraganear más mientras viva, y, por favor, míster Grady, no me eche. Prefiero que me haga cualquier otra cosa antes que eso. Me gusta mucho mi trabajo, míster Grady.

—Si esto vuelve a ocurrir otra vez —dijo Grady—, voy a emplear a un par de muchachos que se ocuparán del trabajo y harán las cosas tal como yo quiero. Ya estoy cansado de tener que andar persiguiéndoos cada vez que me hacéis falta. Si no

prestáis más atención, uno de estos días os vais a encontrar otra vez en las cabañas y sin empleo.

—Sí, míster Grady —replicaron al unísono—, haremos todo lo que usted dice.

—Quizá os dé otra oportunidad —dijo Grady—. Ahora estoy ocupado para andar buscando a otros muchachos.

—Sí, míster Grady —dijo Beckum, haciendo muecas a causa de la nerviosidad—. Es muy bueno que haga eso por nosotros esta vez.

—¿Qué habéis estado haciendo por ahí toda la mañana? —preguntó Grady con tono suspicaz.

—Estuvimos casi todo el tiempo apilando leña, limpiando el gallinero y cavando en el jardín, míster Grady —informó Briscoe.

—Tan pronto como hayáis dejado el caballo en el establo, buscaros qué hacer. Los negros hacen siempre tonterías cuando no están ocupados.

—Sí, míster Grady —contestaron ambos a una sola voz.

Se volvió y desmontó a Lucyanne. Después entregó las riendas a Beckum, y en seguida Briscoe, con una palmada, hizo que el animal echase a trotar. El caballo y los muchachos desaparecieron por la puerta del establo.

Por el rabillo del ojo, Lucyanne pudo ver a varios sirvientes de la casa espiando a través de las cortinas de la ventana del comedor. Entre ellos se hallaba Sallie John, y se advertía que estaban excitados por la curiosidad. Humillada, sintiendo que nunca podría volver a mirar a ninguna de las mujeres negras sin recordar sus risas tontas, deseó volverse y alejarse de sus miradas para siempre. En ese momento percibió los ojos de Grady clavados en ella, y se volvió para mirarle llena de temor.

—Vete a tu cuarto —ordenó él. Antes de que hubiera podido moverse, sintió que la cogía por el brazo y la empujaba hacia los escalones. Estuvo a punto de caer. Agregó—: Date prisa. No creas que vas a salir beneficiada porque se pierda todo este tiempo.

Conteniendo el aliento, Lucyanne subió con rapidez la escalera de la galería y penetró rápidamente en el vestíbulo. Cuando pasó frente a la puerta del comedor pudo ver a las mujeres que la estaban observando.

Casi desde el día de su llegada se había sentido incómoda en presencia de las mujeres negras. La trataban con respetuosa atención, y jamás había escuchado de ninguna de ellas una palabra desagradable; pero, no obstante, le hacían sentir que no pertenecía ni pertenecería nunca a la casa como ellas.

Mientras subía la escalera cubierta por una raída alfombra, y atravesaba el largo y amplio corredor que conducía a la habitación, pudo oír el ruido de los pasos de Grady que la seguía constantemente. La gran casa estaba quieta y silenciosa, e interiormente agradecía el hecho de no haber tenido que encontrarse con mamá Elsie en un momento como aquél. Por un instante tuvo la certeza de oír el susurro excitado de las mujeres negras en el piso inferior.

Lucyanne corrió a su cuarto, y, una vez dentro, comprendió que sería inútil cerrar

la puerta y se dejó caer pesadamente sobre el lecho. Al cabo de unos instantes oyó los pesados pasos de Grady. Cerró la puerta tras él con tal violencia, que del cielorraso de pino se desprendieron partículas de polvo.

Mientras esperaba que Grady dijera o hiciera algo, le pareció que transcurrían varios minutos, y que al cabo de cada uno de ellos aquella atmósfera se tornaba más insoportable. Sabía que las intenciones de él, fueran las que fuesen, se cumplirían inevitablemente entonces. Estaba desamparada y completamente a merced de él. Cruzó los brazos sobre su rostro a fin de escapar el mayor tiempo posible a su mirada colérica. A pesar de no verle, sabía que estaba allí, de pie junto a ella, contemplándola desdeñosamente.

—Empecemos —oyó que decía con tono arrogante. Era el mismo tono autoritario que empleaba cuando maldecía a algún negro que inadvertidamente había hecho algo que a él le desagradaba—. Quiero oír lo que puedes decir en tu defensa. Ya puedes hablar. Has tenido tiempo suficiente para urdir el cuento que tratarás de hacerme creer. ¡Habla! ¡Te escucho!

Lucyanne contuvo el aliento tratando de pensar desesperadamente qué podría decirle. Su atormentado cerebro se debatía dolorosamente.

—¡Qué distinguida señora has resultado ser! —dijo él sarcásticamente—. ¡Y qué ingenuo he sido dejando que me engañaras durante tanto tiempo!

Pese a que aún no le había mirado, sabía que estaba de pie en el centro de la habitación, a pocos pasos de la cama, contemplándola con el corazón lleno de odio y recelo. Por primera vez comprendió cuán despiadado y cruel podía ser él. Ahora le temía.

—No me sorprendería saber que ya tenías preparado cualquier cuento —dijo él con tono de mofa—. Lo escucharé. No te finjas la pudorosa. Habla porque no tengo tiempo que perder. ¿Qué cuento es ése?

Arrastró una pesada silla por la estancia hasta los pies de la cama. Antes de sentarse la cogió por las muñecas, apartándole los brazos de la cara.

—De todos modos, si sabes lo que te conviene, lo mejor que puedes hacer es decirme la verdad —advirtió—. Si crees que con una mentira puedes escaparte de eso, más te vale cambiar de idea en seguida. No voy a sentarme aquí para escuchar mentiras. No tengo mucho tiempo que perder contigo.

CAPÍTULO XII

Lucyanne, temblando frente a él sobre la cama, sabía que no tenía escapatoria. Nada de lo que ella dijera o hiciese evitaría que él la atormentase. Si rogaba que no la torturase más, se reiría de ella; si se levantaba e intentaba escapar, la cogería y la arrojaría nuevamente sobre la cama. Entonces comprendió algo que nunca se había imaginado cuando le veía castigar a los negros: que se complacía en ser cruel.

Grady, contemplándola con grosero deleite, apoyó los pies sobre la cama, encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla apagada sobre la alfombra. Ella trató de ocultar el rostro en la almohada, pero él la cogió con brusquedad por el hombro e hizo que se volviera.

—Vamos. Di lo que tengas pensado para tu defensa. No voy a pasarme aquí sentado todo el día como un tonto. Ya me has hecho perder bastante tiempo.

Lucyanne aguardaba con ansiedad, preguntándose cuánto tiempo podría permanecer en silencio antes de que la obligase a decir algo. Grady levantó la pierna y le pegó con la punta del zapato.

—Te has divertido..., hablemos ahora de tu diversión. Dicen que cuando una dama distinguida huye, es porque realmente tiene necesidad de hacerlo. Naturalmente —añadió con una breve risa—, yo no estaría espiando en tu secreto si no fuera porque estoy casado contigo.

Volvió a golpearla, esta vez con el duro tacón de suela. Todo el cuerpo de ella se estremeció a causa del dolor.

—Si para ti todo es lo mismo, puedes empezar por decirme qué demonios hacías en aquel campo anoche —su voz se alzó nerviosa—. No te avergüenza mucho contarme los detalles, ¿no es cierto? Todos nosotros somos del mismo color. Puedes hablar con blancos, ¿no es verdad? Cuando te encontré esta mañana en la casa de esos Harrison te comportaste como si hubieras hecho algo de lo que pudieras estar orgullosa. ¿Por qué no hablas ahora?

Lucyanne sacudió la cabeza, haciendo los mayores esfuerzos por contener las lágrimas que le acudían a los ojos. Sentía la mirada de Grady clavada en ella despiadadamente. Por vez primera en su vida deseó estar muerta.

—Supongo que no pensarás que vamos a seguir jugando «al gato me comió la lengua» durante mucho tiempo, ¿no es cierto? —Se detuvo. Su respiración se iba haciendo más agitada a causa de la cólera—. Te sacaré la verdad a golpes si no puedo hacerlo de otro modo. Lo sabes, ¿no?

—¡Por favor, Grady! —suplicó ella.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó él—. ¿Te avergüenza hablar de eso? ¿Te has vuelto repentinamente muy decorosa? ¿No quieres que sepa que te escapaste para encontrarte con ese Brad Harrison allá en el campo, y que en medio de la broma te maltrató? Esos blancos de condición baja tratan a sus mujeres groseramente, ¿no es cierto? No lo sabías, ¿verdad? No sabías que él iba a hacerte revolcar en el barro y

que te golpearía varias veces antes, ¿verdad? Debes de haberte sorprendido mucho al ver cómo tratan estos blancos a una mujer, o a una dama, si prefieres.

—¡Oh, Grady, por favor! —gritó ella—. ¡Cómo puedes decir tales cosas! ¡Por favor, Grady!

Él sacó los pies de la cama, se irguió en la silla y la miró a la cara con honda expresión de burla. Lucyanne no le había visto jamás tan despótico y tan cruel.

—¿Qué tratas de hacerme creer? ¿Quieres darme la impresión de que estás recitando una lección aprendida? ¿Quieres convencerme de que después de que han ocurrido las cosas estás arrepentida y que piensas que no valía la pena hacerlo con un blanco miserable como ése? ¿Eso quieres que crea? ¿Quieres convencerme de que no te escaparás de la casa otra vez?

—¡Por favor, no digas eso, Grady! ¡No es verdad! ¡Es injusto!

Permaneció en silencio un momento, mientras la contemplaba, complacido por su desesperación. Sabía que Lucyanne estaba sufriendo. Las lágrimas corrían por el rostro de ella y su garganta se estremecía con los sollozos.

—Muy bien —dijo finalmente—, escucharemos tu versión, si estás lloriqueando por eso. Quizás haya en ella algo nuevo. Yo soy un hombre al que le gusta estar de acuerdo con el ritmo del tiempo. Me parece que las cosas se escapan de mis manos, si descubro que estoy retrasado. No hay nada como tener una mujer que se fuga de noche para ir a encontrarse con un blanco miserable, y al volver trae a casa noticias sobre los últimos puntos de vista. ¡Demonios!, quizá debería agradecértelo en lugar de hacerte reproches.

—¡Nada de lo que dices es verdad, Grady! —Movié la cabeza con fuerza tratando de hacer que él la creyera—. ¡Tú sabes que yo siempre he sido leal, Grady!

Ante la angustia de ella, Grady se echó a reír, inclinándose en la silla y llenando la habitación con sus carcajadas de mofa.

—¡Grady, debes creerme! —dijo desesperadamente—. ¡Debes creerme!... ¡Debes creerme!

—Todavía no me has dicho absolutamente nada. ¿Qué quieres que te crea? ¿Por qué no hablas para que me entere de cómo fue? —Su expresión cambió rápidamente. Estaba encolerizado y su tono era cortante—. Te he dado todo el tiempo que has querido para que hablaras. ¿Qué más quieres que haga? ¿Quieres que me ponga de rodillas y te lo pida por favor?

Lucyanne se irguió y le miró con aire de desafío. Pero inmediatamente comprendió que no podía luchar contra la furia y la crueldad de él. Sus manos comenzaron a temblarle otra vez.

—¿Qué ocurre cuando una dama se escurre de la casa por la noche y va a revolcarse en un trigal con un blanco miserable?

—No ha ocurrido nada de eso, Grady —dijo ella con voz grave—. Nada de eso.

—¿Esperas que crea tal cosa?

—Sí, Grady.

—¿Piensas que voy a creer lo que me digas?

—Confío en que lo harás, Grady. Deseo fervientemente que me creas.

—¿Qué harás si no ocurre así?

—No sé, Grady.

Lucyanne pensó por un momento que él comenzaba a aplacarse, pero su esperanza resultó fallida. Grady volvió a reírse burlescamente de ella, y Lucyanne se cubrió el rostro con las manos, dejando escapar un desgarrado sollozo.

—¡Demonios! ¡Sí que voy a creerte! —gritó—. ¿Qué otra cosa podías estar haciendo allí?... ¿Zurciendo mis calcetines a la luz de la luna? ¿Parezco tan tonto como para creer eso?

Lucyanne mordiose los labios, sin saber qué decir. No se atrevía a hablar por temor a que la acusara de no decir la verdad.

—Podría decirte que él ha estado preparando las cosas —dijo Grady—. A cualquiera que tenga ojos le es posible verlo —añadió—. ¿Por qué, si no esperase conseguir algo con ello, te iba a recoger y a llevar hasta la casa? En este mismo momento ese blanco miserable debe estar con el pensamiento puesto en esta noche. ¡Demonios!, después de lo de anoche cree que le perteneces.

—¡No, Grady! —protestó ella.

—Debí haberle matado cuando lo tuve a mi alcance. Ése fue mi error. Pero ya lo atraparé. Ya me ocuparé de él antes de que se termine esto.

—No debes hacer eso, Grady —dijo, tratando de disuadirlo—. Te atraparán y serás juzgado como asesino.

—¿Qué esperas que haga?... ¿Que ande por ahí riéndome como un imbécil mientras él se burla de mí? ¡Demonios, sería muy digno! Un hombre no va a revolcarse durante toda la noche con mi mujer en un trigal y se queda después sin su merecido. Algunos tontos atenderían a sus súplicas por él, pero yo no soy uno de ellos. Ya le ajustaré las cuentas, y pronto.

Lucyanne estaba aterrorizada por sus amenazas. Sabía que él, estando furioso, no vacilaría en dar muerte a Brad o a cualquier otro.

—Grady —dijo ella con ansiedad, inclinándose hacia delante y mirándole a los ojos—, no sé qué cosas espantosas estás pensando, pero eso de que me has acusado no es verdad... ¡Debes creerme, Grady!

—Entonces, ¿por qué te preocupas tanto por él cuando digo que le voy a ajustar las cuentas? ¿Por qué no le echas la culpa a él?

—Porque él no tiene nada que ver con esto, Grady —respondió ella rápidamente—. Nunca le había visto hasta el momento en que me encontró y me llevó a la casa. No ocurrió nada más. Eso fue todo. Él podría decírtelo también, Grady.

—¡Al demonio con él!

—Entonces tienes que creerme, Grady.

—¿Por qué debo creerte?

—Antes nunca dudabas de mí.

—Antes de que ocurriera lo de anoche —respondió él, risueño ante la ansiedad de ella—. ¡Buen papel haría si me tragara un cuento como ése! Después de creer eso, podría creerme cualquier cosa.

—Si me escucharas me creerías, Grady. Tú sabes que yo no podría intentar mentirte.

Él se inclinó hacia un costado en la silla y le dirigió una mirada de indiferencia. Encendió otro cigarrillo y arrojó la cerilla apagada en la alfombra.

—Tengo poco tiempo que perder —dijo—. Cuéntame las cosas tal como quieres que las oiga.

Oyéronse tímidos golpes en la puerta de la habitación. Grady, incomodado por la interrupción, dio un salto y abrió repentinamente la puerta. Al otro lado del umbral estaba Beckum, tímidamente encogido y con la cabeza baja, en un esfuerzo por aparecer lo más pequeño posible. El blanco de sus ojos, grande y brillante, giró lentamente cuando levantó la cabeza para mirar a Grady, que estaba frente a él. Viendo la dura expresión del rostro de Grady, Beckum retrocedió unos pasos. Sus labios se movieron, pero no articuló ninguna palabra.

—¡Vete al demonio, Beckum! —gritó airado Grady—. ¡Siempre te atraviesas en mi camino!

Cuando Grady levantó la mano amenazadoramente, Beckum, temblando, dio varios pasos cortos hacia atrás para ponerse fuera de su alcance, al tiempo que hacía un rápido esguince con la cabeza.

—Sí, míster Grady —replicó entre dientes—. Sí, míster Grady. Oí lo que dijo. — A pesar de ello no se movía.

—¿Qué significa esto de venir a molestarme? —dijo Grady—. No te he llamado.

—A mí no me gusta molestarle a usted nunca, míster Grady —respondió el muchacho tímidamente—. A mí no me gusta hacer esto si puedo evitarlo.

—Entonces, ¿por qué vienes a golpear a la puerta? ¿No sabes que me molesta?

—Sí, míster Grady, lo sé y no lo hice porque quisiera molestarle. Lo hice porque yo y Briscoe estábamos limpiando el cercado, dejándolo lindo y limpio, como hacemos siempre que no estamos ocupados haciendo las otras cosas que usted nos dijo que hiciéramos cuando no estamos ocupados barriendo el cercado...

—¿Por eso has venido a molestarme? —inquirió Grady. Adelantándose le dio un golpe en la cabeza con la mano. Beckum, acostumbrado a escurrir el cuerpo, hundió rápidamente la barbilla en el pecho y movió la cabeza diestramente hacia un costado—. ¡Si no estuviera ocupado, te haría ver las estrellas, Beckum!

—Sí, míster Grady —murmuró Beckum—; pero si usted me deja decirle...

—¡Cállate y vete a seguir limpiando el cercado! —dijo Grady con impaciencia.

Dio un portazo y marchó hacia la silla.

—Bueno, ¿y...? —dijo a Lucyanne con displicencia y malhumor.

CAPÍTULO XIII

Mirando aquel día a Grady por vez primera sin amor, Lucyanne se preguntaba por qué se había casado con él. Ahora podía mirar hacia atrás y, contemplando su vida en común, ver claramente que él nunca había demostrado lo que era ser mediante tretas e intimidaciones. Con el tiempo, esas familias morían como árboles viejos, pero mientras tanto, como si la naturaleza se impacientara por la dilación, surgía frecuentemente la violencia y aniquilaba a los miembros restantes de alguna de esas familias. Era principalmente por esa razón por lo que Grady acostumbraba llevar consigo una pistola. Su padre fue muerto por una prostituta de diecinueve años que había traído desde Savannah, y su abuelo también había muerto durante una disputa con el capitán de una barcaza, por la posesión de un tonel de *whisky*. El único tío de Grady por la rama paterna, Duncan Dunbar, había sido asesinado por un conductor de tranvía a quien había encontrado en la habitación de su esposa en un hotel elegante de Atlanta durante la temporada de ópera. Durante largo tiempo Grady había vivido bajo un temor constante, y había confiado en que llevando una pistola podría prolongar su vida.

Lucyanne cerró los ojos por un momento, tratando de lograr que se mitigase el dolor lancinante de su cabeza. Cuando los abrió, el cuarto giraba vertiginosamente alrededor de ella.

—Anoche fui a las cabañas de los negros, Grady, y te vi a ti y..., y a esa muchacha. Fue superior a mis fuerzas. No podía creer que tú hicieras semejante cosa...; aún ahora no alcanzo a comprender cómo has podido hacerlo. —Se detuvo y respiró profundamente. El cuarto había dejado de girar, pero veía turbiamente todos los objetos—. Tenía que irme..., a cualquier parte. No sabía dónde iba..., y tampoco me importaba. Lo único que deseaba era alejarme, alejarme. No sabía adónde iría cuando me alejé de la cabaña. Eché a correr sin pensar en nada más. —Volvió a detenerse. Grady estaba inclinado sobre el respaldo de la silla y la observaba malhumorado. Ella pudo mirarle entonces a los ojos sin sentirse atemorizada—. Por eso me fui anoche, Grady. Tenía que hacerlo. Los Harrison me encontraron en el campo cerca de su casa. Eso es todo.

Grady se irguió lentamente y después se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Su cara estaba roja.

—¿Qué quiere decir eso de que me viste en la cabaña? —preguntó en tono apacible, entrecerrando los párpados casi hasta ocultar sus pupilas por completo.

Ella movió la cabeza en un gesto de asentimiento y le miró con firmeza. Sentía que el aliento le pasaba con rapidez por entre los labios. El dolor de cabeza casi había desaparecido.

—Te vi a ti y a Sallie John.

Advirtió en la cara de él un gesto de desagrado y vio que sus labios pronunciaban una palabra.

—¿Dónde?

—En aquella cabaña.

—Husmeando, ¿no?

Lanzó una breve carcajada, pero la expresión de su rostro no cambió.

—No, Grady, no estaba husmeando.

—¿De qué otra manera más hermosa podrías llamarlo?

—Estaba buscándote, Grady.

—¿Por qué?

Ya no se sintió capaz de seguir mirándole a la cara. Bajó la mirada y trató de fijarla en sus manos.

—Estaba triste y quería verte.

Pese a su determinación de no llorar en un momento como ése, los ojos se le llenaron de lágrimas. Los sollozos comenzaron a agitarle la garganta y no pudo contenerlos.

—Eres la esposa ideal —dijo él, inmutable—. ¿Cuánto tiempo hace que me vienes espiando?

—Anoche fui por vez primera a las cabañas, si es que te refieres a eso, Grady.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tú sabes por qué lo hice, Grady. Tú no ignoras por qué fui allá. —Tuvo que detenerse un momento antes de poder seguir hablando. Grady la observaba fríamente—. No imaginaba que te encontraría... así. Y luego, cuando te vi a ti y... y a esa muchacha juntos en la cabaña..., no pude soportarlo. Nunca soñé que pudiera verte en una intimidad semejante con una muchacha negra. Era como una tremenda pesadilla. —Comenzó a llorar—. Era terrible.

Grady permaneció en silencio durante largo rato. La veía llorando con total indiferencia, con una expresión de inmutable terquedad. Lucyanne aguardaba que él dijera algo que rompiera la tensión, pero permanecía adrede en silencio, como si ese sufrimiento fuera la pena que ella merecía. Transcurrieron varios minutos, durante los que esperó tensamente que Grady hablara.

—¡Demonios! —dijo él finalmente, riendo con indiferencia—. ¿Por eso has armado todo este alboroto? Es algo que no tiene ninguna importancia.

—¿Cómo puedes decir tal cosa, Grady? —gritó ella, moviendo la cabeza con expresión de incredulidad—. ¿Comprendes lo que estás diciendo? ¡No puedes pensar semejante cosa!

Se rió nuevamente.

—¡Demonios! ¿Tenías que ponerte así por una insignificancia como ésa? Lo que ocurre, Lucyanne, es que eres demasiado sensible para esas cosas. No eres un ángel caído del cielo. Sabes cómo es la vida. La mayoría de los blancos de esta región tienen relaciones con muchachas negras. Todo el mundo lo sabe. Tú también lo sabes. No hay ningún mal en ello. No es más que una costumbre de aquí, como muchas otras. Tener perros alrededor de la casa es otra. Hasta ahora nadie salvo tú ha hecho

alharacas por cosas como ésa. Aún tienes mucho que aprender, Lucyanne.

—No, Grady —replicó ella firmemente—; estás equivocado. Nunca llegaré a sentir de otro modo. Eso es algo que tú deberías haber aprendido.

Él rió para sus adentros y se reclinó en la silla. Tenía tal aire de muchacho y su sonrisa era tan seductora, que Lucyanne tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarle.

—Creo que eres una muchacha suficientemente lista como para no tratar de armar un escándalo por una cosa como ésta, Lucyanne. ¡Fíjate lo que has hecho! Todo por nada. Uno de estos días te arrepentirás de haber procedido así. Si dejaras de considerarlo de tal manera, y lo tomaras como yo...

—No, Grady —dijo ella, moviendo la cabeza.

—Bueno, ¿qué hay con que haya estado allí? —preguntó con petulancia.

—¿Por qué lo has hecho, Grady? —exclamó ella ansiosamente—. ¿Cómo has podido hacer tal cosa?

—Lo que se ignora no hace daño. Nunca hubieras sabido nada si no anduvieras husmeando por donde no debías. Tú eres la única culpable, Lucyanne.

—Eso no es una excusa para lo que has hecho, Grady —dijo ella—. Nunca te compartiría a sabiendas con una muchacha negra...

—¡Demonios! No tengo por qué excusarme por ello —dijo alzando la voz con furia—. Nadie va a venir a decirme qué es lo que puedo hacer y qué no puedo. Vivo mi vida tal como me viene en gana. Eso es algo que debes recordar. ¡Obraré como me plazca, y tú te callarás!

Lucyanne inclinó la cabeza sollozando. Se sentía aplastada por el tono autoritario de Grady.

—Bueno —oyó decir ella—, creo que es algo a lo que tendrás que acostumbrarte.

Levantó la cabeza, le miró, le vio sonriendo y no pudo hacer nada más para sofocar los sentimientos que la impulsaban a arrojarle en sus brazos. Deseaba hacerlo. Sentía que en ese momento era lo único que le importaba. Que bastaría con que estuvieran el uno junto al otro, que él la besara y la abrazara para que cesase aquella discusión desagradable. Se acercó a él a lo largo del borde de la cama, impulsada por el irresistible deseo de que acariciara su cuerpo de la forma que lo hacía con Sallie John. Con tal de que la tomara entre sus brazos, no le importaría qué pudiera hacer después. Inclínose hacia delante, expectante, y colocó una mano sobre las rodillas de él.

—Puedes hacerlo, ¿no es verdad, Lucyanne? —dijo él en tono alegre.

—¿Hacer qué? —preguntó ella, conteniendo el aliento.

—Lo que te he dicho. Acostumbrarte a las cosas tal como son aquí.

Ella le miró pero ya no le veía. A quien vio en cambio fue a Sallie John, desnuda y riendo, parada frente a ella en actitud burlona. Cubriose la cara con las manos y se oprimió los ojos con los dedos en un desesperado esfuerzo por borrar aquella imagen; pero a pesar de ello persistía vívida e inolvidable.

—No —replicó con voz quebrada por la emoción.

—Sí que puedes, Lucyanne —dijo Grady con amabilidad—. A la larga no te incomodará más. Mi padre me llevó a las cabañas por vez primera. Él no creía que hubiese ningún mal en ello, y siempre tenía allí a una o dos muchachas negras. Él me acostumbró a eso, y un hábito semejante no puede perderse en una noche. Tiene que irse gradualmente. Cualquiera puede decirte que en una muchacha negra hermosa hay algo que un hombre blanco no puede resistir, y una vez que se tiene la costumbre, ésta no se va. Ésa es la razón por la cual nunca he dormido contigo. Después de dormir con negras durante diez años, uno no se puede acercar a una blanca. Antes hay que perder la costumbre. Espera y verás si no ocurre todo como te digo. Y ahora que estás enterada, verás que no es tan terrible, después de todo, ¿no es cierto?

Ella movió la cabeza gravemente.

—Nunca podría soportar eso, Grady. Puedes hablar todo lo que quieras, pero no lograrás cambiar mis sentimientos.

—Piensa un poco en ello, Lucyanne. Dentro de pocos días estarás de acuerdo conmigo.

—Ahora nada cambiará las cosas, Grady. Nada de lo que digas podrá lograrlo.

—Veremos —dijo él sonriendo—. Todavía eres joven. Ya aprenderás.

Se levantó y avanzó hacia la cama. Ella temía que fuera a tocarla y se echó hacia atrás para ponerse fuera de su alcance. Sintió que las rodillas de él se apoyaban contra sus piernas, y, un momento más tarde, estaba arrodillado a su lado, tratando de alcanzar sus manos. Lo esquivó con un rápido movimiento colocándose en el otro extremo de la cama. Sabía que si Grady la rodeaba con los brazos, cedería sin vacilar.

—¿Qué ocurre, Lucyanne? —preguntó Grady, sorprendido.

—No puedes hacer eso, Grady.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes venir a mi lado después de haber estado con una muchacha negra.

—Hablas como uno de esos blancos miserables y presumidos.

—Su color no tiene nada que ver. Me ocurriría lo mismo si ella fuera blanca.

—Estás tratando de hacerte la difícil —dijo él—. Ya conozco tus tretas.

Moviendo la cabeza, se alejó de él.

—No tiene objeto seguir hablando —dijo Lucyanne resueltamente—. Si cediese ahora, nunca podría perdonármelo.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Eres mi mujer —dijo rápidamente—, y harás todo lo que deseo que hagas. Métete eso en la cabeza, gústete o no, porque así va a ser. Ya estoy harto de esta conversación.

Ella movió la cabeza, pero no dijo nada.

—Ahora escúchame —gritó él—. Quiero que te mantengas alejada de esos miserables Harrison. Verás lo que ocurre si vuelvo a encontrarte con ese Brad

Harrison nuevamente. Quédate en esta casa. No quiero enterarme de que te has marchado de nuevo sin avisarme. Si tratas de hacerlo, te daré una lección que no olvidarás. ¿Comprendes?

—No quiero quedarme aquí, Grady —dijo ella con determinación—. Quiero irme.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Cruzó la habitación y la cogió con rudeza por los brazos. Enfurecido, la sacudió—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que tengo que irme, Grady. No puedo seguir aquí.

—¿Ah, sí...? —dijo retrocediendo y mirándola.

—Sí, Grady.

—Estás diciendo que te vas a ir de mi lado. Me dices eso, ¿no es cierto?

—Sí, Grady.

—Condenada...

Acotole el rostro con la palma de la mano, y la fuerza del golpe la hizo caer de espaldas sobre la cama. Se inclinó para volver a golpearla. La cara de ella ardía y el vértigo se había apoderado de su cabeza.

—¡Lo que ocurre es que no te he dado suficiente de esto! —gritó Grady—. Para que fueras razonable debería haber empezado a golpearte cuando llegamos aquí. ¡Nadie puede hablarme así y quedar sin su merecido!

La cogió por el cuello del camisón obligándola a sentarse. La tela se rasgó, descubriendo sus hombros. Trató de cubrirse, pero Grady le hizo bajar las manos de un manotazo.

—¿Aún quieres seguir diciendo eso? —preguntó él temblándole los labios.

Lucyanne le miró y asintió. Inmediatamente volvió a abofetearla. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—No irás a ninguna parte —dijo él—. Vas a quedarte aquí. Ya me cuidaré yo de que así sea. Si huyes sin que lo sepa, te encontraré y te traeré de nuevo. Y si piensas que estas bofetadas han sido duras, huye y verás lo que te ocurre cuando te encuentre. Ya he escuchado demasiado. Hablas como si no fueras mi mujer. Es mejor que no vuelvas a abrir la boca.

—Así no vas a lograr nada, Grady —dijo ella—. Las amenazas no van a modificar mis pensamientos. Tú no tienes derecho a obligarme a que me quede. Puedes estar golpeándome todo el día, y a pesar de eso no cambiará mi determinación.

Oyose en la puerta un suave golpe. Al principio, Grady lo ignoró, pero como volviera a repetirse varias veces, se dirigió hacia ella.

—¿Quién es? —aulló.

No hubo respuesta, pero pronto comenzaron otra vez los golpes. Grady atravesó la habitación a largos pasos y abrió. Era Beckum nuevamente. Estaba asustado, y cuando vio cómo le miraba Grady, retrocedió hasta la mitad del corredor.

—¿No te he dicho que te mantuvieras lejos de aquí? —dijo Grady—. ¿No oíste

cuanto te dije, Beckum?

Beckum, cuyos dientes castañeteaban por el miedo, asintió con un nervioso movimiento de la cabeza.

—Sí, míster Grady, pero...

—¿Estás tratando de molestarme porque sabes que estoy ocupado? ¿Pretendes eso?

—No, míster Grady, pero...

—Entonces, ¿por qué no te largas lejos de aquí y me dejas en paz?

—Así lo haré, míster Grady, pero quiero que me deje decirle lo que vine a decir antes.

—¡Dilo y vete al infierno!

Beckum tragó saliva. Sus dientes dejaron de castañetear, pero sus rodillas comenzaron a chocar una contra otra.

—Yo y Briscoe estábamos limpiando el cercado, dejándolo lindo y limpio como hacemos siempre que no estamos ocupados haciendo las otras cosas que usted nos dijo...

—Eso ya lo oí antes —gritó Grady con impaciencia—. ¿Por qué vienes a repetirme lo mismo?

—No tengo más que una cosa que decirle, míster Grady, y eso es todo lo que quiero decirle, por favor, míster Grady. Yo y Briscoe...

—¡Sigue, sigue!

—Yo y Briscoe estábamos limpiando el cercado, dejándolo lindo y limpio como hacemos siempre... —Se detuvo y miró a Grady a la cara—. Mientras estábamos haciendo eso vino un gran automóvil con un hombre blanco, que se detuvo frente a la casa. Nos llamó a mí y a Briscoe y nos dijo que quería verlo a usted, por favor, míster Grady. Por eso vine antes a molestarle, y ahora el hombre blanco me mandó volver para decirle que quiere verle. Yo no tengo ninguna culpa de haber tenido que venir a molestarle, por favor, míster Grady; pero el hombre blanco dijo...

—¿Qué quiere?

—No quiso decir nada más que quería verle a usted.

—¿Quién es?

—Dijo que su nombre es míster Skeeter Wilhite.

En el rostro de Grady se pintaron la sorpresa y el disgusto.

—Ese maldito... —dijo deteniéndose y mirando por el corredor hacia la escalera como si esperara ver aparecer por allí a Skeeter. Después volvió a mirar a Beckum—. ¿Cuánto tiempo hace que espera, Beckum? —preguntó con voz serena.

—Desde que vine la primera vez aquí y traté de decirle que estaba, míster Grady. Yo no tengo la culpa, míster Grady. Yo no quería venir a molestar, pero él me dijo que lo hiciera.

—Muy bien —dijo Grady, haciendo un movimiento con la mano para indicar que se marchara—. Vete de aquí ahora.

Beckum corrió por el corredor hacia la escalera, al tiempo que Grady cerraba la puerta lentamente. Después de cerrarla permaneció inmóvil, de espaldas a Lucyanne. Sin pronunciar palabra pasó junto a ella para abrir la ventana y contemplar el gran coche negro de Skeeter Wilhite, que estaba en el camino.

—¿Qué ocurre, Grady? —preguntó Lucyanne, intrigada. Sacudió la cabeza sin responder. No tenía el menor deseo de ver a Skeeter Wilhite, y le encolerizaba encontrar su automóvil detenido frente a la casa. Sabía qué venía buscando. Skeeter había venido a buscar dinero. Hasta entonces, siempre había esperado hasta que él hubiera ido al Banco de Maguffin a hipotecar otra porción de las tierras, pero esta vez Skeeter había ganado dos mil quinientos dólares, y le hizo saber que esa suma era muy superior a la confianza que él podía depositar en un Dunbar. Grady le había prometido conseguir el dinero y llevárselo antes del mediodía. Con lo ocurrido por la mañana se había olvidado, el mediodía había transcurrido y ya eran más de las dos de la tarde.

Grady había estado perdiendo dinero constantemente en la casa de Skeeter durante dos años, y llegaba el momento en que no sólo no podía llevar allí dinero para jugar, sino que, en caso de perder, tampoco podía conseguirlo. Skeeter era un tahúr astuto que comprendía que estaba próximo el momento en que Grady no podría conseguir un solo dólar, y había decidido sacarle todo el dinero posible en el tiempo mínimo. Había logrado reunir una considerable suma en poco más de dos años, con la casa de juego y bar que poseía en los alrededores de Maguffin. Grady mismo había perdido casi cincuenta mil dólares durante ese lapso, y muchos otros hombres del condado habían dejado allí igualmente sumas considerables. Cada vez que le acusaban de que se hacía trampa en su casa, inmediatamente aumentaba Skeeter la suma que pagaba como mensualidad para que lo protegieran. Para estar seguro llevaba una pistola automática en una pistolera que pendía bajo su axila y que estaba cubierta por la chaqueta de su traje de doscientos dólares.

Grady abandonó la ventana y empezó a andar nerviosamente de un lado a otro de la estancia.

Al cabo de un breve momento se detuvo frente a Lucyanne y la miró con expresión de impotencia.

—Lucyanne, no sé qué voy a hacer. Estoy en un aprieto. Tengo que conseguir pronto cierta cantidad de dinero en cualquier parte. —Señaló con la cabeza hacia la ventana—. Skeeter Wilhite está esperando abajo que le pague, y no tengo con qué hacerlo. He tratado de conseguir que esperara unos días, pero ya ha venido a buscarlo. Tengo que hacer algo, Lucyanne. No puedo aplazar el pago. Él no esperará.

Dejose caer pesadamente en la silla con los brazos colgando flojamente.

—¿Tienes algún dinero que me puedas prestar, Lucyanne? Tengo que conseguir dos mil quinientos dólares y no sé cómo hacerlo. El Banco no quiere prestarme más.

—Tú sabes que no poseo dinero, Grady —contestó rápidamente, sintiendo repentina pena por él—. En toda mi vida no he tenido una cantidad tan grande de

dinero.

—¿Qué te parece si telegrafiaráramos a tus parientes de Savannah pidiéndoselo? — preguntó con tono esperanzado.

—No nos lo mandarían, Grady. Aunque tuvieran, no nos lo prestarían. Tú lo sabes. Se imaginarán para qué lo pido.

Grady permaneció sentado durante un rato sin pronunciar palabra, con su mirada inexpresiva clavada en el piso. Cuando por fin se levantó, ella pudo ver cuán hondamente estaba preocupado. Deseó correr junto a él y decir que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudarlo; pero tuvo miedo de acercarse. Silenciosamente, y sin volver a mirarla, abandonó la habitación y lentamente se dirigió por el largo corredor hacia la escalera. Cuando hubo marchado, Lucyanne cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama sollozando.

CAPÍTULO XIV

Sin más aviso que una repentina y violenta ráfaga de viento que sacudió y retorció las gruesas ramas de los rojos robles, rugió un trueno sobre el río, rasgando el cielo negro con las ardientes lenguas del relámpago. El viento hizo retemblar la casona hasta sus cimientos; las viejas vigas crujieron penosamente, y del techo fueron arrancadas astillas de ripia que volaron como pedazos de papel. Durante un cuarto de hora cayó una copiosa lluvia formando una verdadera sábana de agua que empapó la casa hasta que en todos los cuartos aparecieron goteras. Cada vez que llovía fuertemente los sirvientes negros corrían por la casa desparramando toda clase de cacerolas, palanganas y tinajas utilizables para recibir el agua que caía por las goteras.

La tormenta marchose tan súbitamente como había llegado, pero, en la distancia, aún siguió tronando durante un largo rato con los relámpagos rasgando el horizonte. La tierra caliente quedó mojada y echando vapor, y el aire húmedo se saturó del penetrante perfume de las flores de durazno destrozadas por la lluvia. Desde un níspero del campo llegó el lúgubre graznido de un cuervo.

El sol se había puesto durante la tormenta y cuando Lucyanne se levantó para entrar en el cuarto de baño, ya había oscurecido. Metiose en la bañera y dejó que corriera el agua hasta que le llegó a la barbilla. Mientras permanecía allí trataba de no pensar en lo que tendría que hacer o qué sería de ella en el futuro. Temía a Grady y odiaba esa triste casa, pero al mismo tiempo le avergonzaba la idea de regresar a su hogar, junto a su padre y a su madre, y permitir que se enteraran de que su matrimonio había sido un completo fracaso. Serían amables y considerados con ella, evitando hablar del pasado, pero su presencia les recordaría eternamente lo que había ocurrido. Comprendió que tras meditar cuidadosamente en su huida podría alejarse para siempre del lado de Grady y desaparecer en el mundo; pero le disgustaba pensar que llegaría a convertirse en una de tantas muchachas sin hogar que arrastraban una existencia miserable. Sólo cabía otra elección, y era la de permanecer allí para el resto de su vida. En ese caso tendría que sucumbir bajo la voluntad de Grady, así como, antes que ella, habían acabado por sucumbir todas las esposas de la familia bajo la voluntad de los Dunbar.

Oyó que alguien hacía ruido en algún lugar de la casa y apagó la luz para secarse rápidamente. Cuando abrió la puerta y salió, se alarmó al ver que alguien había encendido la luz del dormitorio. Sin embargo, al hallar a mamá Elsie sentada en el sillón, contemplándola en silencio con su mirada de reproche, no se sorprendió. No se le había ocultado que tarde o temprano tendría que afrontar y soportar el inevitable desdén de la madre de Grady, y hasta ese momento había logrado evitar todo pensamiento sobre la prueba.

Mamá Elsie llevaba uno de sus descoloridos y vaporosos vestidos de seda de color de alhucema. Examinó a Lucyanne de pies a cabeza sin pronunciar palabra, con una mirada de desprecio, mientras ésta cogía una bata y se cubría apresuradamente

con ella. Los dedos de mamá Elsie repiqueteaban impacientes sobre los brazos del sillón y Lucyanne sabía por experiencia que ése era signo seguro de un inminente estallido de cólera durante el que la cubriría de insultos. Lucyanne eludió la mirada dura de mamá Elsie tanto como le fue posible.

—¡Bueno! —dijo mamá Elsie finalmente—. ¿Qué estuvo haciendo? ¿En qué forma puede excusar su conducta? ¿No tiene vergüenza?

Lucyanne se ciñó la bata y se sentó en la cama. Mamá Elsie, con los finos labios apretados, la contempló con una mirada de desprecio.

—Estoy completamente escandalizada, pero de ningún modo sorprendida —siguió diciendo—. Debería suponerme que no era posible esperar otra cosa de quien ha venido prácticamente de la calle como usted. No tenía derecho a abusar de las debilidades que como hombre posee Grady, y a utilizar su cuerpo para seducirle a fin de que se casara. Es inútil que lo niegue, porque usted sabe que es verdad. Reconozco perfectamente las tácticas de las rameras cuando las veo actuando ante mí. Nunca ha ocurrido nada tan mortificante en nuestra familia, y ésta es una mancha que jamás podremos borrar. La primera vez que la vi me di cuenta que usted era tal como es. Ha embaucado a mi pobre muchacho inocente para que se casara con usted, porque él es demasiado caballero como para mandarla de nuevo al arroyo junto con las de su clase. Si usted hubiera tenido una pizca de decencia no habría abusado de su consideración de caballero. ¡Pero no! ¡Las de su calaña viven del engaño! Fue un destino cruel el que llevó a mi pobre hijo a Savannah y le puso en su camino. Al padre de él le ocurrió lo mismo en Savannah. Esa ciudad es un enorme burdel donde no hay mujeres decentes..., allí todas son unas rameras desvergonzadas. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—¡No es verdad, mamá Elsie! ¡Yo no he hecho nada de lo cual tenga que avergonzarme!

—¡Nada que pueda avergonzarme!... ¡Que Dios tenga piedad de mí! ¡Supongo que no creerá por un instante que me está engañando con su pretendida inocencia!

—No puedo hacerle cambiar de opinión acerca de mí, mamá Elsie. Pero cuando le digo que no he hecho nada malo debe creerme.

—¡Nada malo!... ¡Grady me lo contó todo!

Lucyanne calló, sabiendo que no había modo de escapar a la ira de mamá Elsie. Era algo que había de soportar inevitablemente.

—Aun cuando usted pretenda haber renunciado a las costumbres de su vida anterior, cosa que no creo en absoluto, no ha demostrado la más mínima consideración ni por mí, ni por nadie, especialmente por mi hijo. Grady ha sido siempre un muchacho correcto, delicado y virtuoso, y es la única persona de la tierra que no merecía semejante vergüenza y humillación. En toda mi vida nunca he sentido tanta pena por él. ¡Escaparse a medianoche para ir vaya a saber Dios dónde y juntarse con ese miserable y despreciable blanco que es Harrison, para hacer una vil y descarada orgía de placer! ¡Se comporta como si hubiera vuelto a su ciudad perversa

para ejercer todo su desvergonzado arte de seducir a los hombres! ¡Cómo puede Grady conservar el respeto de sus arrendatarios cuando su mujer le deshonor a sus espaldas y de noche! En la larga y honorable historia de nuestra familia no se conserva el recuerdo de ninguna otra mujer que haya procedido de una forma tan ultrajante. ¿Qué pensará ahora la gente de nosotros? ¿Qué dirán de mí a mis espaldas? Ya resulta bastante desagradable tener una nuera que no es más que una vulgar prostituta de Savannah, pero lo que resulta insoportable es que usted haga alarde de su conducta inmoral en mi propia cara.

Lucyanne sentía deseos de llorar, pero sabía que había hecho todo lo posible para convencer a mamá Elsie de que en su conducta no había nada malo, y comprendía que en un momento como ése las lágrimas serían consideradas como una prueba de una admisión culpable.

—No sé qué le ha dicho Grady, mamá Elsie —dijo—, pero todo lo que hice anoche fue abandonar la casa y echarme a correr por el campo. No ocurrió nada más. Por favor, créame. Es la pura verdad. Los Harrison me encontraron y me llevaron a su casa. No podía seguir aquí ni un minuto más. No podía quedarme. Tuve que huir. Grady...

—No tengo la menor idea de lo que está usted diciendo, jovencita, pero yo soy la madre de Grady y no le permitiré ni a usted ni a ninguna otra persona que piense que puede volverme en contra de mi propio hijo. Grady es un muchacho excelente, y no voy a consentir que sea censurado a causa de sus pecados. En primer término, nunca quise que Grady se casara, y menos con una de su calaña. Soy perfectamente capaz de cuidar a Grady, y aunque usted viviera cien años aquí, nunca podría llegar a ocupar mi lugar en su corazón. Cualquiera persona que hubiese hecho lo que usted hizo anoche...

—¡Pero fue por culpa de Grady, mamá Elsie! —dijo Lucyanne con resolución—. Si Grady no hubiera...

—¡No! ¡No quiero escuchar ni una palabra acerca de eso! Si ya es malo el hecho de que se escapara y fuera hallada medio desnuda con ese joven Harrison, peor aún es que trate de echarle la culpa a Grady. ¡No! ¡No quiero creer ni una palabra de ello! Puede ahorrarse trabajo si es eso lo que piensa decir. Si Grady me hubiera escuchado, yo no estaría ahora manchada por esta vergüenza, porque le supliqué que no se casara con nadie. Ninguna mujer del mundo puede amarle como yo. El pobre muchacho no ha sabido más que de desgracia e infelicidad desde que usted vino aquí.

—¿Le dijo Grady por qué me fui, mamá Elsie?

—No sé de qué está hablando, jovencita.

—Pero él tiene que haberle dicho algo, porque usted está enterada de que yo me fui de casa.

—Mientras insista en tratar de echarle la culpa a mi hijo de sus desvergonzados pecados, me negaré a escucharla. No me interesa nada de cuanto pueda decirme.

Abriose la puerta y entró Martha llevando una bandeja. Mirando de soslayo a

Lucyanne se dirigió a la mesa y comenzó a disponerla para la comida. Mientras Martha estuvo en la habitación no se pronunció palabra. Cuando terminó se dirigió de puntillas hacia el corredor y al salir cerró la puerta silenciosamente. Cuando se había ido de allí, Lucyanne pensó llamarla y hacer que contara a mamá Elsie lo que había ocurrido la noche anterior en las cabañas, pero desistió temiendo que tal cosa pudiera encolerizar a mamá Elsie.

—Bueno, coma —dijo mamá Elsie con dureza—. Probablemente no lo ha hecho en todo el día.

—No podría comer nada, mamá Elsie —respondió ella meneando la cabeza—. No tengo hambre.

—No va a sacar nada con sentarse ahí y tratar de aparecer como una mártir, porque a mí no me interesa si come o no. Con esa forma de proceder no me conquistará. Usted nunca podrá serme simpática, jovencita.

Por espacio de unos minutos ninguna de las dos mujeres habló. Mamá Elsie la contemplaba con expresión altanera y desdeñosa, pareciendo querer decir que estaba convencida de que Lucyanne era culpable de un horrendo pecado y que no pensaba perdonarla. Comenzó a golpetear monótonamente en el brazo del sillón con los dedos de su mano derecha.

—¡Que Dios tenga piedad de mí! No sé qué va a ser ahora del buen nombre de nuestra familia, después de que ha sido arrastrado por el fango por una intrusa. Me doy cuenta de que después de esto nunca podré volver a andar con la cabeza alta. Sólo pienso en las sonrisas que aparecerán en las caras de la gente como los Harrison cuando se mencione nuestro nombre. Lo que desean con más vehemencia los de esa clase, es poder hacer que descienda una familia como la nuestra hasta su mismo nivel. No sé en qué estaría pensando Grady cuando se casó con usted. Pero sí sé que le engañó para conseguir lo que quería.

—Mamá Elsie —dijo Lucyanne desesperada—, tiene que escucharme y creerme. Esto nunca hubiera ocurrido si no hubiese encontrado a Grady...

—¡Es usted la más perversa criatura que jamás conocí! ¡Todavía insiste en culpar a mi inocente hijo!

—Grady estaba aquella noche en la cabaña de Sallie John.

La anciana quedó aturdida. Se abrió su boca y quedó con la mirada clavada en Lucyanne, sin verla. Al cabo de un rato levantó lentamente las manos para restregar los párpados con sus dedos en un gesto de perplejidad. Su aire altanero se desvaneció por completo y sus mejillas redondas e hinchadas relajáronse, quedando sin vida.

—¿Qué ha dicho, muchacha? —preguntó con voz débil.

Lucyanne repitió lo que había dicho.

—¡Esa negra insignificante! —dijo mamá Elsie—. ¡Esa miserable criada negra! ¡Que Dios tenga piedad de mí! Ya sabía que ella estaba haciendo de las suyas. Las negras que coquetean como ella siempre andan detrás de los blancos más encumbrados que tienen a su alcance. No pasaba día sin que una de ellas engatusara

al padre de Grady. ¡Pero mi pobre muchacha! ¿Está segura de que me dice toda la verdad?

—Sí, mamá Elsie. Puede preguntarle a Martha. Ella lo sabe. Le dirá lo mismo.

—¡Que Dios tenga piedad de mí!

Su voluminoso cuerpo se hundió profundamente en el sillón y en sus ojos se pintó una expresión de agonía.

—Mi pobre, mi pobre muchacho —dijo en voz baja, con voz que reflejaba cansancio y desesperanza—. Tarde o temprano tenía que suceder, porque es una maldición, muchacha. —Toda su soberbia había desaparecido. Ahora era una anciana que sufría. Sus finos labios le temblaban y miraba a Lucyanne con expresión de desamparo—. Es una maldición que pesa sobre los Dunbar, muchacha. Los hombres de la familia siempre se han sentido atraídos por esas muchachas negras como las moscas por la miel. Así ocurrió con el padre de Grady, y no hubo súplicas ni razones que lograran alejarlo de ellas. El abuelo de Grady aún era peor. Llegó a traerlas aquí, a la casa, dos o tres a la vez, y se quedaba encerrado con ellas en su habitación toda la noche. Cuando me casé con el padre de Grady y vine aquí, pasamos juntos la primera noche en ese cuarto que está cruzando el corredor y durante todo el tiempo pude oír los gritos de las negras desnudas que estaban en la habitación del abuelo de Grady. Yo no sabía qué querían decir aquellos gritos, pero no tardé mucho en descubrirlo. Difícilmente podría esperarse que Grady fuese una excepción. Algunos hombres se dedican al alcohol, otros a las muchachas negras. Los Dunbar se dedicaban a las dos cosas. ¡Que Dios tenga piedad de mí! —Estremeciéndose su cuerpo, suspiró profundamente y por sus arrugadas mejillas comenzaron a correr lágrimas. Pronto comenzó a agitarse con unos sollozos que la hacían temblar espasmódicamente, y a lanzar quejidos que se oían en toda la casa. Lucyanne no pudo evitar un sentimiento de compasión por ella; levantóse, se acercó y puso la mano sobre el hombro de la anciana. Mamá Elsie la miró a la cara y después, con repentina furia, apartó de su hombro la mano de Lucyanne.

—¡Ya sé lo que se propone! —gritó, golpeándose el pecho con los puños, como si tratara de hacer desaparecer la angustia de su cuerpo—. ¡Que Dios tenga piedad de mí! ¡Debería haberme dado cuenta! ¡Es otra de sus tretas! Me ha engañado para que le dijera cuanto sé acerca de Grady, y tener así una excusa para abandonarle e irse con ese miserable Harrison. ¡Eso es! ¡Ésa es su intención! ¡Lo sabía! Usted destrozará el corazón de Grady..., lo destrozará. Cuando esté cansada de él le abandonará como hacen las ramera. Entonces buscará un hombre más joven. Mi pobre muchacho no tendrá a nadie que lo cuide cuando yo desaparezca. Estará solo en el mundo. Y pensar que nos ha hecho una cosa así a nosotros... ¡después de que yo la traté como si fuera mi propia hija! ¡No puedo soportar ese pensamiento..., no puedo soportarlo! ¡Me mata! ¡Me roba años de vida! ¡Que Dios tenga piedad de mí!

Se hundió profundamente en el sillón, llevóse las manos a la cabeza y lanzó un gemido ahogado.

Lucyanne se arrodilló junto a ella y trató de consolarla, pero mamá Elsie se alejó y se puso de pie. En esa posición se tambaleó repetidas veces.

—Es el corazón —dijo con voz débil, llevándose las manos al pecho—. Esto es superior a mis fuerzas. Va a ser mi fin. Voy a morir. Algo me dice que voy a morir. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

Sin ayuda se dirigió tambaleándose hacia la puerta. Lucyanne se mantuvo a su lado hasta que llegó al corredor, pero la anciana la apartó de su lado.

—Todo lo que le pido es que se quede hasta que vuelva Grady —dijo con voz suplicante—. Se lo pido con mi último aliento. Por favor, quédese hasta que él vuelva.

—¿Adónde fue? —preguntó Lucyanne sorprendida.

—Fue a la ciudad después de marcharse míster Wilhite. Probablemente tiene importantes negocios que atender en Maguffin —comenzó a gemir nuevamente—. Aunque nunca más haga nada por mí, quédese hasta que vuelva a casa.

Con paso vacilante dirigióse por el corredor hacia su cuarto. Cuando se perdió de vista, Lucyanne cerró la puerta para dejarse caer pesadamente sobre la silla.

CAPÍTULO XV

Alguien estaba en la galería. Tan pronto como Lucyanne oyó el rumor de pasos lentos y firmes que hacían crujir el retorcido piso, se incorporó alarmada. El ruido no se parecía a ninguno de los oídos hasta entonces, y estaba segura de que esta vez no eran Beckum y Briscoe. Púsose de pie; fue hasta el balcón y abrió las puertas. Al principio no pudo distinguir nada en medio de la oscuridad; pero mientras permanecía allí, asustada y sin aliento, la figura de un hombre fue tomando forma lentamente, a medida que avanzaba hacia ella. Lucyanne volvió rápidamente a su habitación.

—¡Lucyanne, está usted muy hermosa! —dijo el hombre, acercándose a ella—. Lucyanne...

—¿Qué está haciendo aquí, Brad? —preguntó atemorizada—. ¡No debió venir!

Con un rápido movimiento la cogió por el brazo y la atrajo hacia la semioscuridad de la galería. Después la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Mientras Brad buscaba sus labios, Lucyanne pudo sentir su cálido aliento en el rostro. Después que la hubo besado se encontró demasiado débil y desamparada como para seguir oponiendo resistencia. La bata se le había deslizado de los hombros y sintió que la acariciaban sus ásperas manos. Repentinamente, a causa de la excitación y el miedo, tuvo un vértigo y se le aflojaron las rodillas. Brad la levantó y la condujo al canapé que había contra la pared. Cuando Lucyanne abrió los ojos, él estaba de rodillas a su lado, rodeando su cintura con los brazos. Trató de apartarlo y él la estrechó más contra sí.

—¿Se siente bien ahora? —preguntó él.

Ella asintió.

—No podía estar lejos de usted, Lucyanne. No he hecho más que pensar en usted todo el día. Tenía que venir a verla.

—Pero nunca debió hacerlo, Brad. Si Grady o mamá Elsie lo encuentran aquí, jamás creerán una palabra de lo que les he dicho.

—Usted dijo que no quería volver. ¿Qué importa lo que piensen ellos?

—No sé, pero importa.

Él se acercó más, apretando su rostro ardiente contra el cuerpo de ella.

Su respiración se aceleró.

—Quiero que venga conmigo, Lucyanne —dijo con voz ronca y nerviosa—. ¿Quiere venir conmigo?

Ella intentó rechazarlo.

—¡No! ¡No puedo hacerlo! ¡No debe decir esas cosas!

—¿Por qué no? —preguntó él—. Anoche usted dijo...

—No sé qué dije anoche. Pero no puedo hacer una cosa así.

—Piensa que no valgo lo suficiente para usted..., ¿no es cierto? —La miró con una débil sonrisa en los labios—. ¿Es ésa la razón?

—¡Naturalmente que no, Brad! —dijo ella rápidamente, colocando su mano sobre

la de él. Temía haberle herido—. A mí eso no me importa lo más mínimo.

—Entonces, ¿por qué no quiere venir conmigo?

—Usted no me conoce, Brad. No sabe qué clase de persona soy.

—Sé que es maravillosa..., y que la amo y la deseo.

—Pero usted no sabe cuál puede ser mi conducta..., o, mejor dicho, cuál era antes de que viniera aquí. Supóngase que le dijera que solía ser... no muy buena. Que era diferente antes de que me casara con Grady y viniera a vivir aquí. ¿Qué pensaría entonces?

—No lo creería.

Ella sonrió.

—Mamá Elsie no quiere creer que yo era buena, y usted no quiere creer que era mala. Me parece que la gente siempre cree lo que le interesa creer.

—No me importa cómo era usted antes. Eso no tiene importancia ahora. Sé que es hermosa, que la amo y que quiero casarme con usted. Eso es lo que interesa.

Lucyanne meneó la cabeza con la mirada perdida en la lejanía. Durante el largo silencio que siguió, Lucyanne se dio cuenta de que él la estaba mirando a la cara y evitó cuidadosamente que su mirada se encontrara con la de él. Finalmente, Brad se levantó para sentarse en el canapé al lado de ella.

—Ya sé por qué es —dijo en voz baja—. Es porque usted vive aquí arriba, en la casa grande, y yo allá, en una casa alquilada. Debí comprender que eso siempre cambia las cosas. Usted teme decirme la verdadera razón. Por eso inventa esa historia de su pasado. Las mujeres nunca apelan a esas cosas cuando tratan de desembarazarse de un hombre, a menos que ello les sirva para ocultar su verdadera razón. Sí, vivo en una casa alquilada. ¿Qué hay con eso? Valgo tanto como usted o como cualquiera de los que viven aquí, en esta casa grande, y usted lo sabe. Si yo viviera en una de estas casas viejas y podridas, haraganease todo el día y pidiera dinero prestado para vivir, se casará conmigo tan rápidamente como lo hizo con Grady. Uno de estos días lo sentirá, porque despertará viendo que ha cometido un gran error. Yo voy a progresar en la vida, y puedo darle más de lo que cualquier hombre le dará nunca, y no será sólo dinero. Si cambia de idea, avíseme.

Comenzó a levantarse, pero Lucyanne lo atrajo hacia sí. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y no podía contener los sollozos que brotaban de su pecho. En silencio y llena de tensión apretó la mano de él con la suya. En las cabañas estaba cantando una de las muchachas negras. Sobreponiéndose al sonido de la guitarra, una voz clara y quejumbrosa flotaba en la húmeda noche. Por primera vez le parecía aquella música confortante y consoladora.

*No importa lo que desees,
yo siempre seré tu plato fuerte...*

Permanecieron sentados largo rato escuchando la canción, que parecía

interminable. Era mucho más de medianoche, y, una por una, las luces de todas las cabañas se habían ido apagando.

—Tiene derecho a pensar lo que quiera, Brad —dijo ella finalmente—, pero es a causa de Grady...

—¿Qué ocurre con él? —preguntó Brad.

—Grady está en un aprieto. No puedo pensar en dejarle ahora.

—Es curioso teniendo en cuenta el trato que le da. —Su tono era amargo—. Ya me ha dado tantas excusas que no puedo creer ninguna de ellas.

—Aún soy su mujer. No puedo abandonarle cuando se halla en dificultades. Yo misma nunca me lo perdonaría.

—¿Qué clase de dificultad? —preguntó él con tono escéptico—. ¿Se escapó Sallie John?

Lucyanne hundió la cara entre las manos y se puso a sollozar. Brad la contempló con un sentimiento de incomodidad e impotencia, tratando de imaginar qué podría decir para remediar el daño que había causado. No bien mencionara a Sallie John, había comprendido cuán cruel y desconsiderado había sido.

—Lo siento, Lucyanne —dijo—. No debí decirle tal cosa.

Después de esto, ella se calmó y apoyó la cabeza en el respaldo del canapé.

—Por favor, no vuelva a decir nunca nada semejante —dijo serenamente—. No puedo soportarlo.

—Nunca volveré a hacerlo, Lucyanne —prometió él.

—Muy bien, Brad —dijo—. Ya pasó. No hablemos más de ello.

—¿En que dificultad se encuentra Grady ahora?

—Dinero. Esta vez debe dos mil quinientos dólares. Tiene que pagarlos y no sabe dónde conseguirlos. No sé qué va a hacer. Es terrible.

—¿A quién se los debe? ¿A Skeeter Wilhite?

Ella asintió.

—¿Cómo lo sabe?

—Es fácil de imaginar. Allí es donde pierde todo su dinero, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—¿Usted va a ayudarlo?

—No tengo dinero.

—Entonces, ¿por qué no hipoteca algunas tierras más?

—Lo hizo la última vez... por última vez. El Banco no quiere conceder más préstamos sobre esta plantación.

—Bueno —dijo él—, parece que Grady se ha metido esta vez en un aprieto serio. Si logra salir de él, será porque es bastante más hábil que todos los otros que han debido a Skeeter Wilhite. No hay nadie más inflexible que Skeeter cuando va en busca de lo que le deben.

Brad se levantó. Contempló a Lucyanne con aire de indecisión durante un momento, y luego echó a andar lentamente hacia la escalera que había al final de la

galería. Lucyanne le siguió con la mirada hasta que casi se perdió de vista, antes de levantarse. Después vio que Brad se detenía y volvíase rápidamente. Ninguno de los dos pronunció una palabra. Pasaron unos instantes y, de pronto, él corrió hacia ella y la tomó entre sus brazos abrazándola con ansia. Por primera vez Lucyanne no intentó resistir cuando la besaba. Después sintió que la levantaba para conducirla a su lecho.

CAPÍTULO XVI

Grady estaba preocupado; más preocupado de lo que estuvo en toda su vida. Esa tarde había llegado a la ciudad cuando ya estaba cerrado el Banco, pero había podido entrar por una puerta lateral para sostener una larga conversación con Howard Philips, el presidente. Howard le había dicho francamente que el Banco no podía prestarle más dinero porque la plantación de los Dunbar se encontraba totalmente hipotecada, y porque él no podía ofrecer ninguna otra garantía. Sin embargo, cuando Grady se disponía a abandonar el Banco, Howard le aconsejó que tratara de conseguir el dinero de sus amigos, y que, si no lo lograba, hiciera todo lo posible para convencer a Skeeter Wilhite a fin de que le concediera un nuevo plazo para el pago de la deuda. No obstante, ambos sabían qué tan imposible de conseguir era lo uno como lo otro.

Después, por la tarde, Grady había conseguido conducir su coche a través de las amplias calles arboladas de Maguffin durante varias horas, yendo velozmente al principio por los barrios residenciales de la ciudad, recorriendo después de un extremo a otro, con lentitud, la calle principal para pasar de tiempo en tiempo frente a la oficina de Correos, frente al edificio del Juzgado y frente a la estatua de Jefferson Davis, y tratando siempre de imaginar algún medio para conseguir los dos mil quinientos dólares antes de la mañana siguiente.

A medianoche había ido finalmente a casa de Skeeter Wilhite, con la esperanza de persuadirle de algún modo para que le concediera más tiempo. Grady no había olvidado que la última advertencia de Skeeter cuando le dejó aquella tarde había sido la de que esperaba que le pagara sin falta esa misma noche.

La casa de Skeeter, que no era conocida por otro nombre que por el de su dueño, pero que podía ser identificada rápidamente por la muestra de un gran jarro de cerveza que colgaba sobre la puerta de entrada, y que estaba exactamente a tres millas del Juzgado, había sido al principio una escuela pública elemental. Cuando las escuelas del distrito fueron reunidas, Skeeter había comprado al condado el edificio de cuatro habitaciones y durante dos años había desarrollado allí sus actividades con gran provecho, pagando el quince por ciento del importe bruto de las entradas en concepto de protección. Nadie podía decir cómo se pagaba el dinero o a quién se le pagaba, porque ése era un detalle que sólo conocían Skeeter y el juez Lovejoy, su abogado, pero no obstante se encontraba muy bien protegido. Otros ambiciosos también habían querido instalar casas de juego, pero habían sido expulsados prontamente por emisarios del *sheriff*, los cuales, revólver en mano, les habían aconsejado que no volvieran por el condado.

El edificio, de inocente apariencia, que primitivamente perteneciera a la escuela, se levantaba en medio de un grupo de altos pinos, a cincuenta yardas de la carretera. Los clientes de Skeeter dejaban sus coches en la cancha de *basket-ball*, en la que aún se veían los postes con los cestos. El pinar siempre había sido, aun cuando estaba allí

la escuela, un paraje muy popular por la noche, y después que oscurecía siempre estaban bajo los pinos dos o tres parejas.

En varias ocasiones durante los dos últimos años, los sacerdotes de Maguffin habían tratado de alejar a Skeeter del condado pronunciando sermones muy severos contra las casas en las que se jugaba y se bebía. Nunca era mencionado el nombre de Skeeter, pero todos los que asistían al servicio sabían que era de él de quien se hablaba, y cada vez que uno de los ministros pronunciaba un sermón contra los juegos de dados, las bebidas, las fiestas en el pinar y las tres criadas que llevaban vestidos de gasa del tamaño de un pañuelo, se producía un aumento inmediato de la clientela de Skeeter, y al domingo siguiente, en la bolsa de la colecta, aparecía un sobre cerrado con una suma de dinero más crecida que las que solían donarse. Cuando uno de los ministros anunciaba por anticipado que trataría en el sermón de este tema, la asistencia se hacía más numerosa de lo usual, y junto a los miembros de la comunidad se veía a los que no formaban parte de ella, que concurrían para oír las descripciones detalladas que se hacían de los modales de las desembarazadas criadas de Skeeter, y de la conducta erótica de las muchachas ebrias en el pinar durante la noche; y todo ello tenía como funesta consecuencia el hecho de que las noches de los domingos en que se pronunciaban esos sermones, el lugar de aparcamiento de la casa de Skeeter estuviera atestado de coches hasta el amanecer. Después, los ministros llevaron sus quejas ante el *sheriff*, pero éste se negó a intervenir, manifestando que no tenía autoridad para entrometerse en los asuntos de un contribuyente, en tanto éstos no fueran delictuosos o atentaran contra la tranquilidad pública. Después acabaron presentándose los ministros ante los comisionados del condado y los acusaron de negligencia en el cumplimiento de su deber por permitir que Skeeter organizara fiestas en el pinar, donde media docena de hombres y muchachas pasaban la noche juntos sobre los cojines de los automóviles, o en lechos de hierba bajo los árboles; pero tampoco pudieron lograr nada con ello.

Cuando Grady llegó al salón de Skeeter, dejó el coche en la cancha de *basket-ball* y entró en el local. En el bar había varios hombres sentados en taburetes. Alguien le invitó a beber un vaso de cerveza, pero Grady rehusó para dirigirse a la habitación contigua. Había un grupo de cinco o seis hombres ante la mesa de juego, y algunos más estaban sentados a otras mesas bebiendo cerveza o *whisky*. Grady fue más allá de la mesa de juego y luego se volvió para contemplar a los que estaban allí. Skeeter no se encontraba entre ellos. Un hombre saludó a Grady y con un movimiento de la mano le invitó a sentarse junto a él, pero Grady se negó marchando a sentarse donde lo hacía habitualmente. Desde ese lugar dominaba toda la habitación y podía ver a los que entraban y salían. Conocía a casi todos los que estaban en el cuarto. Uno se dedicaba a comprar pulpa de madera para una fábrica de papel, otro era un ingeniero encargado por el gobierno de la construcción de carreteras, y el de más allá gerente de la compañía de energía eléctrica de Maguffin. Además de éstos, reconoció a varios empleados del juzgado que estaban apiñados en torno a la mesa de juego. De vez en

cuando alguno de los hombres se volvía y le contemplaba con curiosidad, pero él simulaba no reconocerlos y trataba de ignorarlos.

Hacía casi media hora que se había sentado en su ángulo, cuando, al levantar la vista, vio a Peggy sonriéndole. Peggy, alta y de pelo negro, era la criada que siempre le llevaba el *whisky*. Era delgada, bien formada, de agradable aspecto juvenil, y con su breve vestido negro, ideado más para provocar que para cubrir, resultaba mucho más atractiva que cualquiera de las otras dos criadas. Hacía seis meses que trabajaba en casa de Skeeter, pero nadie había logrado averiguar nada acerca de su pasado. Cada vez que alguno de los parroquianos intentaba disuadirla para que contara algo sobre su vida anterior, ella sonreía y se negaba con un movimiento de cabeza. Las otras dos criadas, ambas de labios delgados, rubias y regordetas, se habían sentido molestas desde el principio por los atractivos de Peggy, y no perdían oportunidad de demostrarle cuánto les desagradaba el hecho de que ella recibiera más atenciones y propinas que ellas dos juntas. Casi todas las noches venía alguien a casa de Skeeter sólo por ver a Peggy, y contemplarla cuando andaba a través de las habitaciones. Su sonrisa vehemente y sus bellas formas acababan, tarde o temprano, por fascinar a todos los hombres que la veían, y la mayoría de ellos, tanto los casados como los solteros, le habían propuesto matrimonio. Peggy se negaba con firmeza a considerar seriamente esas propuestas, pero no podía disimular la complacencia con que recibía tales halagos. Las otras dos muchachas, cada vez más resentidas con la popularidad de Peggy, comenzaron a dar citas a los parroquianos todas las noches después de las horas de trabajo. Pero los hombres continuaban yendo a casa de Skeeter porque Peggy estaba allí.

Varias semanas atrás se había producido un altercado entre Grady y Skeeter. Tuvo lugar cuando Skeeter vio que Grady le daba a Peggy diez dólares. Las tres muchachas recibían propinas y era común que los clientes les diesen uno o dos dólares, pero diez resultaba inusitado. Skeeter se los había arrebatado a Peggy de la mano y los había arrojado a Grady diciendo que dejase de intentar comprar los favores de la muchacha. Grady ya hacía largo tiempo que le daba propinas de cinco y diez dólares y no pensaba dejar de hacerlo mientras tuviese dinero, pero antes de correr el riesgo de sostener una seria disputa con Skeeter, que en esas ocasiones acababa por echarse atrás y llamar a Emory Glover, un fanfarrón de doscientas libras de peso, que aseguraba el orden en la casa, prefirió dar un puntapié a la moneda, enviándola hacia donde estaban las dos criadas rubias y marcharse. Cuando volvió a ver a Peggy, ella le dijo que Skeeter estaba furioso porque se había negado a ser su querida y que sería mejor que no le diese en lo sucesivo más propinas. Después de aquéllo Grady sólo se las daba cuando nadie los veía.

Peggy hizo otro viaje hasta el bar, y cuando hubo atendido los encargos se dirigió a la mesa de Grady. Parose frente a él mirándole interrogadoramente. Al ver que él no respondía se sentó rápidamente a su lado.

—¿Qué te ocurre, Grady? —preguntó con tono amable—. Estás preocupado, ¿no?

¿Por qué?

Él volvió la cabeza y la miró, pero no dijo nada.

—No conseguiste el dinero que debes a Skeeter, ¿no es verdad?

Grady asintió.

—Lo siento mucho, Grady —dijo ella mirándole a la cara—. Ya temía que no pudieras conseguirlo tan pronto. Debería darte más tiempo.

Él asintió, meneando la cabeza lentamente.

—Quisiera poder hacer algo, Grady. ¿Te serían de alguna utilidad doscientos dólares? Son todos mis ahorros. Si los necesitas están a tu disposición, Grady.

—Debo dos mil quinientos, Peggy —dijo meneando la cabeza negativamente.

—Sí, estoy enterada.

Arrojó el cigarrillo a medio consumir al suelo y lo apagó con el pie.

—¿Dónde está Skeeter?

—No sé, Grady.

—¿Estuvo aquí esta noche?

—Se fue hace una hora. Oí que le decía a Emory Glover que volvería pronto. No sé adónde fue.

Sintió que la mano de Peggy se posaba sobre la suya, y dejando caer la cabeza sobre el pecho contempló pensativamente durante largo rato sus brillantes uñas pintadas de rojo.

—¿Skeeter sabía que vendrías esta noche, Grady?

—Sí, lo sabía. —Rió brevemente—. Él me dijo que viniera.

Grady se irguió y comenzó a palparse los bolsillos en busca de cigarrillos. Halló la cajetilla, sacó uno con dedos temblorosos, lo encendió y arrojó la cerilla al suelo.

—Tiene que tener algún punto débil —dijo, en parte hablando para sí y en parte para Peggy, pese a que no la miraba—. Tiene que tener algo que se parezca a un corazón..., es preciso que lo tenga. No podría vivir y respirar si no tuviera algo parecido a un corazón... Pero estoy seguro de que si le clavaras un alfiler en él, no lo sentiría. Sí, debe de tener un corazón tan duro que el alfiler se doblaría antes de clavarse.

—Quizá yo pudiera ayudarte, Grady.

—¿Cómo?

—Él quiere que sea su... su amante. Está tratando de convencerme desde que vine a trabajar aquí. Por esa razón no quiere que acepte más de un dólar de propina de nadie. Le disgusta que alguno pueda tener derechos sobre mí. Si le dijera que he cambiado de idea...

—¡Estás loca! —exclamó él—. ¿Por quién me tomas? De ninguna manera permitiría que te vendieras así. Estaré muy corrompido, pero aún no he llegado a tal extremo.

—Pero, Grady, a mí no me importaría con tal de poder hacer algo por ti. Prefiero eso antes que Skeeter pueda hacerte algún daño. Tú lo conoces. No le detendrá nada.

Ya te ha dicho qué va a hacer si no le pagas. ¿No te das cuenta, Grady? Déjame...

Rechazó la sugerencia con un impaciente movimiento de la mano.

—¡No!

—¡Por favor, Grady! —suplicó ella—. Iré a ver a Skeeter y... y le hablaré. Le diré que lo he pensado y que he cambiado de opinión y quiero ser su querida. Cuando él me haya aceptado le diré que me gustará mucho más si es razonable y te da el tiempo suficiente para que puedas conseguir el dinero que le debes. Me lo concederé. Sé que puedo conseguirlo. ¿No estaría así todo bien, Grady?

—Olvídate de eso, Peggy —repuso él—. No puedo admitir que hagas tal cosa. Toma. —Buscó en su bolsillo y sacó un arrugado billete de cinco dólares. Después de estirarlo y alisarlo cuidadosamente sobre la mesa húmeda, se lo tendió—. Guárdate un par de dólares y trata de hacer rendir lo más que puedas lo restante para mí. Voy a beber unas copas ahora mismo. —La miró sonriendo—. Y cuida de que no se vuelquen mientras las traes.

—Pero, Grady, yo no quiero nada... no quiero nada ahora.

—Si no aceptas los dos dólares, no quiero saber nada más contigo.

Ella recogió el billete y lo dejó caer sobre su bandeja. Después se levantó, sonriendo y meneando la cabeza.

—Muy bien, Grady —dijo—. A nadie obedezco en el mundo como a ti. Serías capaz de obligarme a hacer cualquier cosa.

Se marchó y volvió a los pocos minutos con dos vasos de *whisky* y una jarra con agua en la bandeja. Colocó los vasos en fila sobre la mesa y se sentó. Grady apuró el contenido de un vaso e inmediatamente el del otro. Cuando se volvió para mirarle, vio que Grady la contemplaba con aire pensativo.

—¿Qué te ocurre, Grady? —inquirió.

—Estaba pensando en ti, Peggy —repuso él seriamente.

—¿Qué pensabas?

—Que vas a ser una esposa maravillosa, Peggy. Una esposa verdaderamente sorprendente. Puedo asegurártelo. Pero temo que no encuentres al hombre que mereces, como le ocurrió a mi mujer. A las mejores muchachas les ocurre siempre eso. Se dejan engañar. No sé por qué. Yo engañé a mi mujer, y ella no se lo merecía. Ella es maravillosa como tú... las dos sois maravillosas. Yo soy un perro sarnoso. Deberían matarme.

—Hay cosas que son irremediables, Grady. Todos tenemos que correr ese albur.

—Cierto. Pero ¿por qué las muchachas como tú y como mi esposa corren el albur con hombres como yo? Se equivocan. Yo no soy bueno. Todo el mundo lo sabe.

—Yo sé por qué se casó ella contigo, Grady. Porque te ama. Yo hubiera hecho lo mismo si hubiera estado en el puesto de ella. Es muy fácil amarte, Grady. Demasiado fácil. Eso es lo malo. Ya lo sé.

—Si alguien nos oyera hablar así, pensaría que estoy tratando de convencerte para que te cases conmigo... o que eres tú la que intenta hacerlo. —La contempló con

expresión atenta. Peggy bajó la cabeza para evitar que sus miradas se encontrasen. Él levantó su cabeza. Peggy estaba un poco confundida y le sonrió—. No sé qué hacer ahora —dijo él con indecisión.

Permanecieron en silencio durante largo rato. Después, Grady le cogió la mano y se la apretó.

—¿Qué piensas acerca de eso, Peggy? —preguntó en voz baja—. Peggy...

Ella meneó la cabeza lentamente, volviendo a bajar la mirada.

—No —dijo con suavidad—. No podría, Grady. No podría hacerlo.

Con un violento movimiento de la mano Grady hizo a un lado los vasos vacíos. Tenía el rostro completamente congestionado.

—No te casas conmigo porque soy Grady Dunbar —dijo, amenazador—. Es por eso. Has escuchado todo lo que dicen acerca de mí. Ésa es la razón.

—Por favor, Grady, no hables así. Me gustas mucho, pero no creo...

—¡No tienes por qué dar explicaciones! —exclamó él—. Yo sé lo que estás pensando. Piensas que te voy a engañar como hice con mi mujer. No quieres correr el riesgo con Grady Dunbar. Has oído demasiado acerca de él.

Cuando la miró, ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Grady aspiró profundamente y se hundió en la silla.

—Me agradas mucho, Grady..., más de lo que te imaginas. De ningún modo quiero herirte, pero...

—Está bien, quizá tengas razón, Peggy. —Se detuvo y sonrió—. Por mucho que hable nunca me corregiré. Me alegra que seas lo suficientemente lista como para darte cuenta de ello. Gracias a eso te ahorras unos cuantos dolores de cabeza.

—Grady —dijo ella con tono implorante—, por favor, vuelve junto a tu mujer mientras puedes hacerlo. Todavía no es tarde. Serás bastante feliz si lo haces. Sé que lo serás. Es el único camino por el que puedes llegar a ser feliz. Si vuelves al lado de ella y le dices que lamentas todo cuanto ha ocurrido hasta ahora, te perdonará. Todo lo que tienes que hacer es convencerla de que dices la verdad, y si ella te ama no querrá que os separéis. Si estuviera en su lugar y hubiese descubierto las cosas que has hecho, como le ocurre a ella, yo abrigaría ahora los mismos sentimientos, pero no querría que nos separáramos. Te perdonaría, Grady. Y ella también lo hará.

—No sé —respondió él con tono de duda—. Me parece que ya no hay nada que hacer. Está decidida a dejarme.

—Pero si le dices que la amas y que no quieres que se vaya, cambiará de idea, Grady.

—Suenan muy bien eso que dices, Peggy, pero sería inútil. Tú no sabes bastante acerca de mí. Pero mi esposa sí lo sabe. Sabe que pertenezco a una aristocracia decadente. Que soy el último de una aristocracia que, sea como sea, tiene que desaparecer. Estamos completamente agotados. Todo el mundo lo sabe. Cuando paso frente a la puerta del Banco, el presidente cierra la puerta de golpe. No podría conseguir cien dólares aunque mi vida dependiera de ello. Hasta mi primo, Ben

Baxter, a pesar de que es considerado sólo a medias un Dunbar, tiene que trabajar como abogado. Gana unos dólares de vez en cuando diciendo a los negros cómo tienen que hacer para poder hipotecar sus muebles por veinticinco dólares. A tal punto hemos llegado. Los Dunbar no tienen futuro.

Peggy levantóse repentinamente y él la miró con aire interrogativo. Ella comenzó a recoger con rapidez los vasos vacíos y los colocó sobre la bandeja. Grady no advirtió la causa de sus súbitos movimientos hasta que ella se apartó de la mesa y entonces le permitió ver a Skeeter, que se hallaba parado en el umbral de la puerta que separaba ambas habitaciones. Skeeter contemplaba a ambos con mirada fría y penetrante.

—Tengo que marcharme, Grady —susurró ella. Después se volvió con rapidez y se alejó.

Cuando llegó a la puerta, Skeeter aún estaba allí y ella tuvo que detenerse. La hizo esperar unos instantes antes de hacerse a un lado y permitir que continuara su marcha en dirección al bar. Cuando Peggy pasó junto a él no le dijo nada.

Skeeter se hizo esperar. Paseó en torno a la mesa de juego lanzando unas rápidas miradas de inspección. Mantúvose vigilante durante varios minutos y luego miró a Emory Glover. Emory movió la cabeza en señal de asentimiento, para indicarle que el juego marchaba como era debido. Cuando se apartó de la mesa, paseó la mirada por todo el salón, observando a los parroquianos.

Transcurrieron diez minutos desde que apareciera en la puerta, hasta el momento en que se dirigió al rincón donde Grady le esperaba. Cuando se sentó a la mesa, frente a Grady, no le miró directamente a los ojos, y ninguno de los dos pronunció palabra. Las dos criadas rubias se apresuraron a acercarse a la mesa. Skeeter hizo un breve gesto con la cabeza señalando a Grady, y las dos muchachas se alejaron. Volvieron casi inmediatamente con dos vasos con *whisky* y una jarra de agua para Grady. Éste bebió inmediatamente el contenido de uno de ellos, dejó el vaso vacío y cogió el otro.

—Veo que ha sido puntual —dijo Skeeter con indiferencia—. Debe de ser buena señal.

Grady no respondió, pero sus hombros se sacudieron ligeramente. Continuó haciendo girar en su mano el vaso con *whisky*.

—Tenía que atender esta noche un pequeño asunto en la ciudad —dijo Skeeter echando una mirada vigilante por la estancia—. Si no hubiera sido por eso hubiera estado aquí toda la noche.

Grady acercó el vaso a sus labios y bebió el *whisky* de un trago. Cuando lo depositó sobre la mesa, le temblaban las manos.

—Estoy muy mal, Skeeter —dijo nerviosamente—. Honestamente, lo estoy. No he podido conseguir el dinero, a pesar de que lo he intentado todo para poder obtenerlo. No he podido, Skeeter.

Skeeter no respondió. Hubo un largo silencio. Las manos de Grady temblaban

sobre la mesa. Apretó los dedos contra el vaso, en un esfuerzo por contener el temblor.

—Usted no sabe lo que es eso, Skeeter —dijo con tono desesperado—. Cuando no se puede conseguir dinero, no hay nada que hacer.

—Ah, ¿sí? —dijo Skeeter levantando el tono al pronunciar la última palabra, que sonó burlona e irónica.

—He hecho cuanto pude, Skeeter. El Banco no me quiere prestar porque ya no queda nada que hipotecar en mi propiedad. No sé a qué otra parte recurrir. Mis parientes están arruinados y no tienen un centavo.

—¿Qué haría usted si en lugar de perder los dos mil quinientos dólares, me los hubiera ganado a mí?

—Reconozco que querría que me pagase.

—¡Claro que querría! ¿Y qué haría si no le pagara?

—No sé, Skeeter. Pero supongo que de cualquier manera querría cobrar.

—¡Naturalmente! Y me haría sudar para conseguirlo, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Bueno, eso es precisamente lo que quiero que haga hasta mañana al mediodía. Son doce horas, y son las últimas doce horas que tiene para hacerlo. Ahora márchese y sude hasta obtener el dinero, o haga cualquier otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—¿Qué cree usted? No me importa que haga lo que quiera para conseguir el dinero, con tal de que me pague. —Encogiose de hombros haciendo un gesto de indiferencia—. Robe un Banco. Asalte a alguien. Mande a su mujer a conseguirlo. A mí no me interesa mientras pueda pagarme lo que me pertenece.

Grady se puso en pie. Las piernas le temblaban.

—Muy bien, Skeeter —dijo con voz ronca—. Haré algo. Iré a ver nuevamente a Ben Baxter.

Cuando se volvió para marcharse, observó que Skeeter movía la cabeza expresivamente, y al pasar por el bar no vio a Peggy. Al abandonar el cuarto lleno de humo de tabaco sintió el aire fresco de la noche, y se preguntó si Peggy habría evitado expresamente encontrarse con él.

CAPÍTULO XVII

Eran poco más de las ocho cuando Ben Baxter, que había sido sacado de la cama por Grady a las cinco de la mañana, cruzó el césped de la plaza, todavía húmeda por el rocío, penetró en el edificio cuadrado de ladrillos rojos, con sus altas columnas blancas y subiendo por la escalera hasta el segundo piso, marchó de prisa hasta el final del corredor, donde se detuvo un momento para reflexionar antes de abrir la puerta sobre la cual estaba pintado el rótulo: *Cámara Judicial*.

Mientras Ben estaba detenido frente a la puerta, con la mano puesta sobre la manija, pasaron escribientes y taquígrafos que lo saludaron, pero él estaba demasiado preocupado como para oírlos y contestar. No se había afeitado, y en su magro rostro pintábase la determinación.

Cuando por fin penetró en el cuarto y cerró la puerta silenciosamente detrás de él, se encontró con que dos *sheriffs*, Mack Poindexter y Stub Pettigrew, y el juez en lo criminal del condado, Olin Tharp, estaban sentados en torno a la gran mesa redonda con el juez Lovejoy. El cuarto cerrado estaba lleno de humo y se sentía un penetrante olor a tabaco. Los postigos de las ventanas no habían sido abiertos y la bombilla eléctrica, que pendía sobre la mesa, aún estaba encendida. El portero negro, Lamar, barría con una escoba colillas de cigarrillos y cigarros. Cuando Ben entró, dejó de barrer y se inclinó profundamente.

—Buenos días, míster Ben —dijo amablemente, mientras sostenía con una mano la escoba y apoyaba la otra en el manto de la chimenea—. Es una bonita mañana, ¿no es cierto, míster Ben?

—Buenos días, Lamar —respondió Ben, asintiendo con un breve gesto.

—¡Ah, míster Ben! —dijo el negro rápidamente—. Hace días que quiero hablarle acerca de una cosa. Pienso que si usted va a pescar a Big Sandy, yo podría ir a hacerle compañía y pescar también un poco. Dicen que las gatas pican mucho en esta época. ¿Cree que podré ir con usted, míster Ben, y ayudarle a pescar?

—La próxima vez que vaya te avisaré, Lamar —replicó Ben.

—Gracias, míster Ben —dijo el negro, inclinándose nuevamente.

Ben acercó una silla a la mesa y se sentó detrás del juez Lovejoy, inclinándose hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas.

El juez Lovejoy era un hombre de unos ochenta años, de rostro agradable y cabellos blancos, que siempre iba impecablemente vestido con pantalones grises a rayas y chaqueta negra de paño fino con vivo de *grosgrain*. Tenía un metro setenta de estatura; estaba bien conservado para su edad, y las largas patillas blancas le llegaban casi a la barbilla. Siempre estaba erguido con tiesura y pestañeaba constantemente. Durante casi un cuarto de siglo había actuado como juez del distrito, pero durante los últimos diez años, desde que se había retirado de los tribunales, se había dedicado al ejercicio privado de la abogacía, y con su palabra convincente y su voluntad de hierro se había convertido en el caudillo absoluto del condado. Durante ese tiempo nadie

había ocupado un empleo público sin su aprobación, y ningún candidato que no contara con su buena voluntad había logrado triunfar en las elecciones. De vez en cuando los desplazados hacían manifestaciones de insatisfacción, y a veces amenazaban con acciones más graves; pero el juez Lovejoy, con sus modales serenos, tomaba siempre las medidas necesarias para asegurar su estabilidad. Era soltero, y durante los últimos cuarenta años había ocupado un cuarto en el Hotel de Maguffin. A juzgar por lo que todos sabían, carecía de familia. En su juventud había ido a pie hasta Maguffin desde la región montañosa del norte del condado. Se decía que había hecho poner en un marco el primer dólar que había ganado como abogado; que lo había colgado en una pared del dormitorio, y que su fortuna ascendía en la actualidad a doscientos o trescientos mil dólares.

—Si levantas dos cajas, Tharp —dijo el juez Lovejoy en tono sereno, con su perenne sonrisa amable—, podré decir en lo sucesivo que una vez me ha honrado usted aceptando mi apuesta.

Olin Tharp torció la boca, arrugó la frente y tocó con los dedos la pequeña pila de fichas blancas que tenía ante sí en la mesa. Olin siempre fastidiaba al juez con sus vacilaciones, que se producían inevitablemente, fuese la apuesta pequeña o grande.

—Demonios, Olin —dijo Stub Pettigrew en tono despectivo—, no tiene nada. Si yo estuviera en tu puesto no me dejaría asustar por el juez. No es más que un toro viejo tratando de convencer a las vacas de que aún es joven. La última vez que le vi sólo tenía un miserable par de doses. No le temas. Acéptale las dos cajas, Olin.

Olin miró al juez Lovejoy y se rascó la cabeza pensativamente.

—Es mucho arriesgar por un pozo tan chico —dijo Olin, con los naipes a la altura de la barbilla y sin mirarlos—. Y si hubieras observado como yo su modo de jugar, verías que a veces tiene juego y a veces no, y que cuando no lo tiene, no miente.

—Por Dios Todopoderoso, Olin —dijo Mack Poindexter, torciendo la cabeza hacia un costado para escupir jugo de tabaco en dirección a la salivadera—, ¿no ves que está ahí sobre un estrado para engañarte y hacer que te vayas? ¿Qué importa si pierdes veinticinco centavos esta vez? Todo lo que tendrás que hacer es marchar a tu casa, pedirle otro dólar a tu mujer y volver otra vez a jugar.

Las manos de Olin temblaban. De la frente le brotaban pequeñas gotas de sudor. El juez Lovejoy aguardaba pacientemente, con la serena resolución que había adquirido en su larga vida, y sonreía bondadoso al observar la turbación de Olin.

Nate Snoddy, uno de los comisionados de vialidad del condado, entró y se sentó. Comenzó a barajar los descartes mientras Olin trataba de tomar una decisión. Nadie habló a Nate y, como de costumbre, él tampoco les dirigió la palabra. Se suponía que los que llegaban a jugar, se habían marchado antes para dormir o comer. Hacía varios años que se jugaba al póker sin interrupción, y prácticamente todos los abogados y empleados públicos de la ciudad se sentaban a la mesa a jugar durante un rato en algún momento del día o de la noche.

—¡Diablos! Creo que esta vez voy a correr el riesgo —anunció Olin, moviendo la

cabeza para hacer un gesto de decisión. Colocó cuidadosamente cinco fichas blancas en el centro de la mesa y añadió—: Lo veré, juez.

—¡Maldición! —exclamó Stub Pettigrew con disgusto—. ¿Por qué demonios no has subido la apuesta, Olin? Si lo hubieses hecho, como él no tiene juego quizá se hubiera marchado y tú habrías ganado. No vas a ir lejos si te concretas a aceptar las apuestas del juez. ¡Nunca aprenderás nada!

—¿Estamos, caballeros? —preguntó el juez sonriendo.

—Sí, estamos —dijo Mack Poindexter—. ¡Muestre sus naipes, bastardo!

El juez Lovejoy colocó sus naipes sobre la mesa, mostrando cuatro doses. Con una radiante sonrisa contempló las caras de los que estaban sentados en torno a la mesa. Stub Pettigrew lanzó un prolongado quejido.

Olin, con la boca abierta, se inclinó sobre la mesa para contar los doses uno por uno. Su rostro se contrajo en una expresión de desdicha.

—¡Soy un hijo de p... de Atlanta, si no tiene póker! —dijo Mack Poindexter aterrado.

Olin dio vuelta a sus naipes y los empujó hacia el extremo donde estaba Nate. El juez Lovejoy, con su inmutable sonrisa, recogió sus ganancias. Después comenzó a apilar cuidadosamente sus fichas frente a sí.

—Estoy harto de prestar atención a consejos como los que se dan por aquí —dijo Olin con expresión disgustada. Se levantó y guardó las pocas fichas que le quedaban en los bolsillos de sus pantalones—. Espero que cuando regrese no volveré a hallar a ningún *sheriff* haraganeando por aquí. Deberían estar persiguiendo a los delincuentes. Para eso les pagan. Los contribuyentes tienen derecho a que se haga algo por ellos con todo el dinero que pagan. Pero uno de estos días la gente va a terminar con esta situación.

Nadie pronunció palabra mientras Olin se marchaba, pero tan pronto cerró la puerta, Mack y Stub estallaron en grandes carcajadas. El juez Lovejoy siguió sonriendo benévolaemente.

Ben Baxter esperó hasta que cortaron la baraja y comenzó a darse una nueva mano. Después se inclinó hacia delante, acercándose al juez Lovejoy.

—Juez, quisiera hablar con usted un minuto —dijo en voz baja—. Es una cosa importante.

—¿De qué se trata, hijo? —preguntó con su tono de voz habitual.

—Es acerca de Grady Dunbar.

—¿Qué le ocurre a Grady?

—De eso quisiera hablarle, juez —dijo Ben, siempre en voz baja—. Si saliera al corredor conmigo unos minutos...

—Pero, hijo, no es necesario que hagamos eso. Usted lo sabe. Todo lo que se dice en este cuarto es absolutamente confidencial y nosotros lo respetamos. Dígame ahora qué le ocurre, hijo.

Ben lanzó una mirada a los hombres que estaban en torno a la mesa, al mismo

tiempo que acercaba más su silla a la del juez.

—Grady vino a mi casa a las cinco de la mañana, juez —dijo en voz que apenas era más que un susurro—. Se halla otra vez necesitado de dinero. Trató de que el Banco se lo prestara, pero las tierras que tiene ya están hipotecadas hasta el último dólar de su valor. Las mulas y los tractores también están hipotecados. Lo único que queda que le pertenezca realmente es la casa, y nadie en el condado quiere correr el riesgo de tener que iniciar un juicio hipotecario mientras viva la madre de Grady. Si se viera obligada a abandonar la casa, sólo podría ir a un asilo.

—¿Cuánto debe Grady Dunbar esta vez, hijo? —preguntó el juez Lovejoy, sosteniendo cuidadosamente los naipes en su mano.

—Dos mil quinientos.

Los demás hombres escuchaban con atención. De vez en cuando se miraban y hacían señales de asentimiento, confirmando cuanto oían. Nate Snoddy, que estaba sentado al lado del juez, tocó a éste con el codo.

—Hay que poner diez centavos para jugar, juez —dijo Nate.

El juez puso una ficha roja en el pozo.

—Grady Dunbar puede quedarse arruinado como un negro en la mañana del domingo —dijo Mack Poindexter, haciendo un gesto significativo con la cabeza a Stub y a Nate—, pero siempre le quedará algo: una mujer maravillosa. Es realmente encantadora. Lo sé porque la he visto un par de veces. ¡Dios Todopoderoso!, si tuviera una mujer así abandonaría este trabajo y me quedaría en casa cortando leña o criando conejos para vivir. ¡Qué hermoso sería levantarse por la mañana!

—Mis dos sotas valen diez centavos —dijo el juez.

Colocó dos fichas blancas en el pozo y se reclinó cómodamente en la silla.

—Lo veo con mis dos reyes, juez —dijo Nate.

Todos los demás se abstuvieron. Ben observaba el rostro del juez Lovejoy, esperando otra oportunidad para hablarle.

—Yo haría lo mismo que tú, hermano —dijo Stub mirando a Mack Poindexter—, pero lo que me gustaría saber es qué demonios ocurre entre los Dunbar. Todo el mundo sabe que Grady anda siempre con negras, tanto en su casa como aquí en la ciudad. ¿Qué hace ella mientras tanto? Si le cierras la puerta del campo de pastoreo a una mujer hermosa como ella, pronto aparecerá alguien que salte el vallado. Y ni siquiera digo que sea probable que alguien lo haga. Ya he visto cosas como ésa otras veces, y ahora no quiero tomarme el trabajo de ponerlo en duda. Esos tontos que se casan con mujeres hermosas, y que se marchan por ahí y cuando están satisfechos vuelven creyendo que van a encontrarlo todo tal como lo dejaron, no tardan mucho en llevarse una gran sorpresa. Uno se puede burlar de muchas cosas en este mundo, pero la naturaleza humana no puede contarse entre ellas.

Nate ganó el pozo con sus dos reyes, y Mack comenzó a barajar los naipes para dar una nueva mano.

—Me disgusta ver a Grady en un enredo semejante, juez —dijo Ben con cierto

embarazo—. He hecho todo lo posible para que se moderase, pero usted sabe cuán testarudo e imprudente es. Pero pese a que lo he prevenido muchas veces, siento que mientras su madre viva debo prestarle ayuda. Sería una verdadera pena que su mujer y su madre tuvieran que abandonar la casa, porque no tienen ningún otro lugar adonde ir. Dos mujeres inocentes no merecen que se las haga sufrir innecesariamente. Eso es lo que me preocupa en todo este asunto, juez.

—Hijo, ¿cuánto tiempo hace que está usted ejerciendo la abogacía? —preguntó el juez Lovejoy, volviéndose y mirando a Ben.

—Más o menos cinco años, juez —replicó Ben—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque todavía tiene muchas cosas que aprender en su profesión, hijo. Los esfuerzos humanitarios son muy encomiables en todo aquel que pueda llevarlos a cabo, pero no tienen nada que ver con la abogacía. Lo mismo puede decirse de los vínculos de familia. Quizá estas palabras sean duras, pero para vivir en este mundo tendrá que aprender a ser realista con las cosas reales. Ahora, cuando esté dispuesto a discutir el aspecto legal de este asunto, lo escucharé encantado. —Se inclinó y puso dos fichas en el pozo—. Diez centavos, Snoddy —dijo con voz profunda.

—Duro con él, Nate —dijo Mack—. El bastardo ha estado toreando toda la mañana como si él fuera el único que tiene cuernos. Es hora de que alguien le limpie hasta el último centavo que tiene. Vamos, Nate. No te dejes asustar por él.

—¿Tú te quedas, Mack? —preguntó Nate con voz temblorosa.

—¿Cómo podría quedarme con los naipes que tú me das? —respondió Mack, al mismo tiempo que arrojaba sus naipes sobre la mesa—. Pero tú te quedas, ¿no es cierto, Stub?

—Quizá —replicó el interrogado—. Pero si lo hago será porque no tengo ninguna otra cosa que hacer.

—Snoddy, ¿no ha llegado aún a tomar su decisión acostumbradamente tardía? —preguntó el juez con tono cortés.

—No sé —respondió Nate, meneando la cabeza—. No me gusta hacer esto tan temprano.

—¡Diablos! Hablas como mi mujer, Nate —dijo Mack—. Muestra tu hombría si quieres seguir jugando.

Sam Weathersbee, el tasador de contribuciones del condado, entró y acercó una silla a la mesa. Le dio una palmadita en la mejilla a Stub, que hizo que a éste se le inclinara el sombrero sobre un ojo.

—¿Qué me aconsejas, Mack? —preguntó con voz indiferente.

—¿Qué harías si te lo dijera, Sam?

—Podría no jugar, Mack. Puede ser que eso resulte provechoso para alguno de los muchachos, como decía el otro.

—La suerte ya ha andado por todas partes varias veces, ¡y mira el desbarajuste que ha hecho!

—Sólo hace desbarajustes cuando no se la trata bien. Hay que saber cómo se la

trata, como decía el otro.

—Cómo y cuándo, de vez en cuando —comentó Mack en tono de zumba, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no se callan, muchachos? —dijo Stub—. ¿No ven que estos dos picapleitos están deliberando para ver a cuál de sus clientes van a colgar?

Nate Snoddy, el comisionado de vialidad, perdió y levantándose se marchó.

—¿Qué asunto están tratando los grandes abogados tan temprano? —preguntó Sam Weathersbee, señalando a Ben y al juez Lovejoy.

—El de Grady Dunbar —respondióle Mack—. Grady perdió otra vez. Ben está tratando de sacarlo del enredo. Sin embargo, el juez es un miserable hijo de p... y quiere hacerle cortar la nariz a Grady, o algo parecido.

—Grady ha perdido nuevamente, ¿no? —comentó Sam—. Ese Grady Dunbar es un loco. Es capaz de apostar cien dólares a un naipe como solía hacerlo su abuelo. Hace dos semanas le vi perder ochocientos dólares en casa de Skeeter, jugando a color. Parece que su mujer no se preocupa por hacerle dejar el juego.

—¿Crees acaso que la mujer de Grady Dunbar podría hacerle abandonar alguna cosa a él? —preguntó Stub—. ¡Cristo!, si ni siquiera le es posible hacerle empezar nada.

—¡En nombre de Dios!, ¿no puede ella resistirse a dormir con él? —dijo Sam—. Mi condenada mujer me lo hacía constantemente.

—No sabes nada de nada, Sam —dijo Stub—. Es él quien se resiste a dormir con ella. Ahora anota eso en tus libros de imposición de contribuciones.

—¡Estás bromeando! No me dirás que él desprecia a esa hermosa...

—No estoy hablando de Mabel.

Sam contempló a todos los que estaban en torno a la mesa. Tenía la cara resplandeciente, y los ojos le echaban chispas.

—¡Bueno! ¿Qué me dicen? —exclamó—. ¡En nombre de Dios! ¡Qué festín va a haber para algún ambicioso, como dijo el otro! Creo que lo primero que voy a hacer la semana que viene es un viaje por esa zona. Hace dos años que un granjero que vive por allí me está molestando para que vaya a asignarle una contribución más baja que la pagada, pero hasta ahora nunca me quise molestar. Me alegro de haberme acordado de él. La semana que viene voy a ir a escarbar un poco por los alrededores, como decía el otro. Nada malo puede ocurrir, y en cambio puede salir algo bueno.

Stub y Mack se miraron, asintiendo al mismo tiempo. Después de esto, Mack meneó la cabeza haciendo un gesto de tristeza.

—Siempre ocurre lo mismo, ¿no es cierto, Mack? —dijo Stub.

—No tengo noticias de que alguna vez haya sido diferente —asintió Mack—. Dices que hay un buen bocado cerca, y antes de que hayas podido ponerte en movimiento ya todos los gatos de la ciudad están allí. De ahora en adelante voy a guardarme lo que sepa, y la próxima vez que encuentre algo, me lo comeré primero y hablaré después. Es lo mejor que se puede hacer en esta ciudad. Ya me han engañado

tantas veces como para que sepa qué debo hacer. Después de esto no diré nada a nadie.

Ben acercó su silla a la mesa cuanto pudo, y volvió la cabeza para poder ver la cara del juez. El juez Lovejoy sonreía apaciblemente.

—Me agradecería llegar a un acuerdo con usted, juez —dijo con voz grave—. Si, por ejemplo, pudieran conceder a Grady un plazo más largo...

—¿A quién le debe Grady ese dinero, hijo?

—A Skeeter Wilhite.

—Pero, hijo, Wilhite me paga una cantidad considerable en concepto de honorarios —dijo en tono de pena—. Wilhite es mi cliente. Estoy inevitablemente obligado a él.

—Lo sé, juez. Por esa razón vine a verle. Pensé que podíamos llegar a algún...

—Un abogado, hijo, un abogado de reputación y confianza, pone el interés de su cliente por encima de todas las consideraciones sentimentales que puedan imaginarse. Wilhite ha depositado su confianza en mí. Conozco los secretos de su alma como si fuera un sacerdote que hubiera recibido su confesión. ¿Habría de defraudar esta confianza? ¿Lo haría usted? ¿Lo haría cualquier abogado que conozca las honrosas tradiciones de su profesión? Me sorprende que haya venido a hacerme una propuesta tan extraña. No hay duda de que usted está familiarizado con las reglas éticas de nuestra profesión.

—Yo no le pido que se desentienda de los intereses de Skeeter, juez. No pienso siquiera en semejante cosa. Lo que le pido es únicamente que rectifique sus exigencias de tal manera que a Grady le resulte más fácil cumplirlas. ¿No considera que es un ruego razonable, juez?

—En estas circunstancias, no —respondió con decisión—. Indudablemente, no.

—¿A qué circunstancias se refiere, juez?

El juez Lovejoy se volvió en su silla para mirar directamente a Ben.

—Prefiero no discutir esto ni ningún otro asunto legal con usted o con cualquiera de los de su clase, Baxter. Le aconsejo que vuelva a su bufete.

—No comprendo, juez —dijo Ben confundido—. ¿Qué quiere decir?

—Usted es un abogado de negros, Baxter —replicó con severidad—. En los pocos años que hace que ejerce se ha ganado esa reputación. Yo he observado sus actividades y sé lo que ha estado haciendo. Cada vez que aparece un negro con una queja contra un blanco usted se apodera de él, lo arrastra a su oficina y da comienzo a una cruzada contra la raza blanca. Tome por ejemplo el caso de ese negro que trabaja en el aserradero. A pesar de la amistad que tan fácilmente profesa usted por Grady Dunbar, lo ha instigado para que se resista a cumplir la exigencia de Dunbar, deseando que vuelva a trabajar en su casa. Si usted y su cliente negro tienen éxito, contaremos con un desgraciado precedente. Sólo un abogado de negros sería capaz de llegar tan bajo. Sin embargo, hijo, con muy buena voluntad trataré con usted este otro asunto para que lleguemos a un acuerdo satisfactorio, con tal de que me asegure que

tomará las medidas necesarias para desembarazarse en seguida de sus clientes negros.

—No puedo hacer eso, juez Lovejoy —respondió Ben con tono de embarazo—. No, no me es posible hacerlo.

—¿Es preciso agregar algo más? —dijo el juez Lovejoy, y volvió al juego—. Tengo un presentimiento con respecto a esta mano. Cinco centavos. —Las fichas fueron puestas en el pozo—. Me gusta mucho cuando tengo un pequeño par al principio, porque he visto que casi siempre crece, crece y crece. —Miró sus naipes sin cambiar de expresión—. Diez centavos —anunció. Repartieron otro naipe—. De pequeños pares salen magníficos pókeres —concluyó.

—¡Usted y sus pókeres! —exclamó Mack Poindexter con tono de disgusto.

Repartieron el último naipe. Stub tenía un par de ases al descubierto. Sam Weathersbee tenía un par de ochos.

—Veinticinco centavos valen mis ases —dijo Stub con tono firme—. El que quiera ver que me siga.

—Aceptaré su apuesta, Pettigrew, y la subiré en veinticinco centavos más —contestó el juez Lovejoy, arrojando las fichas al pozo.

—¿Qué haces tú, Sam? —inquirió Stub.

Sam dudó un poco antes de colocar sus fichas en el pozo. Mack abandonó. Le correspondía hablar nuevamente a Stub.

—Otros veinticinco centavos, amigos —dijo con voz alegre.

El juez Lovejoy aceptó y subió otros veinticinco centavos. Sam Weathersbee abandonó haciendo un gesto de alivio. Stub comenzó a ponerse nervioso. Estudió sus naipes durante largo rato, manteniéndolos casi pegados a la barbilla. En su frente aparecieron unas gotas de sudor.

—Es casi seguro que el viejo bastardo tiene algo esta vez, Stub —comentó Mack, observando al juez.

Stub buscó en sus bolsillos y sacó un dólar. Lo puso en el pozo y retiró la vuelta.

—Es la tercera vez que sube la apuesta —dijo haciendo una mueca—. Con lo que tengo podría aceptar aunque volvieran a subirla tres veces más.

—Lo que podrías hacer sería rogar para que el juez muriera —comentó Sam—. Creo que es la única posibilidad que tienes de ganar cuando el juez sube por tercera vez.

—¿Mostramos los naipes, Pettigrew? —preguntó el juez Lovejoy con una sonrisa forzada—. Yo estoy dispuesto.

Stub asintió, sacudiendo la cabeza enfáticamente, e hizo una profunda aspiración, como si quisiera que la derrota no le cogiera desprevenido.

—En ese caso... —dijo el juez Lovejoy, poniendo las cartas sobre la mesa y mostrando un *full*. Stub, que tenía tres ases, contempló con tristeza sus cartas.

—Uno de estos días le voy a pelar como a una gallina..., del cogote para abajo —dijo Stub entre dientes—. ¡Usted y su condenada suerte! Ben hizo ruido con la silla a fin de atraer la atención del juez.

—Juez, si usted no puede hacer alguna concesión, temo que nos veamos obligados a llevar este asunto ante la justicia.

—¡Ante la justicia! —dijo, alzando levemente la voz—. Usted sabe perfectamente que la justicia no le reconocería ningún derecho a mi cliente. En este estado ningún tribunal sentenciaría el pago de una deuda de juego. Lo que hubo fue un acuerdo privado entre dos caballeros. Pura y simplemente un acuerdo entre caballeros.

—¿Admite usted, entonces, que fue un acuerdo ilegal?

—¡No admito nada de eso!

—Pero ¿rehúsa hacer ninguna concesión?

—¡Sí, señor!

Ben se puso en pie, y se quedó contemplando durante un momento la pequeña cabeza blanca del juez.

—Supongo que usted no ignora que esto será el fin de Grady —dijo Ben con tono frío.

El juez Lovejoy hizo retroceder su silla y miró a Ben a la cara. Por vez primera en esa mañana tenía una expresión verdaderamente amable y paternal.

—Hijo, antes de que se marche quiero darle un consejo. Soy un hombre de edad, lleno de prejuicios, pero sé que hay ciertas cosas que son verdad. Nada se ha de ganar prolongando la existencia de un Grady Dunbar. Deje que la naturaleza siga su curso, hijo. Desde mi juventud vengo observando la decadencia de esas viejas familias, y respeto demasiado los designios de la naturaleza como para tratar de impedir su maravillosa obra. Vuelva a su despacho y ayude a los negros cuando vayan a pedirle consejo. Ellos no acuden a mí, porque me conocen. Usted es joven y entusiasta, y yo le admiro por sus ideales. Nosotros, los viejos, decimos que sabemos cómo hay que tratar a los negros, y que no queremos que ningún extraño se entremeta; pero usted sabe, lo mismo que yo, que de ese modo sólo intentamos ocultar nuestro fracaso. La mejor forma de tratar a los negros consiste en no tratarlos como lo hace Grady Dunbar, en mandarlos a la escuela, en educarlos y en dejar que se ganen la vida como nosotros. En este gran país hay lugar suficiente para que podamos vivir tanto los blancos como los negros. Usted actúa en contra de sus propios ideales cada vez que ayuda a Grady Dunbar o cualquiera como él. Ahora, deje que la naturaleza siga su camino. Como seres humanos, los Dunbar están concluidos.

Antes de que Ben pudiera replicar, el juez Lovejoy le hizo un gesto con la mano para que se alejara y le volvió la espalda. En la mesa comenzaron a repartir en silencio los naipes. Lamar, apoyado en su escoba, fue el único que vio salir a Ben del cuarto. El juez Lovejoy recogió sus naipes y comenzó a estudiarlos con profundo interés.

—Diez centavos —dijo mirando las caras de los que estaban en torno a la mesa—. ¿Le interesa a alguno la apuesta, caballeros?

—Cuenta conmigo, juez —respondió Sam Weathersbee. Todos empujaron sus

fichas hacia el centro de la mesa y comenzaron los descartes.

—Oye —dijo Mack Poindexter mirando a Stub—, quizá tú y yo vayamos ahora con más frecuencia por los alrededores de la plantación de Dunbar. Nunca pensé en esto antes, pero siendo las cosas como son... Me gustaría mucho ir a escarbar por allí antes de que lo haga Sam Weathersbee. Sam sonrió y empujó una ficha blanca al centro de la mesa.

—¡Apuesto cinco centavos! —dijo.

—¡Sé que estás ahí dentro, Lucyanne! —gritó—. ¡No puedes ocultarte de mí! ¡Siempre te encuentro!

Trató de abrir la puerta empujando con toda su fuerza. Crujieron los paneles de madera bajo la presión.

—¡Si no abres, iré a buscar un hacha y abriré a hachazos, Lucyanne!

—¡Por favor, Grady! —gritó ella—. ¡No debes hacer eso! ¿Qué quieres?

—Quiero beber —respondió después de una pausa, con tono suplicante—. Tú me darás, ¿no es cierto, Lucyanne?

—¡Oh, Grady! —dijo ella, sin poder dejar de sentir compasión por él—. Tú sabes que yo no tengo *whisky*.

—¿Me darías si tuvieras, Lucyanne? Lo harías por los viejos tiempos, ¿no es cierto, Lucyanne? No me mentirías, ¿no es cierto?

—Sabes que te daría si tuviera, Grady.

—Creo que sí —respondió él. El tono de su voz era ahora más bajo y afectuoso—. Sé que si pudieras no me negarías un pequeño favor como éste. Siempre has sido buena conmigo. Tú no eres capaz de guardarme rencor, ¿verdad, Lucyanne?

—No, Grady.

—Si yo me portara con un poco más de juicio las cosas podrían ser diferentes, ¿no es verdad, Lucyanne?

—Sí, Grady.

—He estado pensando en eso todo el día —dijo en tono grave—. Creo que debería haberlo pensado antes. Puede ser que ahora sea demasiado tarde.

—No es demasiado tarde si realmente estás decidido a hacerlo, Grady.

—No sé —respondió él con tono dudoso—. Las cosas ya han ido demasiado lejos.

Él permaneció quieto y silencioso durante algunos minutos, y Lucyanne pensó que se habría marchado a su habitación. Al oír de pronto golpes en la puerta se asustó.

—¿Qué ocurre, Grady? —preguntó ansiosamente.

—Siento haberte molestado, Lucyanne —dijo él.

Después oyó cómo se marchaba con pasos inseguros por el corredor, entraba en su cuarto y cerraba la puerta. Había lágrimas en los ojos de Lucyanne cuando se

volvió para dirigirse a la cama. A pesar de todos sus esfuerzos rompió a llorar con el corazón lleno de un sentimiento de miseria. Una y otra vez se repitió que si no hubiera cerrado la puerta, todo hubiera ocurrido de forma diferente.

Había transcurrido un cuarto de hora, cuando oyó que Grady se acercaba de nuevo por el corredor. Pasó poco tiempo antes de que sus golpes sonaran urgentemente en la puerta, y Lucyanne tuvo que hacer un esfuerzo para no acercarse a ella. No ignoraba qué era lo que podía ocurrir si abría la puerta en ese momento.

—¡Lucyanne! —llamó él.

—Sí, Grady.

—He olvidado decirte algo.

—¿Qué?

Sintió que su corazón latía dolorosamente mientras contenía el aliento, esperando oír lo que él iba a decirle.

—No conseguí el dinero para pagarle.

—¡Oh! —exclamó ella con voz nerviosa—. ¿No lo conseguiste?

—No.

Lucyanne no encontró palabras para expresar lo que experimentaba, pero deseaba desesperadamente decir algo que pusiera en evidencia su preocupación y su angustia.

—Sabes de qué hablo, ¿no es verdad, Lucyanne? —preguntó.

—Sí, Grady. Lo sé. Lo siento terriblemente. Quisiera...

Tuvo que detenerse porque no podía dominar su voz. Al tratar de apoyarse en el respaldo de una silla, sintió que tenía los dedos flojos y débiles.

—Ben Baxter habló con el juez Lovejoy acerca del asunto pero no llegaron a ningún acuerdo. Después Ben fue a ver a Skeeter y trató de convencerlo para que esperase hasta que yo pudiera vender la cosecha de algodón de este año, pero Skeeter no quiso escucharle. Me parece que esta vez no tengo escapatoria, Lucyanne. Ben hizo todo lo que pudo, y no tengo a nadie más a quien acudir.

—Pero, Grady, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé —respondió él con tono de impotencia—. No sé qué hacer.

—Quisiera ayudarte de algún modo, Grady —dijo ella—. Tú lo sabes, ¿no es verdad?

Él respondió algo, pero Lucyanne no alcanzó a oír lo que había dicho: el sonido de su voz se había desvanecido porque había comenzado a alejarse.

Lucyanne oyó los lentos y pesados pasos que daba a lo largo del corredor, y luego el ruido de su puerta al cerrarse. Durante la media hora siguiente permaneció en tensión, sentada al borde de la cama, tratando de escuchar cualquier ruido que proviniese de su habitación. El único pensamiento que se agitaba en su cerebro era el de que ella quizá podría persuadir a Skeeter para que fuera razonable, si iba a verlo y le hablaba. No tenía idea acerca de lo que podía hacer o decir, pero sentía que tenía que hacer algo antes que fuera demasiado tarde. Mientras permanecía sumergida en sus confusos pensamientos, oyó que un automóvil subía la cuesta a gran velocidad y

se detenía bruscamente frente a la puerta de la casa. En seguida comenzó a sonar la bocina con fuerza e insistencia. Lucyanne se acercó a la ventana, pero como ya había oscurecido casi por completo, no pudo reconocer el automóvil.

Grady abandonó su habitación y descendió por la escalera de la galería. Ella pudo verle atravesar el sendero de blanca arena, con pasos inseguros en dirección al coche. Cuando llegó hasta él, se apoyó con un movimiento de ebrio contra el costado del mismo. Skeeter Wilhite abrió la puerta y saltó a tierra.

Comenzaron a hablar y el tono de sus voces se convirtió repentinamente en vivo y colérico, pero no pudo entender lo que decía ninguno de ellos. Ambos gritaban y la discusión era cada vez más acalorada. Después Grady arremetió contra Skeeter asestándole un puñetazo, pero Skeeter retrocedió y Grady cayó de cabeza al suelo. Se levantó, insultando a Skeeter a gritos. Cuando Lucyanne vio que Skeeter hacía retroceder a Grady hasta que éste se apoyó contra el costado del automóvil, comprendió que tenía que tratar de hacer algo inmediatamente. Salió de su habitación y corrió hacia la escalera.

En el momento en que comenzaba a descender los escalones de la galería vio que ambos sacaban sus pistolas y comenzaban a disparar. Gritó, pero su voz fue apagada por los estampidos de las pistolas. El primero que se movió fue Grady. Cayéronle ambos brazos a los lados, el revólver se le escapó de la mano, y él se desplomó en tierra. Apuntando cuidadosamente, Skeeter hizo otros dos disparos contra Grady. Contempló durante un instante el cuerpo caído y luego corrió hacia su coche. Gritando desesperadamente, Lucyanne atravesó corriendo el cercado, pero el coche se alejó velozmente por el camino antes de que pudiera alcanzarlo. Con los faros encendidos, el automóvil descendió por la cuesta.

Lucyanne arrodillóse junto a Grady y tomó la cabeza entre las manos, alzándola. Sus ojos estaban cegados por las lágrimas, y tuvo que enjugárselos para poder ver a Grady claramente.

—¡Grady! ¡Grady! —gritó con voz desgarrada.

—Él abrió los ojos y la miró a la cara. Al reconocerla apareció en sus labios una sonrisa, casi imperceptible a causa de la luz débil.

—¡Oh, Grady!, ¿por qué tenía que ocurrir esto? —dijo ella, angustiada, con tono tierno—. ¡Por qué! ¡Por qué!

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y tuvo que enjugarlas con el dorso de la mano.

—Las cosas no salieron muy bien, ¿no es cierto, Lucyanne? —dijo con voz débil Grady—. A ti te ha tocado la peor parte. No debería haber sido así.

—No digas eso, Grady —respondió ella estrechándolo entre sus brazos—. No debes pensar así.

—Por mí no importa. Sé que todo fue muy malo para ti, Lucyanne. No te he tratado bien. Toda la culpa ha sido mía. Ahora lo siento, pero es demasiado tarde para remediarlo. Si tuviera una nueva oportunidad, trataría..., pero no sé si podría

proceder mejor. Creo que no estaba en mi naturaleza tratarte como te mereces. Yo quería, pero sencillamente era imposible.

—¡Oh, Grady, yo te he amado siempre, a pesar de lo que ocurría! No podía evitarlo. Te hubiera amado mientras vivieras...

Se detuvo repentinamente cuando comprendió el significado de lo que estaba diciendo y lo apretó estrechamente entre sus brazos.

—No pienses muy mal de mí, Lucyanne —dijo él lentamente, haciendo un esfuerzo para articular las palabras—. Te trataba duramente, pero no podía evitarlo. Creo que estaba hecho para ser tal como fui.

Cada vez se debilitaba más. Ella lo sostenía tiernamente entre sus brazos y deseaba decir algo que le confortase; pero tenía un nudo en la garganta y cuando trató de mover los labios advirtió que no podía hacerlo.

—Lucyanne...

Ella se inclinó sobre él, mirándole a los ojos.

—Lucyanne..., piensa en mí de vez en cuando...

Lucyanne sintió que el cuerpo se hacía repentinamente más pesado. Rápidamente lo oprimió entre sus brazos, mientras sus lágrimas caían sobre el rostro pálido e inmóvil del hombre.

Oyó ruido de pies que corrían sobre la arena y al mirar en torno suyo vio varias sombras temblorosas y la luz de un farol.

—¡Dios mío, *miss* Lucyanne! ¿Qué ha pasado?

Reconoció la voz de Martha, llena de espanto. Martha, el tío Jeff Davis, Pete y otros cinco o seis negros estaban parados a la luz de la lámpara. Un automóvil se detuvo frente a la puerta del cercado y la luz de los faros iluminó al grupo.

—¡Oh, Señor, ayúdanos ahora! —gimió Martha mirando el cuerpo de Grady que yacía en tierra. Se arrodilló junto a Lucyanne—. ¡Oh, Señor, ayúdanos ahora!

Ben Baxter descendió del coche y corrió hacia ellos.

—¡Lucyanne! —gritó, casi sin aliento. Se inclinó sobre ella—. He venido tan pronto como pude —dijo—. No bien me enteré de que Skeeter se había marchado de la ciudad y había venido hacia aquí, vine. Temía que ocurriera algo así.

Oyeron un estrépito dentro de la casa, y se volvieron en el preciso instante en que mamá Elsie aparecía en la puerta, avanzando hacia la escalera de la galería. Ben se incorporó corriendo hacia ella para impedirle que se acercara hacia el lugar donde yacía el cuerpo de Grady; pero antes de que pudiera llegar a su lado, su pesado cuerpo se desplomó.

Cuando comprendió lo que acababa de suceder, Lucyanne corrió hacia mamá Elsie.

Ben la detuvo junto a la escalera.

—Ya es demasiado tarde, Lucyanne —dijo meneando la cabeza—. La repentina excitación y el esfuerzo de correr a través de la casa. Fue más de lo que su corazón podía soportar.

Ben hizo un gesto con la mano a los negros, y éstos cogieron el cuerpo de mamá Elsie, lo llevaron al interior de la casa y lo dejaron sobre un sofá en la sala de recibir. Cuando volvieron al cercado, Will Harrison y Brad bajaban del camión.

—Oímos los disparos y vimos un coche que se alejaba a toda velocidad —dijo Will a Ben—. En seguida me di cuenta de que algo malo había ocurrido aquí.

Brad observó a Lucyanne y a Ben.

—¿Quién dio muerte a Grady? —preguntó al cabo de un instante.

—Skeeter Wilhite estuvo aquí —respondió Ben.

Brad lo miró fijamente.

—¿Qué hace usted aquí?

Ben contempló a Brad con sorpresa, pero no dijo nada.

—Cuando oí esos disparos me di cuenta de que Skeeter Wilhite estaba aquí —dijo Will—. Tarde o temprano esto tenía que suceder. Tanto Grady como Skeeter eran de esa clase de hombres que cuando las cosas andan mal las arreglan a tiros. Sabía que ocurriría algo por el estilo. Conociéndolos como los conocía no podía equivocarme.

Will echó a andar hacia la casa.

—Supongo que el médico no podrá prestar ayuda a ninguno de los dos —dijo—, pero de todos modos voy a llamarlo. Alguien debe comunicar al *sheriff* lo que ha ocurrido; yo lo haré también.

Después de pronunciar estas palabras se dirigió a la casa. Ben se acercó al grupo que formaban el tío Jeff Davis y los demás negros.

—Habrà que ocuparse de las cosas de la casa durante unos días, tío Jeff Davis —dijo Ben—, y después podrás ir con tu mujer a la ciudad. Diles a todos los demás que también podrán irse.

—Gracias, míster Ben —dijo el viejo negro con voz grave, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Le estamos realmente muy agradecidos, míster Ben.

Al volverse Ben para ir junto a Lucyanne, hallose cara a cara con Brad.

—¿Qué hace usted? —preguntó Brad encolerizado—. ¿Quién le dijo que podía dar órdenes aquí?

—No sé de qué está usted hablando —respondió Ben—. Alguien tiene que ocuparse de las cosas de la casa. Lucyanne necesita ayuda en un momento como éste...

—Usted no va a separarla de mí —dijo Brad, retrocediendo y levantando los puños.

Lucyanne corrió junto a Ben y lo cogió por el brazo. Ben la miró con expresión de perplejidad.

—No comprendo, Lucyanne —dijo Ben. La miró interrogativamente—. ¿Quieres que me vaya?

Ella meneó vivamente la cabeza y, apartándose de Brad, apretó su rostro contra el pecho de aquél.

Brad, respirando con agitación, los contemplaba con creciente resentimiento. Su cara estaba roja a causa de la ira.

—No valgo lo suficiente para usted, ¿no es cierto? —dijo con insultante estallido de emoción—. No quiere tener nada conmigo porque soy un blanco de baja condición. ¡Yo debería saberlo! ¡Usted es igual que todos los demás! Se ha burlado de mí, porque creí que era diferente. ¡Pero no lo es! ¡Es igual a todos los Dunbar! — Se alejó unos pasos por el cercado—. Quédese con los de su clase, pero pronto se arrepentirá de no haberse venido conmigo.

Volviendo la espalda echó a andar, y pronto se perdió en medio de la noche. La brisa nocturna comenzó a soplar nuevamente desde las tierras bajas, susurrando entre las hojas de los robles rojos, y por toda la colina se difundió el acre olor a pinos quemados.



ERSKINE PRESTON CALDWELL (Coweta County, 1903 - 1987) fue un novelista estadounidense. Nació en una casa apartada en los bosques cercanos a Moreland, Georgia (USA), hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, pasó su infancia trasladándose de uno a otro estado del sur de los Estados Unidos, cada vez que su padre encontraba trabajo en una nueva iglesia.

Sus primeros libros publicados fueron *The Bastard* (1929) y *Poor Fool* (1930), pero los que realmente le consagraron fueron *Tobacco Road* («El camino del tabaco») (1932) y *God's Little Acre* («La parcela de Dios») (1933).

Ya cuando apareció su primer libro (*Bastardo*), fue inmediatamente prohibido, quizás a causa únicamente de su título, y las copias fueron retiradas del mercado. Más adelante, con la publicación de *God's Little Acre*, las autoridades fueron aun más allá, e instigadas por la Sociedad Literaria de Nueva York, arrestaron a Caldwell y secuestraron las copias de su obra durante una firma de libros en Nueva York. El juicio posterior exculpó a Caldwell, quien decidió entonces denunciar a sus acusadores por falso arresto y denuncia maliciosa. De la obra de 1933 *La parcela de Dios* se vendieron 10 millones de ejemplares, 2 millones más que la obra *Lo que el viento se llevó*.

La obra de Caldwell fue reconocida por el público y por sus pares: Faulkner le consideró entre los cinco grandes de la literatura norteamericana, Saul Below reclamó el Nobel para él, incluso Ezra Pound le llenó de elogios. *El camino del tabaco* fue llevada al cine por John Ford en 1941 y *La parcela de Dios* por Anthony Mann en

1958.